El puente de los suicidas

A. J. USSÍA



El puente de los suic das

¡

A. J. USSÍA



El puente de los suic das

A. J. USSÍA







Título: El puente de los suicidas De esta edición:

Primera edición: abril 2023

Diseño de cubierta: Miguel Sánchez Lindo Corrección: @notecomasmascomas Maquetación: María Torre Sarmiento Impreso en España por Imprenta Kadmos, S. C. L.

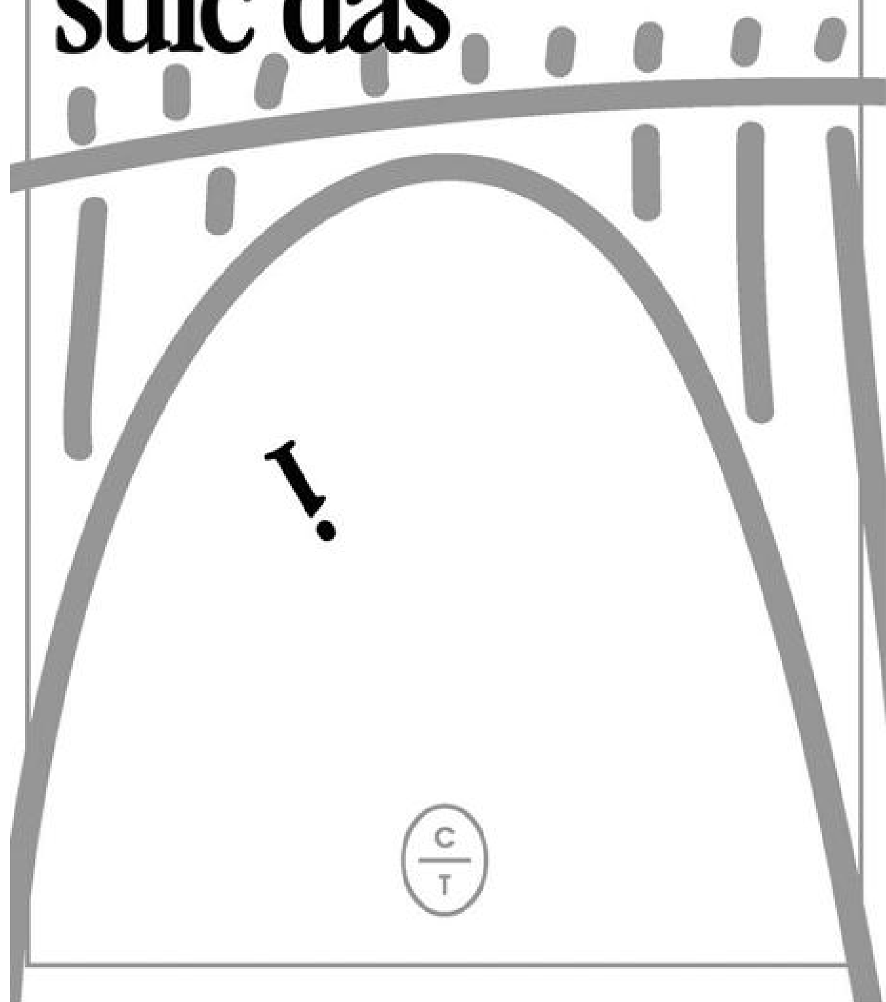
ISBN: 978-84-126272-6-8

E-ISBN: 978-84-126272-7-5

Depósito legal: M-7672-2023

El puente de los suic das

A. J. USSÍA



Índice


VINOS
ESCOGIDOS
ESPERANZA
TAPAS
SELECTAS
25
25
CERVEZA
ENFRIADA
EN
SERPENTIN
EXQUISITO
VERMUT
DE
GRIFO

Fernando se despertó empapado en sudor. El aire del cuarto pesaba mucho, le dolía el pecho, no podía abrir los ojos, los sentía como cosidos con hilo de metal. Tampoco le funcionaba del todo bien la cabeza, espesa, nublada. Imágenes inconexas le llevaban de un pensamiento a otro, sin quedarse en ninguno.

Miró sobre la mesilla de noche. La caja abierta de orfidal enseñaba el hueco de dos pastillas ausentes en el blíster, pero el sueño no llegaba, solo estaba mareado y confundido. La cama se movía como una barcaza a la deriva.

Fernando casi sintió las olas rompiendo contra una pared de piedra y musgo marino. La habitación olía a norte y el norte olía a su padre, a tabaco, a vísceras de pescado, a sudor y a mojado. A pesar del efecto de las pastillas, Fernando sabía que no estaba en Santander, sino en Madrid y que el muelle era ahora el viaducto, el Puente de Segovia, esa mole de hierro y piedra que le atraía como un imán.

El faro de este Madrid sin mar, de viento seco y horizonte infinito era su bar, el Esperanza, y la mano que le agarraba para que no se ahogase era Inés, su hija. Fernando se aferró a los dos para adentrarse despacio en un fondo blanco sin espacio ni tiempo y dormir unas horas. Despertó con el primer rayo de sol que se coló por la ventana. A su alrededor solo había silencio, de ese silencio que de verdad no suena a nada. Comenzaba otro día en el que Fernando tendría que fingir que no conocía el miedo.

1. El Viaducto

Todas las ciudades tienen un lugar así. En Japón es un bosque sagrado en el Monte Fuji; en San Francisco, el Golden Gate; en la India prefieren las vías del tren, las de la tórrida estación de Ranimda Sadrobar de Calcuta. En Madrid el lugar del adiós era el Puente de Segovia y. aunque en realidad era un viaducto, en Madrid no había gato que no lo llamara así.

El bar Esperanza estaba frente a aquel puente, en un Madrid sin mar donde el horizonte es lo que más se parece al inmenso océano que en vez de agua se extiende en la línea que separa un cielo muy azul de la tierra naranja sembrada de tejas y cúpulas de iglesia. Una ciudad de capillas y de bares. Las primeras, vacías; los segundos, abarrotados y siempre abiertos. Porque en Madrid los bares son hogares.

Desde que se proyectara la idea, el objetivo del viaducto fue unir las dos colinas más angostas del viejo Madrid castizo: la que separaba La Latina, donde habitaban la Corte y el Alcázar de los soldados, de las Vistillas, ese barrio de habitantes periféricos de una ciudad que crecía porque no tiene límites definidos. Eran tan altas aquellas lindes que la obra fue de una complejidad que no hizo más que demorarse durante dos siglos, porque otra característica de esta ciudad es asumir que las cosas de palacio van despacio. Y es que por mucho empeño que se pusiera, los barrios con cuestas siempre han sido y serán barrios de pobres y no había día, mes, o año que otra urgencia municipal no desviara los erarios públicos del empeño de unirlo con el resto de la capital del reino. El viaducto fue, por tanto, una necesidad imperativa para Madrid, como una forma de unir el cielo con la tierra, tal vez inconsciente de que también era un atajo para arrojar la vida hacia la muerte. Fueron casi doscientos años los que tardaron en acabarlo, años que vieron crecer el paso, un nuevo Palacio Real, otra catedral, varias guerras y una invasión gabacha.

La primera idea de construir el Viaducto partió de la mente de Felipe ii, pero se centró más en El Escorial, con lo que ni siquiera vio comenzar la obra, dejando la sombra en Madrid y en el resto de su Imperio. Después le siguieron otros, porque de los Austrias a los Borbones, pasando por un Bonaparte, ninguno logró terminar la hazaña de prolongar la calle Bailén de forma natural y recta hasta que

en 1874, en lo que se consideró una prodigiosa obra de ingeniería, se instaló una única pieza de hierro de costa a costa, cerrando el viaducto. En lo que antaño fueron las Morerías del viejo Madrid comenzaron a trazarse planes urbanísticos, expropiaciones y alguna que otra desamortización que dejó el gustillo por la especulación en los solares y aires de ciudad impúdica y populachera.

Durante uno de esos planes de desamortización, derribo de conventos y construcción de viviendas, haciéndolo coincidir con el final de la obra, se decidió inaugurar el viaducto trasladando los restos mortales de Calderón de la Barca, que llevaban a lo suyo doscientos años y que, tras el derribo de la iglesia de San Salvador, reposarían por fin en paz en San Francisco El Grande. Vano intento, porque los huesos del escritor que hizo oro de las letras en un imperio en proceso de saldo siguió moviéndose como si fuese un dictador cualquiera. Lo que nadie sospechaba es que en ese Madrid en donde apenas ya brillaba el sol de aquel Siglo de Oro y derrumbe algunos descubrieran que la mejor manera de llegar al cielo, o por lo menos la más rápida, sería cruzando el puente de Segovia, pero en vertical. Una costumbre que acabó arraigando en la ciudad a lo largo del tiempo para convertirse en el recurso habitual de los suicidas.

De hecho, nada más inaugurarse con la pompa fúnebre del Siglo de Oro, un desamor casi le quita la vida a una joven madrileña. Una crónica de principios del xx, obra del escritor y plumilla Don Pedro de Rípede —el Trapiello del siglo pasado—, cuenta que Florencia, una chica de buena familia, porque las demás debían de ser muy malas, saltó desde el puente de Segovia ante la negativa de sus padres a que mantuviera amoríos con el hijo de unos carboneros. Florencia inauguraba así una lista que nunca dejó de crecer a medida que fueron pasando las décadas, dos repúblicas, una guerra civil y un par de exilios reales. Lo que Florencia no tuvo en cuenta fue la moda de aquellos años, que enjutaba bajo la pelvis unas faldas enormes de seda que al caer provocaron un efecto paracaídas que, aunque le rompió los tobillos, evitó su muerte y consiguió la autorización paterna. Con este primer salto en 1875, Florencia instauró la tradición que hizo del puente de Segovia el kilómetro cero del suicido en Madrid.

Los gatos protestaron desde el principio, que ya se sabe que los madrileños son reacios al cambio. También es cierto que el estruendo de los cuerpos al caer, sin prisa pero sin pausa, sobresaltaba sus sueños y enturbiaba sus mañanas con esa súbita manía que le había entrado a los que ya no tenían nada que perder por acabar con su vida arrojándose como en trance desde el Puente de Segovia. El escaso alumbrado que tenía ese tramo facilitaba, además, el anonimato de los

suicidas, por lo que, tras varias protestas y decenas de cuerpos estampados, el Ayuntamiento de Madrid aumentó el número de farolas y personó patrullas de policía municipal que cruzaban de lado a lado el Viaducto, quién sabe si tratando de evitar más las protestas del populacho que los saltos de los desnortados. Aquello pasó a convertirse en una especie de tradición obscena, un ritual de obligado cumplimiento si a cualquiera se le enredaba demasiado la vida, el sacrificio humano que Madrid exigía a sus habitantes. Lorca dijo alguna vez que los muertos de España están mucho más vivos que los muertos de cualquier otro país del mundo. Si eso es cierto, no es de extrañar que Madrid no duerma.

El suicidio es la primera causa de muerte no accidental en el mundo, con los varones jóvenes a la cabeza del triste ranking. En el año 1998 una media de ocho al mes elegía el puente de Segovia para acabar con su sufrimiento. Demasiados, si no para los regidores del Ayuntamiento de Madrid, sí para Fernando, el dueño del bar Esperanza.

Fernando Corbal era flaco, largo y bueno. Y cántabro, porque decía poco. Tenía amplia la mirada y profundo el entrecejo y, aunque no era psicólogo, sabía leer a la gente. Vino a Madrid en los ochenta, huyendo de lo malo conocido y del destino marcado de un puerto de mar. También de los arraigos y de la melancolía, porque Santander le ponía triste y bastaba con recordarlo para mantenerse lejos de aquel dolor y estar un poquito más a salvo. Eso siempre pasa cuando el tiempo cubre con distancia y trazas incompletas lo que, en realidad, ni era tan bonito ni ancho. Como cuando a un niño todo le parece grande, amplio y espacioso y al volver descubre que siempre fue pequeño y angosto. Aunque probablemente la realidad se estreche porque el tiempo le ha pasado a ese niño por encima.

Su hija, Inés, le acompañó con pocos años y a aquel viaje no regresó hasta que le estalló la adolescencia. Hasta esa edad, todas las dudas se nos devuelven masticadas; resueltas o ignoradas y solo el ímpetu de las hormonas abre el campo y las ganas de saber lo que hasta entonces había quedado oculto. Un destello súbito llena de preguntas los territorios prohibidos, aunque solo fuera porque los ojos de los adultos se achican al mencionar ciertos asuntos o porque las preguntas se contestan con otra pregunta para que sigan sepultadas.

Inés tenía ya dieciséis años, era menuda, trigueña de pelo y clara de ojos, con una cara como de retrato renacentista y una expresión serena, a menudo nublada por una duda que siempre le rondó por la cabeza sin atreverse a salir, creciendo como una sombra alargada. Se parecía dolorosamente a su madre y de su padre, tan alto y, aunque

delgado, tan rotundo, apenas tenía más que la postura, recta y firme, de persona buena.

La madre de Inés, Lucía, falleció de un cáncer de páncreas fulminante, dejando una niña huérfana y un viudo desesperado, sin familia ni nadie a quien acudir para ayudarle a criar a su hija. Entre los dos se creó un lazo íntimo y poderoso. Eran el uno para el otro porque no había nadie más con quien compartir una herida que solo ellos conocían. Inés creció en el bar, su pequeña figura era parte del Esperanza y cuando aún no alcanzaba la altura de la barra, ya estaba ayudando a su padre en el bar cuando los estudios se lo permitían. Un sueldo de menos fuera suponía uno de más en casa, así ambos conseguían dos objetivos: estar juntos y ahorrar un dinero. Ninguna figura femenina rompió su simbiosis, Fernando nunca trajo a ninguna mujer ni a casa ni al bar o, al menos, Inés nunca la vio. En ocasiones se confundía si era hija, empleada o amiga y a los dos parecía bastarles así. El padre trazó una línea invisible, una frontera tras la que mantener a su hija a salvo a costa de tragarse su propio miedo, el recuerdo de una sombra que quedó en el norte. Pero la obscena estadística que arrojaba el puente con rítmica precisión estaba a punto de romper los diques que Fernando había construido para Inés y para él mismo.

El bar Esperanza abría temprano, como hacían antes los bares, dejando que se mezclaran los que apuraban la última con los que pedían la primera. Todavía a finales del siglo xx no había albañil que no empezara el día con un carajillo, su café con chupito de coñac, y las casas en construcción no se caían, así que tampoco parece que pasara nada tan grave. Pronto llegaba el churrero, Jacinto, que paraba a las seis en punto y dejaba sobre la barra una bolsa de papel marrón con diez docenas de churos y cuatro de porras. También un saco con treinta pistolas de pan. Para las diez y media, y a pesar de que algunos clientes protestaban por lo temprano de su ausencia, de los churros solo quedaba la translúcida bolsa de papel grasiento. Fernando se defendía diciendo que el churro se preparaba temprano y por eso lo comía quien madrugaba. Y fin de la discusión, porque Fernando Corbal mandaba en los churros y en el bar. Antes de salir de casa hacía dos tortillas de patata, adelantando el primer pincho de los más madrugadores: una con cebolla y la otra sin, que así tenía para las dos Españas.

Cuando llegaba a la puerta del bar, siempre sobre las seis menos cuarto, se daba la vuelta para regodearse en el privilegio que se abría ante él, que a esas horas casi estrenaba la ciudad: la enorme nueva Catedral de la Almudena, con sus piedras blancas tan poco manchadas

de polvo de ciudad. Al fondo, el Palacio Real iluminado era colosal, pero lo que más atraía a Fernando en su vistazo matutino era el camino tenue que se formaba hasta llegar a la pared celestial. Ese viaducto iluminado por las farolas y cubierto tantas veces de niebla parecía una senda hacia un mundo desconocido y, al mismo tiempo, jalonado de peligros, misterioso y apagado, como una calzada entre dos mundos. No dejaba de sentir una falta, una ausencia que, con un pellizco de algo parecido a la angustia, terminaba al girar la vista. A veces se la llevaba el viento y otras las guardaba bien dentro de él. "Cuánta gente desde ahí, cuántas almas rotas acabaron con su vida con un salto". Y Fernando revivía, por un instante, su sueño, aquella horrible pesadilla que le devolvía al sudor y al mar, imaginando que era él mismo quien saltaba, quien terminaba con todo y se estrellaba contra ese suelo, tan lejano desde arriba pero que tan rápido se acercaba dentro de su cabeza.

Ya dentro, Fernando molía el café directamente del grano, llenando de un aroma húmedo y tropical el bar. Siempre se regalaba esos cinco o diez minutos de absoluta calma, de rutina y viejo oficio. Un momento cercano a la plenitud, aunque tuviese que cumplir tantas funciones de obligado protocolo: los platitos de café con cucharita y sobre de azúcar colocados como soldados sobre una caja de cristal que guarda dentro las tortillas recién hechas, algo de bollería que le deja el churrero y palmeritas individuales de chocolate Martínez, que parecen haber estado siempre allí porque siempre son las mismas, a pesar de que las reponía cada mañana.

También aprovechaba para comenzar a cocinar el menú del día, que, como buen montañés, hacía poco pero bueno. Siempre un plato de cuchara, que dejaba cocinando horas a fuego lento, inundado la barra de un delicioso aroma a hogar a medida que avanzaba el día y el cazo. También algunas empanadas, carne guisada; cosas bien hechas y que dominaba de cuando Lucía cocinaba con él en Cantabria. La marca de la casa eran el arroz con leche y las natillas. Pero con todo, lo mejor del menú del Esperanza, como el de los buenos bares de Madrid, es que juntaba a todo tipo de carteras, pretensiones y derrotas, sin importar de dónde venían o a dónde iban después.

No está claro desde cuándo estaba allí ese bar. Fernando Corbal lo compró nada más llegar de aquel viaje relámpago a Madrid, cuando Inés apenas empezaba a hablar. Pero seguro que antes fue colmado, taberna o posada, porque en Madrid los rincones públicos siempre han sido bares, aunque cambien de nombre, de carta y de acento.

La primera hora del bar se dividía entre los de siempre y los de nunca

más. Ray Loriga dice que el mejor bar es el más cercano. En Madrid los bares son un refugio tanto cuando te acogen una sola vez como cuando saben que acabarás volviendo a la misma barra, como una extensión incluso más amable que la propia casa. Entre estos últimos destacaba Paco, el portero del 22 de la calle Segovia, quien subía las escaleras de piedra que sorteaban al viejo puente tan pronto como echaba el segundo cubo de agua y lejía cuesta abajo hacia el Manzanares. Dejaba así ese mojado de pompa de jabón, como un río que surca los adoquines entre las aceras. Olía entonces a empezar el día, a cielo aún oscuro pero ya violeta, a limpio y a regado.

Paco parecía tener muchos años, aunque su DNI certificaba poco más de cincuenta. Aun así, la anchura de su espalda era casi tan grande como la de su bondad. Desayunaba un café solo y un montado de lomo con pimientos y queso. Siempre inauguraba la plancha del Esperanza y ni Fernando ni Paco recordaban la última vez que pagó por eso. Después, su chupito de DYC que, casualidades del destino, por algo era de Segovia, aunque más madridista que el mismísimo Buitre. A Fernando el fútbol le interesaba mucho menos que a Inés, a quien Paco trataba como una hija y con la que se permitía el lujo de ser menos padre que Fernando. Por razones obvias y porque de forma natural Paco era el custodio de algo más que el edificio cercano, ese lugar oscuro y espeso que guardaba Madrid, ese que recibe el nombre de las Vistillas no solo por la luz que incendia sus atardeceres, sino porque para muchos son las últimas que ven.

Otro asiduo al primer rato del bar era don Francisco. Le llamaban así por ser cura y para diferenciarlo de Paco, que del clero el portero guardaba más distancia que del pecador. Don Francisco se pirraba por las porras de Jacinto, y eso que el churrero también paraba en el edifico de Bailén 34, retiro dorado de cualquier capillitas que pasara por el Arzobispado de Madrid o la Catedral. Pero ahí estaba peor visto repetir con ansia y, por eso de guardar las apariencias, el sacerdote salía al alba con la excusa de caminar ligero, como bien le venía recomendando el médico tras su reciente jubilación como secretario adjunto del despacho parroquial de la Almudena. Un breve buenos días sucedía al clic del plato al posarse sobre la barra. Y entonces, don Francisco a lo suyo, Paco a su portería y Fernando atento a todo lo demás.

Cuando Inés marchaba a clase, llegaba también la ronda de clientes que gastaba algo más de dinero desayunando, pero también la que se quedaba sin churros. De ellos, la más habitual y fiel al Esperanza era Marta, que como era funcionaria de Correos se podía permitir el lujo de no faltar a su tostada a la plancha y, de cuando en cuando, dos

huevos fritos con bacon que le daban fuerza para su obligado recorrido a pie por el barrio de La Latina. Por eso siempre abría ronda en El Esperanza y conocía a Fernando y al resto desde hacía lustros. Marta era un mujer dura, de mediana edad (que ahora es más alta que la mediana anterior), soltera, frágil por dentro y adicta a las novelas de espías de John Le Carré y a las películas de James Bond. Le gustaba imaginarse las vidas de las personas a las que conocía cuando notificaba en persona asuntos de multas, juzgados. Siempre malas noticias. En el único portal en el que paraba más tiempo que en los demás era en Segovia 22. Paco era buen amigo y, aunque Fernando llevase años tratando de unir a dos almas solitarias, Marta era más de leerlas que de protagonizar su propia historia de amor. Por algo era funcionaria y gustaba del orden, la estabilidad y la ausencia de riesgos.

Antes de que Inés se marchara al instituto, Fernando le preparaba un montado de algo, que cambiaba según se diese, solo repetía de tortilla francesa, su favorito. Ahora las clases la ocupaban hasta el mediodía, después ayudaba con los menús en el Esperanza y a las cinco se centraba en sus deberes y compañías, que cada vez reclamaban más tiempo, más aún desde que había conocido a Diego, un chico del instituto que hacía que le picase la tripa y la carne al mismo tiempo. Eso era nuevo para Inés, pero también lo era para Fernando, que se daba cuenta de todo, pero con su habitual parquedad hacía como que ignoraba. Ver a su hija hacerse mayor hacía que se acordara cada vez más de Lucía y eso le llevaba de vuelta a Santander y, entonces, la mirada se le perdía, medio nublada, como el clima de allí, que Madrid nunca terminó de borrar de sus ojos ni de su cabeza.

La televisión no la encendía hasta media mañana. Le gustaba escuchar la radio y todo el bar se llenaba de la voz de Gabilondo. También es cierto que los primeros curritos siempre han sido más de guardar silencio, al menos con más voluntad que los que aparecen después de las ocho. En ese momento callado está lo difícil y lo crudo, lo costoso y el esfuerzo del que sabe lo que vale el café que se paga. Quizá por eso callaban tanto, porque sabían lo jodido que se les venía encima y por eso no eran como los que venían más tarde. Después de las ocho siempre ha sido todo más fácil, porque entonces la ciudad también es más charlatana y ruidosa, casi molesta, y más si llueve. Y Llovía fuerte esa mañana cuando volvió a ser noticia el puente de Segovia por un muerto más. Ni Fernando ni nadie de los de allí se dieron cuenta de nada hasta que lo anunció la radio, interrumpiendo con su mensaje la tertulia, con esa certeza omnipresente que tienen las tragedias que rozan sin dejarse ver:

Hace unas horas, esta misma mañana, la Policía Municipal ha recibido una llamada de un vecino de la calle Segovia al escuchar el estruendo que provocó, al parecer, un cuerpo al chocar contra el capó de un vehículo, en la conocida calle de Madrid. Aparentemente, el suceso tuvo lugar a las cinco y media de la madrugada, con el resultado del fallecimiento de una persona de unos sesenta años de edad. Se desconocen más detalles sobre su identidad.

Fernando levantó la vista hacia la ventana que le permitía un plano directo hacia el viaducto de Segovia.

—Si no fuera por la cantidad de agua que está cayendo del cielo, la gente seguiría ahí parada mirando, vaya tela —pensó en voz alta, mientras una pareja de la Policía Municipal entraba en el bar—. Inés, pon un poco más de serrín donde la puerta, anda.

—Buenos días —se dieron mutuamente, agentes y Fernando.

—Ya imagino por lo que vienen, señores, ¿un café?

—Pues con este frío se agradece.

—Dada la hora del suceso, imagino que usted no estaría aún abierto.

—A las seis menos cuarto suelo hacerlo.

—Por poco.

—¿Le suena esta persona? —preguntó uno de los policías alargándole el brazo para mostrarle una foto.

Un silencio quedó abierto esperando respuesta. Fue en aquel instante en el que alguien dejó de ser un conjunto de iniciales para volver a ser un padre, o una madre, o una hija, o un sobrino. Y es que muy pocos se acuerdan al saltar de que también algo de ellos se queda en el Madrid de los demás, en el de Fernando, en el de Paco, en el de Inés, en el de Marta, en el de don Francisco y en el de cada uno de nosotros.

A Fernando le sonaba mucho una de las caras de la foto. Esa cara, ahora sí, que ya no era un nombre, ni una sombra. Era una persona.

2. La foto

Un día antes Fernando abría el bar como cada mañana menos los domingos. La prensa, que antes la dejaban sobre una ventana, llevaba meses comprándola directamente, puesto que fueron muchas las mañanas que le habían levantado los periódicos. Antes nadie robaba lo de otros, pero ahora la ciudad se había llenado de ajenos a todo.

El quiosco donde compraba era el de Javi, buen amigo y con buen olfato, porque desde hacía algunos años vendía cualquier periódico nacional, internacional, revistas de todos los gustos y colores, además de una innovadora y creciente oferta para niños repleta de juguetes y tebeos que ganaba espacio al tiempo que bajaba la credibilidad del papel. Aunque seguían arrasando el As y el Marca en un país que se rige por las patadas que le dan a una pelota veinte millonarios anabolizados, Fernando compraba también el ABC y El País. Hacía como con las tortillas y tenía para todos. Esos cuatro periódicos los leían al día decenas de personas, de mano a mano y ojo a ojo, dejando cada cual su rastro, su saliva o huella, porque en Madrid no se tira nada y todo sirve para alguien, todo se pasa y se pega y se sigue hacia delante. Javi era, por tanto, el primero que amanecía en todo el barrio de Las Vistillas y otro fijo del Esperanza para comer el menú del día. La mayoría de los quiosqueros de Madrid no abren por las tardes. Esas horas de luz tenue y lenta se aprovechaban para dormir y descansar de su difícil horario, pero Javi dormía poco y tal vez por eso su cara entre amoratada y roja denotaba hipertensión, curtida por el frío de escarcha con que el invierno castiga la estepa castellana. Sus ojos eran pequeños y brillantes al contacto con el aire, como si siempre estuviera llorando por algo, y el cuerpo menudo y torcido, inclinado un poco hacia delante de la de veces que se agachaba a recoger los fardos de periódicos para después colocarlos en un orden impecable y pulcro. A diferencia de los de su gremio, ampliaba el horario porque las tardes le brindaban otra suerte en ventas aprovechando la salida de colegios e institutos, rutas de colegio y tabaco, que este balcón de Madrid siempre ha tenido escasos estancos y cuestas empinadas.

Cuando Fernando recordó la foto que le enseñaba el policía, supo enseguida que Javi también le había dicho algo sobre el tema. Fue la semana anterior, en el café tras el menú al que no faltaban ninguno de la liga del Esperanza. Todos tomaban café en la barra porque preferían

comer separados, así que el pitillo y el molido lo dejaban para la tertulia. Paco fue el primero porque siempre se adelantaba a los demás, ahogado de esa impaciencia del que tiene algo nuevo. Lo del palique se ha gastado siempre mucho en Madrid, una ciudad jodidamente cotilla. Y con ese ruido de platitos y tazas, cucharitas y televisión de fondo, se quitaban la palabra los unos a los otros, subiendo cada vez más el tono para hacerse oír.

—Pues bien temprano he visto yo al de Ópera esta mañana subiendo las escaleras de Don Pedro.

—Últimamente ha comprado él mismo el ABC, antes venía un filipino —añadió Javi—, aunque los miércoles siempre venía él en persona a por el Hola para su señora —siguió.

—Yo estuve en su casa el otro día dejando una carta fea, un aviso —dijo Marta.

—Sois un poco cotillas, ¿no? —añadió Inés, que se preparaba para marchar a sus cosas.

—¿Recordáis el cochazo que tenía? ¿Qué era, un Bentley?

—El último fue un Rolls, cuando lo llevaba el conductor ese filipino —resolvió, Paco.

—Pues dicen que había engañado a unos cuantos con un asunto de acciones o de bolsa o algo así —siguió.

—El que tiene viruta siempre engaña, ¿o no?

—Yo le vi en la Iglesia el otro día. Primera vez en mucho tiempo. Aunque su mujer siempre donaba bastante dinero, pertenecía a la Orden de las Damas de la Almudena, pero fue sonado que dejó de pagar y de aparecer por la Iglesia —añadió don Francisco.

—Pues en la casa el otro día la cosa no pintaba bien. Estaba todo, no sé, como decadente. Las cortinas todas echadas y la señora apareció como enfadada. Había un malentendido con una dirección —añadió Marta.

—¿Pero no era notario?

—No, no. Ese tenía negocios suyos. Que yo he notificado varias veces en su casa.

—La que es de sujetar es la mujer, esa que dices, Marta, que la veo andando por el barrio con unos pelos que parece una leona—sentenció Paco.

Todos dibujaron una media sonrisa y callaron tras escuchar a Paco. Es lo que hacían cuando se sabe de algo, pero no del todo, aunque también porque a las señoras no se las pone de vuelta con tanta facilidad. Se guarda un respeto, al menos, una distancia, un enredar un poco sin ofender mucho

Inés terminó de recoger y se despidió de Fernando con un beso. Últimamente lo venía haciendo más despacio y Fernando notaba el peso de la culpa cuando ella empujaba sus labios sobre su mejilla. Hay muchos tipos de besos en la mejilla y estos de Inés, desde luego, eran de los que se daban cuando se ocultan cosas. Javi también observó el gesto, porque todos los cabizbajos juegan a ver menos de lo que ven. Aun así notó, como el resto, la ternura de la joven con su padre.

—Pues ayer se pasó por aquí también, y eso sí me extrañó—añadió Fernando.

—¿Por aquí?

—Yo le he visto subiendo del Landó o de sitios de postín, pero no me cuadra verle en estos lares. No te ofendas, Fernando, pero en veinte años no ha parado aquí nunca.

—¿Y qué pidió? —preguntó Marta—. A ver si el problema suyo va a ser la botella y no hemos sabido de nada…

—Qué manía le tienes a la botella, Marta.

— Y tú qué querencia, Paco —se defendió ella.

—Pues tampoco te debería sorprender tanto, Paco, si total, es un tipo del barrio. Estuvo con el director del Caja Madrid de la calle San Francisco y pidió dos cafés.

—¿Con Ramón?

— No, con el nuevo.

— Pero si Ramón era nuevo.

— A Ramón le prejubilaron, el otro, ¿Carlos?

—¿Con cincuenta y pocos te largan ya? —protestó Javi.

—A mí me contó que reducían oficinas y el banco les ofreció esa salida —añadió Marta.

—Quieren sustituir todo por máquinas y encima te cobran por sacar tu dinero. Llevan tres directores en dos años —terció Javi.

—Hombre, no son una ONG —intervino don Francisco.

—Pues con nosotros no suele haber problema —añadió Fernando.

—Ya, pero que te tomen el pelo es distinto, Fernando, ¡no seas gallego, joder!

—No soy gallego, Paco, soy de Santander, que para los de Madrid cualquier sitio por encima de Burgos es lo mismo.

—Y yo no soy de Madrid, Fernando, soy de Segovia, que para los del norte todo lo que no tiene mar es Madrid.

—¡Espera! ¿No es ese que va por ahí? —dijo Marta al ver su figura al otro lado del cristal del Esperanza.

Fuera, en Bailén, Luis caminaba sin prisa. Apenas miraba alrededor, manteniendo la vista fija en el suelo y cambiando el peso de su cuerpo de una forma casi imperceptible, como levitando en la morosidad de sus pasos.

Por las tardes, sobre todo en invierno, en Las Vistillas pega un sol que apenas permite mirar al oeste. Es tal la fuerza que tienen sus rayos que el mero hecho de tratar de hacerlo ciega, llena de sombras las pupilas y eso hace perder el equilibrio. Es una de esas fuerzas inexplicables, radiantes y que deja huella en esta ciudad, como su noche eterna o sus mil acentos, que hacen que a los gatos se nos pegue cuando viajamos por España de las ciudades que visitamos, uno de los peajes que se paga por ser la capital de tantos. Pero esa luz no evitó que Luis quisiera tratar de enfrentarse un segundo, le atraía ese destello, como si fuese un camino al cielo, una salida celestial que nadie terrenal podía ofrecer, la ayuda divina, aunque un segundo después siguiera pensando en dejarse caer. Si total, ya estoy casi muerto, se dijo para sus adentros.

—Esto no me lo arregla ni el mismísimo Dios y los milagros no existen —farfulló.

Ayer mismo Luis había estado esperando la cita que tenía con el director del banco en el Esperanza. Habían quedado ahí porque pensó

que así el otro vería que no gastaba de más. Las cosas se habían complicado en los últimos años y Luis apenas recordaba los veranos de éxito y sol, cuando se convirtió en el centro de un mundo que no deja de girar a tu alrededor si derrochas pelas. Luis esperó al director media hora larga, anticipando su fracaso. Esta vez no le quedaban recursos de los que tirar.

Delante de un café ya frío, aguantó la incómoda determinación con la que su interlocutor dictó su condena, aparentando una dignidad que ya hacía tiempo que había perdido. El director de la sucursal era nuevo, aunque siempre pareciera ser el mismo. Se esforzaba en ser correcto sin dejar de ser implacable, nada del peloteo de aquellos años de bonanza ya perdidos.

—Señor Salmerón, disculpe mi retraso. He estado revisando su expediente y debo decirle que, con dos cuotas retrasadas en el pago, nuestro sistema de riesgos le califica de improcedente de cara a estudiar la financiación de su hipoteca.

—Pero si aun así se pagaron. Solo fue un retraso.

—Es un retraso más de muchos. Lo siento. Son las normas y no dependen de mí.

—Pero no puedo comprender que sea imposible con mi trayectoria de años como cliente del banco.

—Mire usted, si pudiera avalar con otro bien inmueble o cualquier tipo de propiedad…

—¿Pero no se da cuenta de que tengo problemas temporales de liquidez y que se van a arreglar pronto? Es solo cuestión de unos meses.

—Siento que no podamos ayudarle, señor Salmerón. Se lo repito, son las normas.

—Tiene que haber alguna opción. Es solo una cuestión de tiempo, hasta que se recompongan algunas inversiones.

—Con su historial ninguna. Su casa tiene una carga que está a punto de ser reclamada por la entidad con la que mantiene dos préstamos. Lo lamento, he estudiado bien su caso y no puedo hacer más. En atención a usted, y porque es un cliente de muchos años, hemos prorrogado esta situación demasiado tiempo.

Hablaba con un tono seco, cortante. Había en su altivez una cierta venganza, ese ajuste de cuentas de los débiles. Luis apuró el café tan frío y tan amargo como su derrota y se tomó su tiempo antes de pagarlo una vez que el bancario abandonó el bar. Tampoco tenía prisa en seguir cayendo.

Al salir del Esperanza, Luis acudió a un concesionario de coches con la intención de vender el último de los que le quedaban. Semanas atrás se había pulido el Rolls, un deportivo americano y al filipino que los conducía, alegando ante su mujer que el pobre chófer llevaba años sin vacaciones y debía volver a su país para ver a su familia. Tuvo que compartir con él las ganancias obtenidas para que no cantara los auténticos motivos de su marcha. Para ella no había buenas o malas inversiones, ni riqueza ni pobreza, ni crisis ni coyunturas. Para ella el dinero era algo que siempre estuvo allí. Sin más alternativas, Luis cogió un taxi y se dirigió hacia el multimarca para sacar efectivo, ganar tiempo y algo con lo que poder contentar a esa mujer inalterable, que últimamente le trataba con tal desprecio que solo podría deberse a que se avecinaban verdades.

Los problemas habían comenzado algunos años antes, malas inversiones, demasiados riesgos y decisiones que comenzaron a mermar los ingresos de Luis Salmerón. Había heredado de su padre una boyante empresa de suministros eléctricos para grandes superficies y organismos oficiales. Las sucesivas crisis fueron recortando los pedidos y dejaron a la empresa bajo mínimos, con solo algunos pequeños contratos de mantenimiento, al tiempo que su nivel de vida aumentaba, junto al gasto que en su casa crecía como una condena. Trató de compensar el declive de la empresa familiar con inversiones inmobiliarias tan arriesgadas como fallidas. El problema de Luis entonces no era solo la falta de dinero sino su completa incapacidad de decirle que no a su mujer, Eugenia Prado, que había sustituido la ausencia de hijos por la adicción a las compras y a una agotadora vida social.

Por eso volvió a dudar si seguir caminando hasta su casa mientras repasaba la lista de personas a las que llamar. Descartaba los nombres a la vez que se sucedían las imágenes vividas junto a todos ellos. ¡Qué solo se podía llegar a sentir uno sin recursos, sin nadie a quien llamar, sin opciones! Vacío de todo y de nadie. En ese mismo instante, en su casa sonó el teléfono:

—La señora está descansando, ¿de parte?

— Ahora mismo le digo, señor, un momento, por favor.

La mujer del servicio se dirigió hacia el salón de la casa. Eugenia Prado miraba por uno de los balcones que daban a la Plaza de Oriente. La Luz de la tarde llegaba también a esa explanada tan imponente del Madrid Real, abarrotada de turistas, mimos, gitanas con romero y estudiantes de música clásica sacándole cuartos a los que se acercaban al Teatro Real. Eugenia se acordaba, ausente, de cuando tenían abono, de aquellos estrenos y de la copa que organizaba después en su casa para los vecinos de butaca e invitados de apellido compuesto. Una vez fue el alcalde, Álvarez del Manzano. Un caballero, pensaba esa tarde mientras dejaba vagar la mirada por los jardines de la Plaza de Oriente.

—Señora, disculpe. Le llaman de la galería Ansorena.

—Páselo a mi cuarto, por favor, Desi.

— Muy bien, señora.

El parqué sonaba agrietado y cansado, el sonido de esos viejos pisos largos del Madrid de los Austrias, de techos altos y de sombras llenando el espacio hacia el interior, porque ya se sabe que en Madrid todo luce hacia fuera y se duerme dando a patios grises de salidas de humo. Por eso tardó dos minutos en atravesar las habitaciones y el pasillo hasta llegar a su cuarto y sentarse delante de la mesa escritorio donde despachaba la correspondencia y donde, sobre una bandejita de plata y en perfecto orden, tenía las tarjetas amarillas con sus iniciales y las de Luis, un valioso abrecartas antiguo y la llave del joyero donde guardaba las pruebas de tanto aniversario pasado.

—Disculpe mi tardanza, señor Folgueras, estaba ocupada... Pero, pero ¿cómo, qué quiere decir…? ¿Perdón? ¿Cómo que un imprevisto? Pero, señor Folgueras, no entiendo nada, debe de ser un error. Mañana mismo me paso por allí —decía Eugenia Prado con un timbre más agudo de lo normal, antes de que el timbre le facilitara poner fin a la incómoda conversación—. Señor Folgueras, tengo una visita, discúlpeme. Le enviaré a Enrique o no, no. Yo misma me paso mañana y me dice qué asunto es este —contestó dejando el teléfono bruscamente sobre su base.

Confundida, Eugenia atravesó de nuevo por el pasillo hasta el recibidor de su casa. En la puerta, Ana recibía una carta entregada por una funcionaria de correos de mediana edad y aspecto vulgar.

—Buenas tardes, señora, ¿está Luis Salmerón? —dijo al ver aparecer a la dueña de la casa.

—No en este momento, pero soy su mujer, dígame qué necesita.

—Tiene un aviso de recogida del secretario judicial. No puedo decirle más. Debe recogerlo en persona. Se ha tratado de notificar en la dirección… espere, en Claudio Coello…

—62, sí, en su despacho.

—Pero me indican allí que la oficina ha cerrado o se ha trasladado.

—¿Cómo que ha cerrado?

—No sé decirle, señora, a mí me han mandado aquí con este aviso.

—Pues ya lo recojo yo, ¿dónde debo firmar? —preguntó mientras apartaba un poco el papel de la vista de Desi, la empleada paraguaya que llevaba algunas semanas recibiendo con retraso su sueldo.

Eugenia cerró la puerta bruscamente, se giró y miró con sorpresa indignada a su empleada:

—¿Qué hace ahí plantada mirando? ¿Es que no tiene usted nada que hacer?

—Disculpe, señora Eugenia —contestó Desi sin moverse, casi retándola.

—Pues vaya, vaya, ande vaya, que está todo el día perdiendo el tiempo— le dijo sin mirarla, intentado calibrar esa mal disimulada falta de respeto. Increíble, increíble, increíble, musitaba andando con pasos vacilantes por el pasillo.

Cinco minutos después, Luis recibió una llamada en el teléfono. Paró en seco porque por la tarde ya no le buscaban acreedores; solo podía ser ella, Eugenia, y lo dejó sonar antes de contestar. En 1998 un móvil era un símbolo de estatus y era ya casi el único que le quedaba. Una llamada en la calle permite tratar de jugar al despiste o al menos regala un sinfín de salidas en caso de ser observado. Se puede fingir alegría o sorpresa si es una mala noticia o poner muy mala cara si es una buena, sobre todo si es por dinero. Disimular es una cuestión de mera supervivencia en un país y una ciudad donde la envidia no es un pecado sino un don.

El mensaje de Eugenia no tenía nada de bueno. Por eso Luis continuó caminando entre el resto de la gente que paseaba a esas horas por la plaza de Oriente. Desde ahí podía observar la entrada de su casa sin

atreverse a dirigir sus pasos hacia el portal, ignorante aún de lo que de verdad se estaba cociendo en su interior. Pero sí que escuchó, y bien alto, la frase que ella le gritó varias veces antes de que se cortara la llamada:

—Quiero el divorcio.

El sonido metálico de la puerta del bar amortiguó el repiqueteo de la lluvia esa mañana.

—Entonces, ¿le suena la persona de la foto o no?

—Sí, sí. No era habitual pero sí es cierto que pasaba por aquí alguna vez. No vivía lejos, creo, en la Plaza de Oriente.

—¿Y nos podría decir cuándo fue la última vez que pudo pasar por aquí?

—Pues ayer mismo si no me falla la memoria.

El día antes Luis Salmerón había salido de casa temprano, mucho antes de que despertara su mujer y más aún de que se diera cuenta Desi, con la que prefería no cruzarse por la vergüenza de deberle el salario del mes. Luis estaba decidido a conseguir algo de efectivo. Por lo menos podría liquidar la cuota de la tarjeta de crédito de su mujer, ya que había acordado pagarlo en la misma oficina para que no se la cortaran. En el maletín metió el reloj de su pedida de mano y algunos títulos de empresas que ya no valían nada pero que aun así estaba decidido a convertir. La mañana anunciaba una próxima lluvia. Hay días en Madrid en los que el aire huele a agua, días en los que se nota que empujan las nubes para romperse regándonos por completo. Tarda entonces más tiempo en amanecer porque las nubes no le dejan al sol calentar, días en los que la ciudad se vuelve más agresiva. Ese era uno de esos días, así que Luis miró al cielo y se subió el cuello de la gabardina mientras esperaba frente a la tienda de empeños, conocida gracias a un anuncio que había recortado el día anterior del ABC. Había llegado antes de que abriera el local de la calle Ayala, con la impaciencia que da la vergüenza y para evitar cruzarse con alguien conocido. A pesar de ser una ciudad grande, Madrid se mueve en círculos concéntricos y todos se conocen. Cuando por fin abrió, Luis entró ansioso para conseguir lo que tanto deseaba: dinero.

Lo bueno que tienen esas tiendas de empeño, doble cristal y generalmente estrechas, es que pagan en efectivo. Lo malo es que el dueño suele ser un hortera chupasangre que se aprovecha de la gente, muy en especial cuando el aspecto del que vende es de vencido, del

que tuvo y perdió, como el de Luis Salmerón. En sitios como ese, raramente se discute. El derrotado abre la mano, recoge la pasta y procura que la humillación sea rápida y silenciosa porque no tiene alternativa. Había elegido ese local pensando que por estar en el Barrio de Salamanca le darían más por el Rolex. Pero quien estaba al otro lado del mostrador ni le miró siquiera. Aceptó el millón de pesetas sabiendo que valía más del doble y también que la cuota de la tarjeta impagada era de quinientas mil y bajó andando hasta la Castellana para poder liquidar en persona el importe de su American Express.

A la misma hora Eugenia esperaba en la peluquería, la misma a la que iba desde hacía años, la única que le dejaba una melena aleonada entre rubia y morena que le daba una imagen de fuerza y de poder, atemporal. Se desplazaba hasta ahí porque eran los mejores de Madrid para teñirle el pelo, un acto que se convertía en un ritual de cuatro horas en el que le pasaban revistas, vino blanco y un par de aperitivos. Era una delegación de la casa original de Marbella, pero en invierno bajaban un poco los precios y el tratamiento no superaba las treinta mil pesetas. Aunque Eugenia nunca se había preocupado de esas cosas. De eso se encargaba la tarjeta de crédito. Y de pagarla, Luis.

—Gracias por todo —dijo al terminar el ritual, quizás un poco más apresurado que de costumbre.

—A usted doña Eugenia, como siempre. ¿Necesita que le pidamos un taxi? Veo que no está su conductor.

—Sí, por favor. Enrique está de vacaciones, un trastorno, la verdad, pero qué le vamos a hacer. Cóbrese aquí, por favor.

—Parece que esta tarjeta no está funcionando bien, señora, disculpe un momento. ¿Tendría otra?

—¿Cómo que no funciona? Nunca me ha dado ningún problema. Tendrán mal la máquina esa.

—No se preocupe, señora Prado. El próximo día le cobramos dos sesiones. Disculpe las molestias por el malentendido.

—Deberían arreglar sus maquinitas antes de molestar a las clientes de siempre.

—Disculpe, señora Prado. Creo que ya tiene su taxi fuera preparado.

— Gracias, gracias, buenos días.

Eugenia salió a toda prisa de la peluquería, el corazón le latía con fuerza en el pecho. Se atusó la melena con insistencia, como si intentara sujetar sin éxito algún mechón descolocado y de paso, su vida.

Al mismo tiempo, Luis Salmerón esperaba su turno en la cola de las oficinas de American Express. Al llegar a la ventanilla, el empleado le reconoció y sacó el extracto que guardaba bajo el mostrador. No solía tener trato con los usuarios de tarjeta black, sin límite de fondos y solo adjudicada, previo pago de cien mil pesetas anuales de mantenimiento, para los que de verdad movían capital. De esos se encargaba el director, pero después de dos visitas previas se lo había pasado a él con la instrucción de no hacer preguntas, contar el dinero y entregarle el recibo sellado. Una nueva humillación para Luis Salmerón, que ni siquiera se tomó la molestia de hacerse el ofendido por tener que despachar sus asuntos con un empleado cualquiera.

Tras liquidar lo pendiente y comprobar que solo le quedaba el medio millón del Rolex, decidió pasar por su casa y dejar un sobre para Desi y otro para el portero, al que adeudaba cinco recibos de la comunidad de propietarios y al que tendría que darle de más para mantenerle con la boca cerrada, también a él. Suspiró y el pecho se le cerró por la angustia de saberse de nuevo al inicio, una marmota acorralada que necesitaba otro millón al menos. No podía nombrar a nadie que pudiera ayudarle. Ya había quemado todo y a todos.

Su mujer pidió bajarse en Velázquez mientras Luis intentaba arreglar sus problemas con el presidente de la comunidad porque el portero había cantado. Otro dique que se derrumbaba. No todos eran como Paco en Madrid. De hecho, hubo un tiempo, allá por 1890, en que el Ayuntamiento estuvo cerca de dar a los porteros el nivel de autoridad y subir así el grado de protección que podrían aplicar en caso de robo en sus edificios. No tardaron más que un par de semanas en retirar dicha propuesta, después de comprobar que el número de robos en la ciudad se había triplicado debido a la complicidad de los porteros en la venta de copias de llaves, revelación de costumbres, horarios y niveles de renta de los vecinos de Madrid. Luis farfulló algunas disculpas mientras terminaba la conversación. No estaba acostumbrado tampoco a dar explicaciones y llevaba demasiados meses en un bucle de desesperada vida hacia delante. Cuando por fin quedaron en darse los números nuevos de cuenta —excusa que Luis utilizaba cuando todo se quedaba sin ninguna salida— regresó a su casa para comer algo rápido antes de volver al ring de la calle.

Al salir de la galería Ansorena, Eugenia Prado ya sabía que los cuadros

eran falsos. Pero lo que la mató de vergüenza fue cuando Rogelio Folgueras, el director de la galería de subastas y al que tantas veces había comprado, le había confesado la procedencia de la copia: un garito del rastro muy poco recomendable. Recordaba muy bien el momento en el que los encontró recién colgados sobre las cuatro paredes del comedor de Oriente, como llamaban a su casa de Madrid. Ella pensaba que subastando esos dibujos, cien millones —llegó a decirle Luis esa noche— saldrían de esos grises y estarían más cerca del ayer que tanto añoraba. Cuando el Señor Folgueras cerró la puerta del taxi cortésmente, Eugenia Prado dio al taxista instrucciones de ir a Claudio Coello, donde estaba el despacho de su marido. Sentía que era uno de esos días que alcanzan una velocidad distinta. Es una fuerza mayor, un "ahora es cuándo", algo de lo que no se puede escapar.

Para Luis era también un día de consistencia viscosa. Un día en el que el desesperado recurre a todo, incluso a aquello en lo que ya no cree, y se aferra a sus raíces, donde descansaba su tranquilidad, su magdalena proustiana. Es por eso que Luis Salmerón decidió entrar ese día en la Catedral de la Almudena. Y por eso, incluso, rezó.

—¿Y podría decirme si la persona de la foto estaba pasando por un mal momento, algo errático en su comportamiento que merezca la pena destacar o que le llamara a usted la atención?

—Se comentaba algo de ruina, pero ya sabe, habladurías de barrio… No paraba mucho por aquí. Lo conocía más de verle por la calle.

—Sin embargo, me ha dicho que pasó ayer mismo…

—Estuvo con el director de la sucursal de Caja Madrid, pero ya le digo, que poco más.

—Muy bien, pues si alguno de los clientes o alguien puede aportar alguna información adicional, que se ponga en contacto con la Comisaría del Centro.

—Estaré atento, agente.

Fernando Corbal trató de recordar algo más, algún detalle que pudiese estar en un segundo plano o más abajo aún. Volvió a mirar tras la puerta cuando los policías abandonaron el local. Seguía cayendo esa lluvia impertinente que atasca las calles y las ensordece de cláxones, pero que a Fernando le sabían tanto a ausencia y tristeza. Esos días que tiene la ciudad de Madrid en los que no encuentra razones para ser azul. Y le vuelve Santander, esa foto y esa lluvia, y el salto en el vacío y el mar al que le empujan esos putos días en los que Madrid es

del norte.

Después de salir de la catedral, Luis Salmerón caminó la distancia que le separaba de su portal muy despacio, esperando que cerrara la portería para evitar más miradas impertinentes. Rezar le trajo recuerdos de niño, de cuando creía que de verdad Dios velaba por él y por todos. Entonces aún creía que la vida era un juego sin consecuencias en el que él siempre ganaba.

Eugenia Prado esperaba sentada en su escritorio. Encima de la mesa había tres sobres. Uno con el dinero que le había dejado Luis, otro con la carta del Juzgado de Instrucción número Cinco de Madrid y un tercero que contenía una carta de despido escrita a mano. En ella le explicaba la partida de Enrique, el conductor, y los motivos por los que tampoco podían mantenerla a ella como empleada del hogar, aunque ya se lo había anticipado de viva voz. Por esa razón nadie abrió la puerta cuando Luis timbró la puerta y tuvo que hacerlo él mismo, sacando la llave de su maletín ya vacío de oportunidades e intentos inútiles de volver a ser alguien

—¿Sabes por qué no me ha abierto Desi?, ¿Eugenia?

Atravesó el salón a tientas. El comedor, al lado, estaba a oscuras y la mesa no estaba preparada para la cena. El silencio de la casa era una amenaza, otra más. No encontró razones para seguir preguntando ni para dirigirse a su dormitorio. Sabía que podía encontrarse de frente con la realidad.

—¿Eugenia, cariño, cenamos? Hoy voy a prepararte algo especial, ¿quieres? —casi gritaba desde el pasillo, temeroso de saber que Desi por fin había cumplido la promesa que tantas veces le venía haciendo de largarse, como hizo Enrique, y como otros que huyeron antes de ver el barco hundirse del todo. Ella no contestaba. Se mantenía recta y rota, con el sobre del desahucio abierto y con la cara descompuesta por la incomprensión y la pena. Tan solo el pelo seguía en su sitio. La policía pretendía desalojar la casa y el banco ejecutar una hipoteca que sobre otra reclamaba el aval. Los cuadros, la oficina y las joyas, todo era una mentira que colapsaba el horizonte de un hombre que trataba de preparar una pasta italiana en una cocina que no sabía cómo encender.

Eugenia no salió del cuarto aquella noche y Luis no encontró el valor para entrar tampoco. Si total, al día siguiente trataría de hacer lo mismo: salir temprano, continuar buscando alternativas cada vez más rocambolescas, empeñar algo, convencer a alguien. Aunque de donde

quería salir realmente era de sí mismo y de su caída irreparable.

La mañana siguiente se confundía con la noche del cielo nublado. No se distinguía en dónde acababa el gris y en dónde comenzaba el negro. Cuando abrió los ojos llovía y en el aire rebotaba el sonido del agua. Después de vestirse, abandonó el piso de la plaza de Oriente y dirigió sus pasos hacia la Catedral —qué inmensidad y qué vacío de todo cuando cae agua en Madrid—. Alguna voz de juerga atrasada se perdía por el callejón que conecta con la calle Mayor. El termómetro del inicio de la Calle Bailén marcaba tres grados y el reloj las cinco y veinticinco de la mañana. El eco multiplicaba sus pasos, parecían casi querer correr porque a medida que se abría el horizonte del Paseo de Extremadura el viento soplaba más fuerte inclinando aún más las gotas de lluvia al caer. Hubo dos o tres relámpagos, de los que iluminan más el negro del cielo que el suelo. En la oscuridad grisácea del amanecer los pasos ahora corren hasta cortar por la mitad el Puente de Segovia, donde se paran en seco.

Luego, un suspiro, un rayo que llega dos segundos antes del trueno. Unas manos que aferran el metal helado de la barandilla, unos ojos cerrados, un salto que rompe la línea que separa la vida de la muerte. Un cuerpo que cae adelantando a las gotas de lluvia. Un coche que derrapa después y choca con otro sobre el que explota una sombra. La muerte llega con el primer golpe, cuando aún el día no ha vencido a la noche.

Una hora más tarde, en el piso de Oriente, Luis le habla a una puerta cerrada.

—Cariño, me marcho que tengo que ir pronto al despacho, ¿vale?

Había pasado la noche durmiendo en el salón.

Luis Salmerón salió temprano de casa para volver a hacer lo de siempre: seguir huyendo sin saber que su mujer, Eugenia Prado, llevaba muerta desde las cinco y media de la mañana, cuando un policía enseñó su foto a Fernando Corbal para relacionarlo con el cuerpo de una mujer sin identificar con pelo de leona que se lanzó desde el Puente de Segovia al confirmar que el cartero siempre llama dos veces.

3. Micky y el Mella

Dos días más tarde apenas quedaba rastro de la cruz negra que alguien pintó con espray sobre el pilar del viaducto de la calle Segovia. Los servicios de limpieza del ayuntamiento se esmeraban en borrar las consecuencias de las tragedias, que daban mala imagen y espantaban al turismo. Estas cruces venían siendo una tradición simbólica, una forma anónima de noble despedida o de cristiano homenaje ante el número de muertes que se repetían mes a mes en el mismo sitio. No se sabía ni quién las pintaba ni cuándo, pero se deducía que de madrugada porque siempre aparecían dibujadas al amanecer siguiente a cada salto. Tampoco se hablaba de Eugenia Prado y tanto la prensa como el barrio hicieron lo que en casos anteriores: minimizar el temido "efecto llamada" para no imantar el polo que suponía el puente de Segovia para los suicidas. Pero el silencio, lejos de evitar el aumento de voluntarios a quitarse de en medio, producía también un efecto demoledor sobre los depresivos, los desesperados, todos aquellos a los que vivir les ahogaba más que dejar de respirar. Era como si se les obligara a borrarse, estigmatizándolos aún más. Arrinconados y sin salida, sufrían por partida doble: por el daño que cada cual arrastra y por la ausencia de alguien dispuesto a escucharlo. El dolor incomoda y quién sabe si contagia.

El "Mella" era el nombre del instituto de Inés. Distaba no más de cien metros del Esperanza, en la misma calle Bailén. Fernando la matriculó allí con la expectativa de poder echar raíces tras podar las que le ataban en el norte. No fue consciente entonces de que la exponía a tantas malas noticias, al horror en primera fila mientras crecía, miraba y aprendía. Puede que fuera ese, sin saberlo de manera consciente, el objetivo de Fernando: mostrarle el desgarro del mundo y así prepararla para la vida que él sabía era dura. Y además, ¿a dónde irían? El bar y los cuatro parroquianos habituales eran lo único que tenía, escapar no le aseguraba librarse de un destino incierto.

Micky era dos años mayor que Inés. Aun así se conocían bien, de vista, de patio, de calle y de parque porque en las tardes de primavera las Vistillas se llenaban de cáscaras de pipas y de risas mientras la noche tardaba en llegar. También era el espacio donde comenzaban los juegos de nervio y estómago observando cómo los chicos se hacen un poco más torpes queriendo ser hombres y las chicas un poco más

mujeres aun sin proponérselo. Los grupos coincidían por edades, porque el curso del colegio marcaba la frontera, y era raro ver a mayores tratando con pequeños o viceversa. Algunos siempre destacaban por saltarse ese tipo de normas, pocos, únicos y distintos. Era el caso de Micky que, de vez en cuando, compraba un paquete de Lucky en el quiosco de Javi. Aunque fuera dos cursos por delante, en ocasiones acompañaba a Inés de vuelta a casa porque los dos vivían en la calle del Ángel. Quizás por eso Micky fue quien convirtió a Inés en noticia, tanto en el Mella como en toda la ciudad de Madrid ese mes de marzo que ya se había cobrado la vida de Eugenia Prado.

Micky jugaba sentado en la cama de su habitación. La pantalla de su game boy amontonaba tanta frustración como él mismo. El fantasma se había comido a Pac-Man demasiadas veces y el laberinto parecía ocuparlo todo. La noche anterior se había dormido sin poder pasar de nivel y, antes de ni siquiera vestirse, ya estaba dándole otra vez. Su padre trabajaba en Arcelor Mittal, en la planta de Getafe de la carretera de Toledo, y marchaba a trabajar muy temprano. Su madre, enfermera, también tenía horario de mañana, así que Micky desayunaba solo, con la taza y el plato puestos y un par de tostadas en la mesa de la cocina para su desayuno. Esa mañana también le dejaron un sobre con cincuenta mil pesetas para pagar la academia de inglés en la que se había matriculado para estudiar y trabajar en Londres, si todo salía bien. Era una oportunidad, le decían sus padres, que nunca tuvieron la posibilidad de elegir. Para Micky ese futuro incierto era una forma de escapar, aunque para ellos el inglés fuera la certeza de un destino mejor para su hijo, un motivo más por el que seguir madrugando. Tras desayunar y meter el sobre en la mochila, Micky salió de casa camino del instituto con ese flequillo que le comía la cara y que últimamente dejaba crecer tanto como su deseo de dejar atrás el Mella y Madrid.

También a esa hora salían del Esperanza Inés y Paco, que aprovechaban para bajar juntos las escaleras que terminan en la fuente de los Caños Viejos, y donde últimamente una señora mayor había montado un campamento permanente donde vivir desde que el frío más crudo y seco abandonó la ciudad. Inés le bajaba un café con leche y un par de churros antes de irse al Mella, aunque a veces Ana se hacía la dormida y no se movía bajo la manta. A Inés le costaba comprender por qué no pasaba las noches bajo techo en los lugares habilitados por el Ayuntamiento o en los operados por Cáritas, como le dijo don Francisco días atrás. Pero también sabía que a veces era mejor darse la vuelta y dejarle el café y la bolsa a un lado. Se estaba haciendo mayor y sentía, sin ponerle palabras, que a veces no hay que entenderlo todo.

Micky no había llegado aún a San Francisco cuando recibió un mensaje en su busca. Se lo había regalado su madre cuando le dieron uno nuevo en el hospital. No se paró a leerlo y siguió andando de manera huidiza. Cada poco se estiraba el flequillo tratando de taparse aún más los ojos y sus pasos parecían rozar el suelo, por la forma delicada de andar. Era como un tallo. Cuando llegaba al paso de cebra, mientras esperaba a que se despejara el río de coches y autobuses, furgonetas de reparto y taxis, Micky seguía moviendo las piernas, parado sobre el mismo sitio, como hacen los corredores que inundan la zona del Retiro, esa que años después llamarían el Nuevo Caracas. No podía dejar quietas las piernas y quizás por eso estaba tan delgado. Se lo decía su madre la noche anterior, dudando si se debía al nervio que lo dominaba este último curso o si la razón la tenía alguna enfermedad que toca a chicos y chicas por igual y que no tolera eso de comer de manera normal. Al padre de Micky le costaba aún mucho más entenderlo y por eso en estas conversaciones prefería no entrar, para mayor desesperación de su madre. Ella mantenía siempre una actitud protectora, que no encontraba la forma de expresar esa mezcla de amor y ansiedad de una madre hacia su cría, que en este caso era un chico delgado con un flequillo exagerado y tan callado que a veces le costaba reconocerlo como propio, porque estaba cada vez más lejos.

Ya en la puerta del Mella y antes de entrar, Micky sacó el busca del bolsillo para leer el mensaje que había recibido, aunque anticipaba que su contenido le aceleraría el pulso, le nublaría la vista, le cortaría el aliento:

—Ya sabes. Veinticinco mil pesetas donde siempre.

Sus ojos se pusieron aún más nerviosos que sus pies, calculando distancias entre distintos puntos que se perdían unos con otros, sin saber si entrar o salir, con el beeper aún en la mano y con la respiración cortándole cualquier capacidad de decisión que pudiese convencerle para moverse. Apretó los dientes intentando que las ganas de llorar no desvelaran a los demás la angustia que le atravesaba, mientras sus compañeros le esquivaban para no chocarse con su parálisis perpleja en la puerta del Mella. Tardó uno o dos segundos más en decidirse y, entonces, Micky se dio media vuelta y avanzó caminando en dirección contraria a la tropa que entraba a clase. Cruzaba ya la calle cuando sonó la alarma de llamada a las aulas. En la esquina de Bailén con Yeseros Inés estrenaba el día con un beso a Diego. Llegaban tarde. Antes de apartarse el uno del otro con esfuerzo, dijeron riendo:

—Mira, uno que no piensa ir a clase —dijo él.

— Vamos, que ya ha sonado la hora —añadió ella.

Diego no podía soltar la cintura de Inés. Se moría cuando el olor a mojado y limpio de su pelo le impregnaba la cara después de besarla. Sus labios sabían a fresa y a mañana. Aquellos besos, por inexpertos y por ser los primeros, eran del todo perfectos. Paco se había dado cuenta también del cambio en Inés, sabía que el café para Ana, la inquilina del viaducto, era además una excusa para salir antes y ganar esos cinco minutos de más con Diego sin tener que dar explicaciones a su padre, que ya había notado que su hija se demoraba mucho más tiempo en el baño antes de estar lista por las mañanas.

Micky llegó hasta la calle Tutor. Había caminado toda la calle Bailén y cruzado la Plaza de España hasta llegar al Tempo de Debod, donde permaneció de pie gastando la baldosa del suelo con ese nervio de caminar sobre el mismo sitio. El día era de esos azules que parecen blancos porque aún hace frío y no consiguen que se escape una neblina de fondo, un aire que aleja aún más el calor de aquel marzo lento en sus tareas. Solo algunos ladridos de perros atados a sus paseadores interrumpían el silencio junto a un grupo de niños que bajaban del autobús para contemplar el templo egipcio con que un imperio ya desaparecido rendía culto a unos dioses de los que ellos no sabían nada. Micky se distrajo con el murmullo de la libertad que suponía para esos niños un día sin clase. Esa sensación le produjo cierta paz, recordando un tiempo en el que todo era así de puro. Las manos las resguardaba en los bolsillos del abrigo, los hombros encogidos un poco hacia arriba, las mandíbulas apretadas, la cara medio tapada por el flequillo. Buscaba aparentar seguridad o indiferencia, el aspecto de quien no tiene miedo. Pero era demasiado flaco, demasiado frágil su esqueleto y solo parecía lo que era: un joven huidizo que estaba en todas partes y en ninguna al mismo tiempo.

El aire se nubló de golpe al escuchar:

—¿Has traído todo?

Micky abrió la mochila y sacó el sobre que sus padres le habían dejado para la matrícula de la academia de inglés. Había separado la mitad del dinero después de recibir el mensaje que le devolvió a los temblores, pero al menos tenía con qué pagar. Ya no importaba si el cielo era azul, amarillo o rojo, porque para Micky todo era pequeño e inerte, blanco como la muerte.

Temblando, pronunció:

—Espero que ya con esto te olvides de mí, por favor —rogó mientras alargaba el brazo con el sobre.

—Bueno, eso depende de cómo te portes, chaval. Tendrás noticias mías.

—¿Pero…?

—Pero qué.

Se dio la vuelta y se perdió hacia la Plaza de España mientras que a Micky le trepaba por la garganta una incomprensión dolorosa que le había sellado la boca. La figura del otro se perdía entre los escolares que correteaban por los aledaños del regalo egipcio a Madrid. No había muchas más razones para quedarse allí plantado y, sin embargo, Micky no encontró motivo alguno para marcharse. Le podía una fuerza mayor, una losa de la que no podía librarse. En esos momentos se acordaba de su padre, de su carácter y bravura, de su determinación y simpleza a la hora de enfrentarse a cualquier problema. No reconocía en él esa condición, al contrario, se sabía del lado más cobarde de la balanza y eso le dejaba aún más bloqueado y al mismo tiempo mucho más lejos de él. Le dolía lo que le echaba de menos.

A mediodía Inés llegaba apresurada porque Diego le había robado otro beso antes de salir a comer. Ella, que debía ayudar en el Esperanza, fue la primera en volver a toparse con Micky, que iba de vuelta hacia el Mella para no faltar también a las clases de tarde. No percibió nada extraño salvo lo que había visto junto a Diego por la mañana, cuando le vieron irse de pellas. Tampoco era del todo raro que alguno, sobre todo si era de COU, hiciese novillos, por lo que siguió hasta el bar con Diego siendo el dueño y señor de lo que pasaba por su cabeza.

—Llegas tarde, Inés —dijo Fernando, al verla entrar en la pequeña cocina del bar, no enfadado sino preocupado.

—Perdona, papá. Ya sabes que ahora es más complicado todo.

— Ya sé, ya sé.

—Llévale esto a Paco, anda, y le tomas la comanda a la once, que acaban de sentarse. Luego comes tú.

—Muy bien, dijo Inés, como siempre obediente.

Inés recorrió el comedor con un plato de Cocido Montañés mientras situaba a Paco y la mesa once en su mirada. Al llegar tuvo que toser para llamarles la atención. Era una pareja de jóvenes, de la misma edad que ella más o menos, y que debían de sentir el mismo apetito voraz que ella sentía cuando probaba a Diego.

—Chicos, ¿queréis menú o preferís otra cosa? —dijo más alto tratando de llamar su atención.

—¿Compartimos un bocadillo de jamón? Y una fanta de naranja para los dos.

—Sí, eso está bien, gracias.

—Vale chicos, os lo traigo.

De la que volvía siguió atendiendo y llevando. Paco pasó de la mesa a la barra, donde llegaba alguno más de la cuadrilla, y Fernando seguía en la cocina terminando de dar los últimos platos a Inés. Don Francisco también llegaba a esa hora al café, mirando, molesto e indiscreto, la forma en la que se comía a besos la pareja de quinceañeros de la once, y Marta, la de Correos, cortaba el ambiente al volver a pronunciar aquel nombre que había desaparecido en la penúltima desgracia, porque aquí como en las copas siempre cabe una de más:

—Pues el domingo vi en el Rastro un cuadro que casi me tira al suelo.

—¿Y cuánto pedían? —preguntó Paco.

— No por eso sino por quién salía.

—¿Y?

—Los Salmerón. Era un retrato de los dos. Ella toda enjoyada con su pelazo cardado y él con un esmoquin. Era un puesto, no en una tienda, así que poco debía costar. Pero me quedé de piedra al verlo ahí.

—De él apenas se supo más, ¿no?

—Excepto que debió vender lo que quedó dentro del piso, por lo que parece —añadió.

—Ni media palabra más —cortó Fernando.

Todos notaron el hastío en un comentario que no era del todo

gratuito. Lo de aquella mujer había sido un golpe que, tras otros tantos, mellaban el carácter de todos los que paraban en El Esperanza. El tema de la conversación se cortó porque siempre se corta cuando duele y más aún si la cosa no se entiende, como suele ocurrir con el suicidio, que no se entiende nada o no se quiere entender.

—Inés, antes de irte diles a los chicos de la once que esto es un bar, anda, no una discoteca donde morrearse.

—Pero, papá, ¿qué les voy a decir? Déjales, pobres, ¿qué daño hacen?

—Pues que aquí se sirven comidas y que el bar está lleno y necesitas la mesa.

—Pero, papá…

—Si es que son unos niños, por Dios, yo es que no sé dónde vamos a ir parar —musitaba Don Francisco en voz baja pero no tanto como para que no le oyera Inés.

Fernando no sabía al mirarla si tenía razón o le contestaban sus ganas de irse con Diego. En cualquier caso, el día no estaba de buenas con el dueño del Esperanza, que continuó limpiando mesas y manteniéndose ocupado, lo que le mantenía a salvo de decir alguna de las cosas que le pasaban por la cabeza en ese momento. Los demás callaban en la barra porque lo de Eugenia Prado y el retrato les había dejado mudos, como tantas otras veces. Paco, como siempre, fue el único que cerró el asunto:

—Pues habrá que hablar con el Ayuntamiento, o hacer algo, no sé.

Se quedó en el aire, en el ambiente de un bar donde colgaban las desilusiones y las almas de quienes las llevaron…

En la entrada del Mella, antes de las clases de la tarde, Micky trataba sin éxito pasar de nivel jugando al Come Cocos de la game boy. Lo que no conseguía evitar era esa forma huidiza de bajar la cabeza y esconderse tras el flequillo alargado que venía cuidándose desde el verano pasado. Muchas cosas habían pasado en su vida desde entonces, asuntos que se habían acelerado, haciéndose más y más grandes en este año 98 en el que ya no había vuelta atrás para él.

Aún Madrid se ralentizaba tras la comida, ese rato pesado de dos platos y postre que aún no estaba vencido por tarteras de microondas ni tickets de restaurante. Los alumnos del Mella aguantaban como podían el sopor de la primera hora de la tarde. Las clases de la tarde

necesitaban de un codo que ayudara a contemplar el reloj de la pared cuando los segundos y los minutos se volvían un poco más vagos. Las frases del profesor se acompasaban en un ritmo lento y caían en un saco medio roto. Sentarse junto a la ventana tampoco ayudaba para concentrarse.

Micky, de línea fina y estrecha, temeroso de todo, roto y asustado, se distraía viendo a un grupo de monjitas cruzar la calle de Bailén a Don Pedro. Solo una era española, aparentemente, porque las que la seguían eran cuarenta años más nuevas y todas ellas de la India. Cambiaban cada tanto, pues todas se piraban del convento a los tres años con los papeles en regla y la fe intacta en su diosa de ocho brazos y trompa de elefante. Pero ahí pasaban todas muy juntas, como una manada de algo muy puro, roído pero blanco, y muy bienvenidas cuando ya no había voluntarias para el rezo de otros lugares más cercanos o más cristianos desde que todo dejó de ser local, rural o, al menos, reconocible.

Micky no podía dejar de pensar que todas ellas estaban más a salvo que él, más si cabe cuando sonó el timbre que anunciaba el final de las clases: la protección del centro, del aula, del profesorado; todo se cortaba de golpe. De nuevo en la calle, Micky volvía a sentirse solo y en pelotas.

Al salir Inés también subía hacia la zona alta de la Latina.

—Espera, Micky.

Varias filas con alumnos de distintos cursos salían por la doble puerta del Mella. Algunos se amontonaban con el último rumor, otros se abalanzaban sobre compañeros jugando a pegarse, otras parecían guardar un secreto, una pelota se salía hacia el asfalto. Inés volvió a llamarle sin efecto, entre el barullo inevitable de la campana diaria. Esta vez sí le pareció que la había escuchado. Por un segundo Micky pareció detenerse, pero al final desapareció. Al doblar la esquina de Bailén Inés volvió a verle. Aceleró sus zancadas para llegar hasta él y gritó más alto

—Miguel, espera, ¡Miguel!

Esta vez no pudo esquivarla. No atender la llamada de Inés habría llamado aún más la atención, el efecto contrario de quien busca esconderse.

—¿Subes hasta casa?

— Tengo academia de inglés.

—¿Y eso?

— El año que viene me voy a Inglaterra a estudiar.

— Ya… ayer te vi con Diego muy concentrado.

—Me estaba ayudando con los formularios. No sabes qué rollo de papeleos.

—Bueno, pues te veo mañana en el Mella, entonces.

Micky llegó a su casa tras callejear el tiempo que debía pasarse en la academia. Su madre le esperaba en la cocina mientras terminaba de guisar unas lentejas. Hay casas en las que se cena lo que se debería comer y la de Micky era una de esas. El padre, Carlos, era un tipo duro, de sudor y despertador, de poca comprensión para el sufrimiento porque para él la vida siempre fue jodida y dura, no entendía las sutilezas, los cambios de ánimo, la fragilidad de los otros. Al final del día estaba rendido y solo una mahou y su sofá le aliviaban el cansancio. Estaba sentado con el botellín en la mano cuando apareció Micky en la salita. Carlos se removía nervioso ante la presencia de su hijo, intentando sin éxito acercarse a él, hablarle, pasarle la mano por el hombro compartiendo una cerveza. Pero no sabía cómo, no entendía su flequillo, su ropa, su delgadez, esa mirada entre asustada y desafiante. Tan lejano a él, tan distinto.

—¿Cómo estás, hijo, pagaste la academia?

—Sí, papá.

—¿Qué tal tu día entonces? ¿Alguna novedad?

— Todo bien, papá, ya sabes, en clase.

—¿Y el Instituto? ¿Cómo lo llevas?

— Va, como siempre. Estoy cansado. Me voy a mi cuarto, papá.

—Pero ¿no te quedas para cenar? Mamá está haciendo unas lentejas de las que te gustan…

—He picado algo después de la academia, papá. Ahora le digo que me guarde un poco si eso para mañana.

Carlos quería seguir hablando, preguntarle por sus asuntos por si

alguna vez conseguía que su hijo se abriera y le dijera algo más, cualquier cosa de las que hablan los chicos de su edad, de novias, de planes o hasta de Londres, a donde pensaba irse pronto, pero solo asintió con un gesto brusco de cabeza y calló. Se quedó sentado en su sofá, con la mahou en la mano, mirando el telediario que hablaba de asuntos que no iban con él, buscando cómo entrar en ese silencio que lo miraba detrás del flequillo, sin encontrar ninguna pista.

—¿Cómo diablos se entra ahí? —soltó en alto sin poder callarse.

Carlos estaba dolido. No podía comprender ni actuar. Su hijo cerraba su vida con veinte candados. Una noche más, las lentejas las tomaron en silencio su mujer y él porque aquel hijo era una herida para los dos que hacía innecesarias las palabras. Y pasó otra noche más sin hijo, sin ganas, acumulando los peores reproches que son los que no se dicen.

Micky en su cuarto volvía a ser Miguel. La puerta cerrada de su habitación marcaba su frontera de intimidad, un refugio físico y real, sin contacto con el exterior. Pero es imposible cerrar todas las grietas, el miedo termina siempre por encontrar el camino de entrada. Aquella tarde, ya casi noche, se coló por esa grieta con un mensaje de texto, un bip, dos frases:

—Ya sabes dónde nos vemos mañana. Trae veinte mil pelas o todo el Mella se enterará…

El refugio estalló en mil pedazos, dejando a Micky, de nuevo, a la intemperie. Amagó con estrellar el aparato emisario del horror contra la pared, pero sus padres lo notarían y tendría que responder a demasiadas preguntas. Bajó el brazo, lanzó el beeper a la cama y durante dos o tres minutos Micky adelgazó un poco más si cabe de tanto paso que dio sobre sí mismo. La grieta había acabado por ocupar todo el espacio, había derribado los muros y ya solo quedaba una puerta, huérfana del apoyo de las paredes, con el pestillo puesto y que no le resguardaba de nada.

Y qué hago y a quién le cuento. Ahí estaba el tomate de todo el infierno de Micky. Incapaz de comprender que nadie en el mundo le iba a querer más que esos dos que tomaban un plato de lentejas para cenar, los dejó al margen. Tan cegado de miedo estaba por decir la verdad que no veía en su padre al hombre del acero, de fábrica, de músculo y lumbago y que con un solo gesto de una de sus manos aplastaría la cabeza de la rata extorsionadora. O su madre, la enfermera de todos menos de él, cómo no iría ella con su hijo a denunciar los hechos, acompañarle a la comisaría y acabar con esa

agonía que no quería compartir más que con su delgadez, con su nervio de niño grande, de mecanismo averiado, de chaval que no llega a adulto, que no sabe, que se ha perdido por el camino. Pero ¿y después? cuando la rata desapareciera, ¿querrían sus padres a un hijo como él?, ¿aceptarían que nunca sería como imaginaron? Un chico bueno, esforzado, que se iba a ir a estudiar a Londres y que tal vez volviera con una novia inglesa y rubia como la cerveza que bebía su padre.

—No tengo tanto dinero —contestó cuando el pulso le dejó—. No me queda nada y no voy a seguir con esto—añadió con un subidón de chulería. El impulso de los rendidos que en un último intento desborda los diques del miedo, cuando ya no se puede más y colapsa en forma de adrenalina. Hacia delante. Sin vuelta atrás.

Dejó el teléfono y la respuesta no llegaba, como si conociera el mensaje o se diese por contestado. Fue fugaz y solo un instante, pero, por un momento, Micky parecía ser un poco menos infeliz, que más de eso sería hasta pretencioso. De pie, lanzó el jersey sobre la cama y cerró los ojos al son de una canción que comenzó a sonar dándole al play de su mini cadena. El sonido de "Life", de Dsree, regaba de agua fresca el ambiente, como si saliera colonia de los aspersores de una terraza de verano al ritmo de la voz grave e inocente, decidida y victoriosa, de una letra que Micky tarareaba acercándose al inglés que no aprendía en la academia a la que nunca fue. Se movía con ritmo, desenfadado, sin perder el hilo de seda que sujetaba sus brazos y cadera, dejando todo lo que no fuese bonito, muteado, apartado de ese momento Life, oh life, tara tara tarara. Entre círculos y vueltas de cabeza, cambios de pie y movimientos de pista de baile, Micky dejó que la noche avanzara y esperó a que el sueño consiguiera librar una victoria, imposible sin la ayuda del hachís. Compraba un talego en el parque de Las Vistillas a uno que pasaba por las noches en el corral de la Morería. Sin eso, Micky sentía que no llegaría a pegar ojo. Todo parecía borrarse: el miedo, la presión, el pánico… El flaco solo quiso bailar y fumar.

La noche se hizo de plata en ese Madrid que enciende los muros blancos de la Catedral, de Palacio, de San Francisco y hasta en la Fuente de los Caños Viejos que, bajo el monumental puente de Segovia, mira al día cambiarse de ropa para soportar lo que venga mañana. Ana, la sintecho que dormía bajo el viaducto, fue de las primeras personas en ponerse en marcha al despuntar el día para seguir en el bucle de la vida en Madrid. Recogía las mantas y las doblaba tratando de dejarlas a salvo del golpe de viento que subía chocando con todo desde el Manzanares. A esa hora tarareaba, como

hacía antes, en su otra vida, porque esas primeras luces eran un regalo que había que saborear de un bocado. Ya se encargaría el día de arrancarle ese resquicio de felicidad pequeña. Cruzaba la cuesta de los Mancebos, Jacinto, con la bicicleta hasta arriba de pistolas y churros, salpicando algo del agua que regaban dos funcionarios de limpieza. Bastaba un toque de barbilla al pasar y las mangueras bajaban para que el agua no le rozase, no fuera a resbalar y acabar con todo el pan por el suelo. Javi, en el quiosco, comenzaba a sacar el toldo para que no se volasen los diarios, cada cual con su ideología y el logotipo de bronce como pisapapeles del titular y el cotilleo de Madrid. Aún llevaba guantes, porque después se le complicaba con los cambios y monedas, y se los quitaba por chapado a la antigua también en eso.

En la calle del Ángel Inés esperaba ansiosa a Fernando, quien, por alguna extraña razón, se había quedado dormido. Últimamente, en especial desde la visita de la policía al Esperanza por el salto de Eugenia Prado, Fernando parecía más perezoso, como más desganado. Miró el reloj de su muñeca cuando marcaban las siete menos diez y resopló al saberse retrasada, justo cuando apareció su padre, retocándose la nuca con una de sus manos.

—¿Has dormido mal?

— Tengo un poco de sueño, sí. Vamos que llevamos retraso.

—¿Y las tortillas?

— Ahora en el bar. No me dio tiempo.

— Luego me dices que si tardo por Diego…

—Venga, dale, vamos.

La unión del padre y la hija era tan intuitiva que casi se leían el pensamiento. Fernando sabía las razones del nerviosismo y las prisas de Inés. Otra cosa es que no quería que su hija supiera que él sabía. El hilo invisible que los unía estaba empezando a deshilacharse. Caminaban uno delante del otro, Inés más avanzada esperando que fuese un poco menos temprano para escribirle a Diego el primero de sus buenos días con uno de los beeper que Coca Cola le había regalado a su padre para que no se pasara a Pepsi. El otro se lo había dado a Diego porque su padre no quería trastos. El teléfono móvil, objeto de deseo de cualquier adolescente, quedaba fuera de su alcance. Solo los muy pijos tenían uno.

Micky también amanecía con el sonido de la entrada de varios

mensajes en su beeper. Se le abrieron los ojos con el primero y contó el resto, hasta tres sabiendo que no podían ser de otro más que de él.

UNO: Todo el mundo va a saber lo que eres

DOS: Tienes dos horas para traerme la pasta

TRES: Ahora me voy a reír yo

… *MAAAMBOOO…*

Ahí Micky ya había tomado una decisión. Solo dudó un segundo, cuando estuvo a punto de llamar a su padre y decirle la verdadera razón por la que se quería ir vivir a Inglaterra. La idea le atravesó un instante, las palabras salvan, nombran al miedo, le ponen cara y tal vez ese pavor se desvanecería solo por contarlo. Pero Micky, tan delgado, tan asustado, llevaba demasiado tiempo guardando lo que ni él mismo quería reconocer, así que solo podía cumplir órdenes, tratar de quitarse de encima al extorsionador y esperar a que pasara el día, que aún en negros y azules grises, no había hecho más que comenzar.

Paco esperaba en la puerta del Esperanza. También para él era raro que el bar no estuviera abierto aún. Cuando divisó que Fernando e Inés bajaban por Mancebos, les saludó con un gesto de sorpresa y, señalando el reloj, se permitió la confianza de girar la cabeza en desacuerdo.

—¿Tú también me vas a decir?

—Vaya pie izquierdo que pusiste hoy primero.

—Dale, anda, ayuda a Inés con la puerta que tengo que coger lo de Jacinto.

—¿Y a este que le pasa, niña? Oye, bien temprano estaba moviéndose tu amiga, la del puente.

—¿Ana?

—Sí, la que vive ahí abajo.

—Pues es raro que se mueva tan pronto. A ver si me da tiempo a bajarle el café antes de que se vaya.

—Con el frío que hizo anoche no me extraña que tenga ganas de moverse —añadió.

—Gracias, Paco. Espero que sea eso, sí.

La mañana traía el viento frío y seco del Guadarrama. A pesar de la prisa que se dio en bajar, Inés no consiguió ver a Ana, que ya se había marchado, tal y como dijo Paco. Inés pensó que, al no tener apellidos, ni pasado, ni futuro, Ana tendría que tener otro nombre. La Friolera, Ana la friolera. Así se llamaría para ella. Algunos años después, el poeta y cantante Nacho Vegas le puso ese mismo nombre a una canción, quién sabe si él también fue cliente del Esperanza. Después de adjudicarle el mote que tan bien resumía la precariedad de Ana, Inés lamentó no haberla podido ver esa mañana. Venía acostumbrándose a ella y llevarle el café y los churros era el anticipo de algo nuevo que venía lleno de Diego. Ese algo que le recordaba a la pareja de estudiantes que se comían el día anterior en la mesa once. Se veía en ellos sin quererlo del todo.

A la misma hora, Micky sabía que le tocaba volver al templo de Debod.

El niño junco repitió el ritual como quien va al matadero, sin levantar sospecha ni querer ser visto por nadie que pudiese acercarse al secreto que con tanto celo y dinero venía protegiendo. ¿Qué podría ser tan grave para que estuviera poseído por esas ganas de abandonar el Mella, Madrid, España y todo lo conocido hasta entonces? Sin embargo, a diferencia del día anterior, Micky ya no tenía prisa. Solo una sensación distinta, como de extranjero en su propio cuerpo, recién llegado de un viaje al que ha ido sin saber de dónde ha vuelto. Cuando oyó su voz le pareció que era la primera vez que la escuchaba.

—Espero que hayas traído todo el dinero.

—Sí. Aquí lo tienes.

—Bien. Al final estoy seguro de que nos llevaremos bien, Miguelito.

—Ya no puedo seguir así. Es la última vez que nos vemos.

—¿Qué dices, hombre? No te pongas llorica, tú vas a hacer lo que me dé a mí la gana, no te olvides de eso, chavalote, ¿qué quieres, que cuente la verdad sobre ti?

Micky ya se había dado la vuelta antes de que el otro terminara su frase con una carcajada. Algo le movía por dentro, una fuerza nueva

que antes no había sentido. Entonces, el otro levantó la voz, pero Micky apenas cambió de ritmo ni tampoco se giró para contestarle. Solo percibió un no te olvides de lo qué pasó, que tampoco cambió nada. Ya estaba tieso. No le abandonó el espíritu de extraño en sus propias calles. Le acompañó cuando pasó frente al Palacio Real, la Plaza, la pareja de guardias civiles, los jardines de estatuas imponentes. El flaco seguía andando, mirando sin ver, los pasos acompasados a su ritmo frenético y esa ligereza de pajarito que se ha caído del nido, como si no pesara.

El paciente de la tercera planta del hospital del Rosario sintió un calambre al mediodía cuando la enfermera erró el primer pinchazo para cogerle una vía. La mujer de blanco se sacudió por una descarga eléctrica en el instante en que iba a atravesar la vena. Se descontroló su pulso y no fue capaz de fijar la mirada en un punto. Fue solo un segundo que ensució el aire, suficiente como para que ella anticipara una tormenta. Sintió la necesidad de correr, pero al no poder soltar la aguja ni el émbolo se quedó inmóvil, anticipando un golpe. Algo se le rompió muy dentro, desparramando un sabor a óxido que le subía desde el vientre y le estallaba en la boca en forma de saliva y en los ojos en forma de lágrimas.

De un impulso ágil, consciente, Micky saltó desde el viaducto a las doce de la mañana. Murió en el acto tras chocar su cabeza contra el asfalto a veinticinco metros de altura.

Una vez acaba todo, empieza el espanto para los que se quedan vivos. El tiempo se congela, todo se detiene, el silencio y la culpa se instalan en su mente y en su cuerpo. A partir de ese momento ya nada será igual y el futuro se convierte en un páramo de preguntas sin respuestas. Algunos alumnos estaban en el parque de las Vistillas cuando Micky saltó. No lo vieron, pero escucharon el frenazo de un coche, el golpe, el grito. El director suspendió las clases y mandó a todos los alumnos a sus casas. Por esa razón Inés regresó antes al bar. Estaba tan pálida que Fernando se asustó al verla entrar por la puerta, arrastrando los pies como una sonámbula. Dejó de secar los vasos y se acercó a ella saliendo de la barra, frotándose las manos en el trapo de la cintura y abrió los brazos.

—Ya me he enterado. Ven, anda.

En esa anchura cabía todo.

4. Flores de otros mundos

Un día más tarde, Madrid se ordenaba en su naturaleza caótica. Siempre que pasaban estas cosas se borraban las huellas de la pena con cubos de agua con lejía. Lo mismo con lo que Paco limpiaba cada mañana las aceras de abajo en su Segovia 22. La cruz de spray negro apareció pintada ese día justo en frente de donde un día estuvo ubicado el edificio de la Casa de la Moneda. El mismo que también vio nacer —que no morir— al primero de los escritores políticos madrileños, Mariano José de Larra, treinta años antes de que se volara de un disparo la cabeza, que ya se sabe que en España escribir es llorar.

Inés y Diego no dejaban de pensar en la mañana que vieron irse de pellas a Micky. Ella lo recordaba también en el regreso, cuando le vio subir hacia la calle del Ángel. Y esa breve conversación. Que si Inglaterra, que si la academia. Su forma de huir, sin mirarla a los ojos, le había dejado un sabor como a humo.

Lo que nadie esperaba era que el flaco hubiera dejado todo tan bien atado. En una carta de despedida les pedía perdón a sus padres por todo el daño que iba a hacerles y por el que ya les había hecho. Reconocía que estaba siendo extorsionado por Emilio, un chico que expulsaron del Mella años atrás con quien había mantenido una relación sexual en las pasadas fiestas de San Isidro. Reconocía el pago de más de setenta mil pesetas en el último curso. De ahí las ganas de irse a Inglaterra, con toda su tristeza atada a la espalda, con la vergüenza que no pudo compartir con ellos. También dejó anotados los datos para localizar al extorsionador. Él no había encontrado fuerzas para denunciarle, pero esperaba que sus padres pudieran hacer lo correcto una vez que él no estuviera y a nadie le importase nada a quién se había tirado.

Gracias a eso, la policía consiguió una orden judicial para acceder a los mensajes y arrestarle. “Todo Madrid sabrá lo marica que eres” o “Verás cuando cuente lo bien que la chupas” fueron algunas de las frases que extrajeron del terminal. El Mella suspendió un día las clases en señal de duelo e incluso Inés tuvo que declarar en el despacho del director ante dos agentes de policía por el día que le vio irse de pellas y en su vuelta a casa después. Hasta entonces, la muerte era lejana,

aunque fuese una vecina insistente del bar de su padre. Incluso la falta de su madre cuando era tan pequeña había pasado de lado, como sin entrar ni dejar marca, porque a esa edad no se tiene que hacer otra cosa que no sea crecer y vivir. La muerte se aleja de los niños y de los jóvenes, es incompatible con la plenitud. Hasta que toca cerca. Por eso Inés entró con fuerza en una madurez que habría debido esperar para más adelante. La duda era si Fernando sabía si esto, tarde o temprano, terminaría pasando.

No pasó por alto para la prensa. Por una vez el salto fue noticia, aunque detrás latiera una extorsión homófoba con tufo morboso. Uno de los extensos reportajes que cubrieron la muerte del pobre Micky fue el programa Madrid Directo. El locutor hablaba como si lo hubiera conocido, gesticulaba, abría mucho los ojos y dejaba largas pausas entre frase y frase, como si alguna vez Micky le hubiera importado algo.

Anais miraba la televisión colgada sobre la pared de la esquina de la barra del club Delirios. La reportera de la noticia hablaba desde el Puente de Segovia sobre la extorsión sufrida por un vecino del barrio a manos de un exalumno del instituto. Con el trágico final como titular estático en la pantalla, Anais pensaba que también ella estaba pasando por una calamidad. Una calamidad que había comenzado pocos meses atrás.

Lo primero que le extrañó al llegar a Madrid fueron los enormes edificios. Se alojaron en un hotel de la Gran Vía, en la planta número doce. Desde allí los coches parecían hormigas y la gente seres minúsculos, idénticos todos, hombres, niños o mujeres. Pequeños puntos que no paraban quietos y que de pronto cruzaban el asfalto o aguardaban en la esquina como un enorme pelotón en forma de mancha móvil. Junto a ella estaba Silvia, otra chica de su mismo pueblo de la sierra norte de Colombia. Dos paisas recién llegadas de un vuelo, del agotador trayecto desde la sierra hasta Bogotá y después las interminables horas de espera y la llegada a Barajas. Ahí empezó la cosa a sonar un poco más rara para Anais, aunque no para Silvia.

Una mujer elegante, de pelo negro, ropa elegante y unos cuarenta años, nacida en su mismo pueblo, del que se fue muy joven y al que había regresado con aires de gran dama, fue la que les ofreció la oportunidad de un trabajo como azafatas y, si todo iba bien, hasta de modelos. Parecía muy amable, se notaba que había progresado y era atenta aunque exigente. Se hacía llamar señora María. Si bien era cierto que las candidatas debían ser guapas y aparentes, como era el caso, solo ellas dos consiguieron superar las difíciles pruebas de acceso

en las sucesivas entrevistas que mantuvieron con la señora María en Bogotá. Por esa razón no les extrañó demasiado que después de hacer el ingreso en el hotel, y tras asearse, la señora María las invitara a conocer la ciudad y su típica y afamada gastronomía.

—No deja de ser raro que nos inviten a todas estas cosas, ¿no?

—¿Es que usté no puede relajarse un poquitico, Anais? Por fin estamos en Madrid, ¿por qué no se le quita la pensaera esa y lo pasamos bien rico? Tantas ganas que teníamos de llegar.

—Porque venimos a trabajar, no de turismo. ¿Cómo pagan el hotel?, ¿y la cena? Esto cuesta una fortuna.

La señora María las esperaba con una sonrisa de bienvenida.

—Bien, señoritas, iremos a la Plaza Mayor, comeremos calamares y tomaremos cerveza buena de acá —dijo cuando salieron al ruido extremo de la ciudad en fiestas.

Anais pasaba de la euforia de niña con regalo de Navidad —recién pasada— a la incertidumbre y la sospecha. Más cuando la señora María les dijo que al día siguiente visitarían Aranjuez, muy cerquita de la ciudad. Nadie les había hablado de ese sitio y ella estaba deseando empezar con sus clases de azafata. En esa cena, sentadas en una terraza que daba al culo de bronce del caballo de Felipe ii, Anais hizo tantas preguntas que colmó la paciencia de la señora María, que, de un momento a otro, cambió por completo.

—Miren, niñas. Me tienen un poco harta las dos ya de tanta queja y de tanta preguntadera. No hay manera de dejarlas agradecidas, aunque las haya sacado del moridero ese de pueblo del que vienen. Ya que preguntan tanto les voy a explicar cómo es el cuento, que ustedes parecen muy relajadas y tienen que aprender que lo que algo vale algo cuesta.

Fue ahí cuando Anais y Silvia se enteraron que tenían el pasaje de avión, los hoteles, los traslados y la manutención como una deuda contraída con los jefes de la señora María, que no se dedicaban a formar azafatas ni modelos sino a regentar una red de clubs de alterne por toda España. Las chicas no terminaban de entender del todo su nueva situación laboral, aunque tenían claro que buena no era. Hicieron ademán de levantarse de la mesa cuando la señora María sacó de su cartera dos fotografías, una con la madre de Silvia y la otra con la hija de Anais, tomadas el mismo día que salieron de Bogotá. Silvia tiene suerte, dijo la señora María posando las fotos al lado del

plato de calamares, con su vieja no perderán el tiempo, la balacean y listo. Pero la niña, ay, cuánto le gustan al patrón las niñas bellas y tiernitas como ella, y ni qué decir de algunos caballeros que solo se les levanta cuando las muchachitas aún no tienen teticas…. Así que ya saben, señoritas, trabajen mucho, compórtense juiciosas y en breve estarán ayudando a sus familias que tanto las necesitan.

Madrid, hasta ese momento la ciudad de las oportunidades, tornó de pronto en cárcel para dos nuevos bellezos, —chocolate con leche una, vainilla y nata la otra— como rezaría su anuncio de citas en los periódicos del año 98.

Anais volvía a mirar la televisión. A las seis de la tarde el Delirios aún permanecía cerrado. No era como el primer sitio donde trabajó el pasado enero, en el que se cumplió la máxima de año nuevo vida nueva. Mientras se miraba las marcas de los dedos, reblandecidos, irritados por el continuo uso de la acetona al quitarse el pintauñas, Anais escuchaba de fondo Madrid Directo y su mente volvía ese primer garito de Aranjuez donde se llevó el primer golpe por tratar de escapar de la ya nada amigable señora María. También fue la primera vez que le dijeron que cuanto antes pagara los quince mil dólares de deuda, antes le devolverían el pasaporte. Era un tugurio en forma de nave industrial, junto al polígono de salida de la carretera de Andalucía. Ritmo de salsa día y noche, camioneros de paso de toda Europa y clientes locales de toda condición fueron el único paisaje para las dos colombianas. Su llegada corrió como la pólvora entre los ojeadores de “ganado nuevo”, “material de recambio” o “pescado fresco”, en el lenguaje de los habituales al puterío, y el club aumentó su caja tanto como disminuyó las existencias de Benjamines y güisqui de garrafón. La oferta de Anais y Silvia, que aún seguían juntas como un pack de novedosa mercancía exótica, fue todo un éxito. Al menos, pensaba Anais, dejando en off la voz del reportero en la televisión, ahí no tuve tiempo ni de pensar. Porque en ese primer garito en el que encerraron a Silvia y Anais la carne se vendía al por mayor y compartían sala con otras veinte chicas: del este de Europa, africanas, americanas, una china; todas las Naciones Unidas en milímetros de lycra y tacones de aguja de plástico.

Una de esas primeras tardes Silvia trató de escaparse gracias a la inexperiencia de un joven al que despedían de soltero. Tanto Anais como ella, junto a seis chicas más, desfilaron a las siete de la tarde en una sala reservada que disponía de su propia barra y camarero. Un grupo de siete u ocho chicos vestidos de cazadores acababan de celebrar una comida tras un ojeo de perdices en una finca cercana. Todos eran jóvenes, tres eran extranjeros y el resto estaba compuesto

por chicos muy parecidos en sus ademanes, salvo uno blando y flaco llamado Mateo que ejercía de anfitrión y negociaba las condiciones con la encargada del local. Además de regatear el precio, pidió cocaína y algunas pastillas para alegrar la partida y evitar que se dieran tanto asco, porque alguno parecía querer marcharse.

Tras algunas maniobras de acercamiento, los chicos fueron eligiendo a cada una de las mujeres del reservado y despareciendo hacia las habitaciones de arriba. En ese punto estaba el negocio de la red: en teoría no se obligaba a nadie a prostituirse, las chicas estaban allí voluntariamente. Ellas alquilaban los cuartos y el local cobraba solo comisiones por las consumiciones que conseguían colocar a los clientes. Ese era el pacto y la tapadera legal. Lo que pasara dentro de la habitación era cosa de las chicas, quienes, tras intentar emborrachar a sus clientes, buscaban conformarlos con los trabajos más fáciles. Pero había caprichos más arriesgados y más sucios que hacían de esas horas un infierno de sudor, fluidos y peste. Peste de aliento viejo, de borracho, de niño nuevo pervertido, de gordo, de feo, de rechazado, de acné, de hormonas reprimidas; peste de perdedores y perdidos.

Esa noche, Silvia, la dulce Silvia que había sido siempre tan confiada hasta que le arrancaron el último vestigio de dignidad, encontró un atisbo de salida en el chico vestido de cazador y disfrazado de pecador que decía llamarse Pedro. En el cuarto, con la sábana de tela de “follar y tirar” aun sin estrenar, se olvidó del miedo a la señora María y pidió auxilio. Él, que estaba allí por seguir la corriente al resto, en especial a Mateo, el orgánico, tenía un resto de caballerosidad antigua que le impedía tratar a Silvia como si fuera un objeto desechable. Había algo en ella, su fragilidad, su miedo, que le enternecía o, al menos, le devolvía un resto de honestidad. Ella, sorprendida por el trato, creyó ver en Pedro una salida.

—No hace falta que hagamos nada, te voy a pagar igual, no llores —le dijo nervioso.

—No es eso, si tú me gustas. Es que me tienen secuestrada acá.

—¿Cómo que secuestrada?

—Nos dijeron que buscaban azafatas. Después, nos encerraron. Dicen que tenemos que devolver una deuda que nunca baja y ni siquiera nos dejan salir a por comida o para llamar a la familia.

—¿No puedes llamar? ¿Y la cabina de abajo?

—No nos dejan usarla.

— ¿Llamamos a la policía?

—¡No!, no, por favor, a la policía no…

Al salir de la media hora pagada, Pedrito llevaba la bragueta igual de subida y el espíritu de caballero en la frente. Hacia la puerta, según iban bajando el resto de las escopetas, le susurró a Mateo, en plan agente especial, que debían avisar a la policía, que su chica estaba ahí coaccionada y retenida contra su voluntad. Mateo hizo un gesto con las cejas, levantó levemente el dedo corazón y se lo llevó a la boca. Estaba atento al portero que los miraba, un animal al acecho que, con sus dos metros y más de cien kilos, había visto de todo en su Kosovo natal. Pedrito, que tenía muchos salones pero pocos antros, siguió insistiendo mientras Mateo, que no podía dejar de mirar al chungo, le empujaba para sacarlo del local con disimulo, aunque con la seguridad de que el problema nunca estallaría con ellos, para eso estaban las putas. Lo que Pedrito no sabía Mateo lo confirmó cuando vio a la bestia dirigirse hacia dentro como un tsunami antes de arrasar la costa. Esa fue la última vez que Anais supo de Silvia.

La señora María le dijo que la cambiaban de sitio a ella sola porque allí ya estaba muy vista, pero Anais supo por las otras que Silvia no la acompañaría porque había salido en horizontal después de que al portero se le fuera la mano. Al enterarse bajó para intentar despedirse de Silvia, pero ya no estaba. Presa de la histeria preguntaba por qué, cómo, cuándo. Un puñetazo de la señora María en el estómago y la sombra de la mole kosovar bastaron para que no hiciera una sola pregunta más. A los dos días la cambiaron de local y volvieron a anunciarla como carne fresca. En ese suspiro de barra estaba Anais, mirando la televisión y el Madrid Directo desde la plaza de Las Vistillas, esa tarde en la que un chaval extorsionado encontró, saltando, el fin a sus pesadillas.

—Bueno, chicas, venga, vamos —se escuchó en medio de la sala—. Ya saben, es viernes, mis niñas, así que rapiditas se me disponen. No se demoren que ahora ya es tarde y vayan. Sonrían, lindas, y vayan, que los clientes no esperan. ¡Venga, vayan! —las apremiaba la señora María.

Anais volvió de golpe al curro, a su pesadilla. Aún quedaba cerca su llegada a Madrid y ya la sentía como una eternidad. Sin contar lo que llevaba trabajando en el Delirios, Anais se había metido en el cuerpo a unos trescientos tíos distintos, incluyendo varios cameos con otras chicas, porque los tríos se pagaban doble y se acortaba la deuda a lametazos. Hoy sería un día como cualquier otro, se resignó Anais. Y

sin más demora —como decía la señora María—, subió para ducharse y atusarse para otra jornada sexual en este nuevo garito que despachaba fantasías para los machotes del centro de Madrid.

La tarde de la televisión fue una extraña experiencia en el Esperanza. Mientras Fernando y Paco prefirieron quedarse en un segundo plano y no participar en el asunto —los reporteros estuvieron preguntando si algunos vecinos querrían contestar preguntas para el directo— Javi y Marta sí eligieron darle un poco más de voz al asunto, que venía derrapando desde que había comenzado el mes de marzo en Madrid.

—Al menos —dijo Javi— el Ayuntamiento debería plantearse alguna medida excepcional.

—¿A qué se refiere con “medida excepcional”?

—Mire, yo vendo periódicos y en ninguno de ellos se habla de lo que sucede aquí, justo detrás del quiosco, donde pasan todas estas desgracias.

—Por eso estamos aquí, señor, tratamos de darle visibilidad al problema.

—Pues el Ayuntamiento prefiere taparlo, ya les digo yo.

Inés y Diego también estaban esa tarde en el parque, aunque más alejados, en la zona donde hacían botellón, tras la escultura de Don Ramón Gómez de la Serna. En silencio, intentaban encajar cada una de las piezas rotas que había dejado Micky en sus cabezas. El ruido de sus pensamientos les había dejado tocados, pero intentaban sacar fuerza para no quedarse fuera de lo que para muchos era el principio de algo. Aunque la paradoja era que llegase por el final de otros.

—¿Y cómo creen que el Ayuntamiento podría cambiar la tendencia?

—¿La tendencia? —respondió Marta—. La tendencia es que esto pasa cinco veces al mes, por lo menos.

Diego le cogió la mano a Inés. Llevaban un rato callados, sin ganas de decir de más y observando el revuelo de cámaras y cotilleos, de luz larga de marzo y de todo lo que dejaba la tristeza reciente, el impacto y la necesidad de seguir con sus vidas, de hacer como si nada hubiese pasado. Porque para sobrevivir hay que ocultar lo malo. Y si encima tocaba viernes el día corría con más ganas porque todo, absolutamente todo, era una fiesta los viernes en Madrid.

Los primeros en llegar siempre solían ser los más depravados. Clientes que esperaban al fin de semana para descargar su frustración, sus inseguridades, sus complejos. Salían de comida y para las seis de la tarde tiraban al Delirios para probar aún fresco el ganado. Muchos ni siquiera se quitaban el traje arrugado de la semana y la corbata de lamparón. Estos comenzaban a mezclarse con los chavales recién estrenados que confirmaban lo que acababan de aprender o perseveraban en ampliar conocimientos para aplicarlos después en la noche sin fin de su juventud. También se dejaba ver algún que otro taxista, que echaba el rápido antes de volver a casa; el portero de al lado, soltero y embriagado; un turista al que había traído el botones de un hotel; dos amigos de la obra, que con el menú de mediodía habían dejado la pala y se habían agarrado al orujo; un hijo único ya mayorcito al que conocían del barrio y un camello, primo del portero, que se sentaba en una esquina esperando que las chicas le pidieran medios que cobraba por enteros. La señora María fue la que le enseñó el truco —los que toman tardan más en funcionar, niña— y alargaban los tiempos en una, dos y hasta tres horas mientras seguía corriendo el taxímetro. En Delirios solo importaba el billete, la deuda y la hija por la que aún no había tratado de escaparse de ese infierno. No era cosa de elección —como decían unas— sino de extorsión, como padecían todas. Habían pasado casi tres meses ya cuando Anais volvió a preguntar, porque de alguna forma también era viernes para ella, y se atrevió al verla salir de su cuarto, antes de comenzar a rodar.

—Señora María, yo que llevo con usted estos últimos meses imagino que después de lo que he trabajado la deuda ha debido de reducirse bastante, ¿sí o qué?

—Mire, niña desagradecida, los costos de mantenerla y llevarla, lo que come y gasta, ¿usted cree que lo paga el aire?

—No, señora María, si yo pago por mi habitación y por los servicios. Por eso necesito saber cuándo podré salir de acá y cuándo hablaré con mi familia.

—¡¡¡Miren a la princesita!!! Si usted se portara como debiera, haría vida normal los días que no trabaje, pero eso debe ganárselo. Mientras Roberto vea que usted es seria y cumplidora, más libertad le dará para hacer lo suyo. Los derechos se ganan, no se regalan. Y ya deje de ser tan preguntona y mueva la cola, que el tiempo es oro.

Cuando la Sra. María mencionaba a Roberto Anais se volvía hacia dentro, al negro de pozo profundo y oscuro, al dolor de esa foto de su hija tomada tan de cerca que parecía que la podía tocar.

—No se demore más. Baje, pues, que abrimos hace quince minutos y aún anda por acá arriba lamentando.

—Ay, señora María, por favor, por la Virgen de la Candelaria se lo pido, ayúdeme. Yo ya no sé cuánto más tiempo voy a aguantar así.

—Pues hágalo bien, como le gusta a Roberto. Sea buenita, obedezca y todo acabará antes, niña. Dele, venga. Bájese ya que se demora.

—Sí, señora María, ya voy, ya voy —decía Anais con la resignación amarga de los condenados.

Los viernes siempre hacían de Madrid una ciudad con más prisa. A veces incluso podía estallar, como una lata de Coca Cola recién agitada. En el barrio se había apagado el eco del reportaje de Telemadrid. Los bancos del parque cambiaban los abuelos y las madres con niños por noctámbulos hambrientos de noche. En las aceras brotaban botellas de plástico con calimocho, que las copas en las discotecas estaban a quinientas pelas y eso era inviable para los primeros que asaltaban las calles del fin de semana. En esa caída de sol ni Fernando ni Paco participaban tampoco. El Esperanza aprovechaba la mala nueva para cerrar un poco antes y evitar que la barra se llenara de mirones y preguntas y la cabeza de dudas. Fernando no solía cerrar cuando el cielo aún era de naranjas, pero esa tarde la primavera se prometía intensa, dura, cicatera, cruel. Entonces se acordaba más de Lucía y todo se volvía un poco más gris y él se quedaba un poco más triste.

Debajo, Ana la friolera, recién empadronada bajo los pilares del viaducto, temía también el exceso que pudiera regalarle la noche del viernes. No llegó a ver la caída del pobre Micky. Sí vio, en cambio, el revuelo que armaron las cámaras de televisión y la policía, el atasco que provocó hasta bien entrada la M-30 y el grupo de gente que aprovechaba para beberse el supermercado, dejándola expuesta a todo lo que odiaba cualquiera que durmiese en la calle, en una ciudad que no sabe dormir ni respeta al dormido, ya ni decimos a los muertos.

Inés llegó a casa para cenar también. Ni siquiera tenía ganas de Diego.

Fernando, al verla, no supo si seguir hablando de lo sucedido o levantar un muro nuevo, demasiado angosto quizás como para no darse cuenta de que Inés, tarde o temprano, lo subiría sin cuerda. Aun con todo apenas se dirigieron la palabra.

Marta leía en su casa. El viernes era el día más flojo de correo por lo que llegaba temprano. Aprovechaba su suerte para leer, inmersa en

Zorro Dorado de Wilbur Smith. Se imaginaba acompañando a Sean Courtney mientras su fiel escuadrón de los Ballantynes liberaba a la hermana de su comandante, extorsionada por un maquiavélico oficial de la Inteligencia Cubana. Escuchaba los ruidos de las máquinas, los radares y sónares utilizados en el improvisado puesto de mando que Centaine Courtney había instalado en el comedor inmenso de la finca de Waarterden, eje del poder de la emblemática familia smithiana. Aunque casi podía verse rodeada de Centaine y de todo el grupo, Marta no dejaba de comparar la extorsión a la que estaba sometida la niña mimada de la novela con lo que Paco, de buena tinta, le había contado sobre lo sucedido en el Puente de Segovia. Siguió concentrada, tratando de ganarle terreno a la curiosidad para volver a Sudáfrica, mientras soñaba un finísimo Chateaux Margaux del 54 en una también finísima copa de cristal de Sevres, antes de aniquilar al comando captor de la hermana de su admirado Sean.

Javi descansaba. El sábado era el día de más ventas de periódicos y, con tanto ajetreo de convertirse en noticia él mismo, estaba agotado solo de pensar en el día siguiente. Con medio ojo abierto, miraba Tómbola en la televisión: chismes disparatados de hijos, sobrinos y examantes de secundarios personajes que ya eran hijos, sobrinos o examantes de no menos secundarios personajes. Ni siquiera escuchaba los rebuznos que se lanzaban unos y otros. Tenía la cabeza en otro lado. Quizás con tanto revuelo, al final alguien en el Ayuntamiento se decidiera a hacer algo, pensaba entre Mariñas y Karmele.

En el Delirios, sin embargo, la noche acababa de comenzar. Anais observó cómo la señora María se acercaba al camello de la barra. Tras despachar con él se volvió hacia ella para darle instrucciones. Tuvo que acercarse mucho porque el volumen de la música no le permitía escuchar con nitidez. Sonaba Alejandro Sanz, “Corazón Partío”, como sonaba en todas partes ese año 1998. La señora María repitió la frase aún mucho más cerca que la vez anterior, dejando un vértigo helado en Anais.

—Viene una persona especial, un amigo de Roberto —siguió. El gesto de pavor le hizo retroceder, haciendo que la distancia entre ambas se hiciera más ancha por sus palabras. Aquella mujer de uñas afiladas agarró la muñeca de Anais y la trajo hacia ella. Su cara quedó a la distancia de un dedo de la de Anais, el aliento a tabaco la traspasó. La frase anticipaba un golpe, una amenaza, la inminencia del desastre—. Escúcheme bien, mi’ja. Si no quiere ver a la niña haciendo esto mismo que usté, no le pelee más al Roberto y sea obediente, ¿sí me entendió? —masculló a la vez que la empujaba.

La señora María embutió en el sujetador de Anais la papela de cocaína que el amigo de Roberto demandaba para que su completo lo fuese de verdad y se apartó. Anais lo tenía ya delante, trajeado, con gafas, con la chulería de quien sabe que la política de viernes a domingo se paraba para el gremio que podía prohibir lo que Anais estaba obligada a ejercer. También eran jueces, comisarios, funcionarios, periodistas y policías los que usaban los culos de alquiler para que todos pudieran mantener en el limbo esta práctica tan antigua.

Ser obediente significaba decir que sí a todo. Y ese "todo" a veces resultaba demasiado repugnante como para contarlo. La única alternativa para no romperse en pedazos era anticiparse y adivinar de qué pie cojeaba cada cual.

El cual que le tocó a Anais esa noche trabajaba en el Ayuntamiento de Madrid, en el departamento de urbanismo y licencias. De ahí la amistad con Roberto, con el camello y también el mandato de dejarse hacer. La mano de Roberto podía llegar muy lejos, cruzar el Atlántico y hasta casi acariciar la mejilla de la niña que la mantenía atada a ese agujero de Madrid.

—¿Tú eres la nueva?

— Así es, señor.

—¿Y no tienes nada para mí?

—Sí, señor —dijo pasándole la papela con la mano.

— Muy bien, ¿y cómo dices qué te llamas, guapa?

— Anais.

—Pues yo te llamaré Raquel.

— Como usted quiera, señor.

—¿Y qué sabes hacer, Raquel?

—Podemos hacer lo que quiera, señor. Invíteme a un Benjamín y se lo enseño cuando subamos.

Anais sabía que no quedaba otra que dejarse sobar. Debía fingir que aquel tipo estaba ligando con ella, como si se conocieran. Era el tiempo breve del roneo hasta que el tío se pusiera caliente y enfilaran hacia el cuarto. A los clientes como aquel les gustaba creerse que

estaban conquistando a una mujer en lugar de comprarla. Ella ya sabía que eran los más peligrosos. El cortejo duró poco; la sobaba, le susurraba obscenidades torpes, le pellizcaba el pezón y el culo, le acariciaba la mejilla, y pídeme otra copa, y pide otra para ti, Raquel, y la besaba en la boca como si fuesen novios. Ella reculaba, pero a cada retroceso él volvía con más fuerza, más violento, más dueño.

—Subamos, pues, papito —dijo ella, buscando acercar el final.

El otro, más cachondo que convencido, siguió el trasero de Anais hacia el mostrador donde se pagaba antes de recibir unas sábanas limpias y unos cuantos condones para subir a las habitaciones. La señora María tenía medio pie en ese sitio y el otro en la sala, pero la chica que lo manejaba era la favorita de Roberto, con lo que tenían constancia de cada uno de los escalones que subían esos tacones. Esta le hizo un gesto a Anais para que pasara sin coste: ni los cargos públicos que daban cobertura ni los policías que permitían el trasiego de mujeres y droga pagaban. Si no se llamaba demasiado la atención, en Madrid un garito así podía funcionar durante décadas. Los había a montones y en todos los barrios, con sus tarifas y colonias, idiomas y especialidades. Ya no era cosa solo de Huertas, que funcionaba anunciando pescaderías y casas de citas desde finales del xviii. El siglo xx terminaba en Madrid dejando sus perversiones bien repartidas por la urbe: De Costa Fleming, como apodó el maestro Raúl del Pozo al norte, a la Casa de Campo, los travestis en Chamberí y el Parque del Oeste, la plaza de la Luna, Desengaño, Malasaña y Prosperidad. Para los exquisitos estaba la zona de los polvos de oro, como se conocía a la calle Álvarez de Baena, que albergaba, entre universidades de postín y oficinas de banca privada, los clubes de sexo más exclusivos de la ciudad y en donde por solidaridad entre iguales jamás se percibió indiscreción ni noticia alguna de entre su exclusiva lista de clientes famosos. En aquellos lugares el vicio se paga acorde al metro cuadrado. Que para humillar siempre existieron clases.

Ya en el cuarto, Anais colocaba la sábana de plástico que protegía del sudor del cliente anterior. El funcionario comenzó a volcar la cocaína en la mesilla pegada a la cama. Junto a dos condones y unas pinzas, pintó con impaciencia tres rayas que separó con la tarjeta que había sacado de su cartera. Un billete de cinco mil pesetas hizo de rulo para esnifar dos de ellas. Después, miró a Anais invitándola a que se metiera la tercera. Ella movió la cabeza para decir que no y, contoneándose seductora, le invitó a que se duchara, para mitigar el olor a sudor y a gordo que desprendía, pero él no quiso. Recordó lo de la cortesía con el cliente especial y no insistió. Entendió que el asco era inevitable, aquel hombre no había pagado por subir con ella, así

que tuvo claro que tampoco podía pedirle que se pusiera un condón. Rezó para que fuera rápido y perder de vista a ese tipejo lo antes posible, pero Anais no estaba preparada para lo que vendría.

Después de meterse la tercera raya, Anais ya sabía que ese hombre no iba a conformarse con el repertorio habitual. Exigió que le lamiera de pies a cabeza. Luego se dio la vuelta y pidió que le untara de crema brazos, piernas y espalda.

—Empieza por un buen masaje —dijo con la voz muteada por tener la boca pegada a la sábana. Anais aguantaba las náuseas y comenzó a frotarse sobre la espalda de su primer cliente, invadida de granos, asquerosa y ajena. Pero el funcionario quería, además del masaje, otro tipo de perversiones más siniestras que lo torcieron todo—. Ven, ponte debajo, anda. Quiero mearte entera.

Anais no escuchó nada más antes de cometer el error de salir huyendo.

Los gritos del cliente resonaban escaleras abajo.

—¿Dónde te crees que vas, guarra? ¡Vuelve aquí, puta de mierda!

Este segundo grito se escuchó también en las demás habitaciones, provocando que otras chicas se asomaran, con las puertas medio abiertas, temiendo lo peor. Roberto subió como una furia hasta encontrarse con Anais, que dudaba hacia dónde huir. La agarró del pelo y la arrastró hasta la habitación 01, que la señora María había preparado anticipando la tormenta. Ni clientes ni chicas quedarían sin pisparse de la forma de motivar al trabajo en el Delirios. Pero Roberto no calibró que, a veces, el dolor y el miedo pueden mutar en serenidad. Anais aguantaba los golpes sin una queja. Ella ya no estaba allí.

Con los primeros golpes llegaron también las amenazas. Que si te voy a subir la deuda, desagradecida, que si has olvidado dónde estás, que si tu hija va terminar igual que tú. Una y otra vez. Cada frase dolía más que los puñetazos y las patadas. No podía escapar, no podía pedir ayuda. Todo pondría en riesgo la vida de su pequeña. Todo, salvo una cosa.

La paliza ocurrió en la única habitación que no se alquilaba de dormitorio para las chicas. Una vez terminaban de echar al último cliente, la señora María se encargaba personalmente de cerrar con llave el resto de los cuartos. La 01 quedaba abierta porque a su inquilina no le quedarían fuerzas ni ganas de huir después del

trabajito de Roberto. No sería la primera vez que había tenido que ir un médico borracho a sueldo para que la chica no se fuera para el otro barrio, que no era cosa de estropear la mercancía para siempre.

Anais, tumbada en el suelo, fingió un desmayo hasta que la señora María terminó de cerrar el resto de las habitaciones. Entró en la 01 y se alegró de comprobar que Anais seguía con pulso y no parecía tener nada roto.

A las siete y media de la mañana solo ella estaba despierta en el Delirios. Escuchó el trasteo de la señora de limpieza que comenzaba siempre por los baños de la sala, en el sótano. Esto le regalaba un cuarto de hora para escapar. El resto de las chicas no se despertaba hasta media mañana, cuando su carcelera volvía para abrir sus habitaciones. Tendría el tiempo justo de bajar hasta la cabina y avisar a su madre ante la segura represalia de sus captores. Ni siquiera pensó en las cosas que dejaba en su habitación. No tenía intención alguna de volver.

Tres meses y medio después de que comenzara su calvario, Anais traspasó la puerta del Delirios y lo dejó atrás para siempre. Ya en la calle sintió la primera bocanada de aire libre desde que pisó por primera vez Madrid. Desorientada, subió por la primera de las calles que parecía comunicar con otra más céntrica en esa rara hora de paz que ofrecen los sábados a primera hora de la mañana. Llegó hasta la Gran Vía tras dejar Mesonero Romanos por Desengaño. Los enormes edificios y los escasos transeúntes hicieron que la calle resultara monstruosa en esa hora insólita y fría. En algunas mañanas de marzo la sierra empujaba el aire de nieve que aún quedaba coronando la linde de Madrid con Segovia y Ávila. El viento escupía lo que las estrechas callejuelas guardaban de la noche anterior: vasos, botellas, papeles, colillas y condones. El ruido del camión grande de la basura y de otros más pequeños que barrían las puertas de las tiendas se mezclaban con los del barrio de su casa, lejos, allá en Antioquía con su hija. Anais buscaba alguna referencia, algo que la ayudara a encontrar su destino escondido en algún lugar de esa ciudad que no era la suya. Recordó el informativo que vio en el Delirios en ese puente. Si quería encontrarlo debía orientarse en ese plano inmenso que disipaba una ciudad con resaca, en un sábado helado que solo tenía silencios de piedra y cristal.

¿Y si acudiera a la policía? Pero ¿sin papeles? Además, muchos de sus clientes eran policías. Seguro que me devuelven al Delirios, pensaba bajando hacia la plaza de Callao. Algunos madrugadores salían a por churros y pan. En Jacometrezo, en locales que compartían la licencia

de bar con la venta de botellines de agua, chocolatinas y cajetillas de Marlboro, se aprovisionaban los que buscaban en las afueras las casas donde la fiesta seguía hasta el lunes. Anais intentaba sin éxito no llamar la atención, con sus tacones y medio en pelotas, el maquillaje corrido, una lástima de chica, golpeada, cansada. Perseguía la línea donde los edificios se funden en un cielo que asomaba distinto, más brillante, polar, nuevo y desconocido del todo para ella, acostumbrada a la noche de esclavitud y al día de sueño y pesadillas entre cuatro paredes. Continuó caminando desorientada y curiosa, exhibida y obscena. Muchos ojos miraban al suelo para no reconocer al pecado consentido, a la explotada permitida. Paró un taxi, le dijo algo sin subirse a él y siguió caminando perdiéndose en un Madrid que ya se la había comido.

Algunos días más tarde, Pedrito leía el ABC en su despacho de la calle Velázquez. Una noticia llamó su atención: Cae una red de extorsión de prostitución en el centro de Madrid, rezaba el titular, y continuaba: La policía detuvo ayer a tres personas y clausuró tres locales de ocio nocturno, dos en la capital y un tercero en Aranjuez.

Pedro dejó el periódico y buscó el móvil que el despacho donde trabajaba acababa de darle como parte de su bonus. Intranquilo, marcó el número de su amigo, Mateo:

—Tío, ¿has visto lo del local de Aranjuez, ese al que fuimos el día del ojeo?

—¿Qué pasa?

—Pues tío, la policía lo ha cerrado y ha detenido a los responsables. Que si era una red de extorsión, que no sé qué…

—Vamos a ver, Pedro, no me estarás llamando desde el teléfono del despacho para contarme esto, capullo….

—Pero…

—Ni pero ni hostias, Pedro. Ya casi me metiste en un lío con el portero ese, ¿o es que ya se te ha olvidado?

—Te dije que debíamos llamar a la policía.

—Pero tú… de verdad, a veces pienso que estás zumbado, macho. Deja de decir chorradas.

—Dice el artículo que todo empezó por el suicido de una mujer de la

red, que se tiró por el Puente de Segovia. Una que escapó del sitio ese donde estuvimos…

—Vaya historia. No quiero saber nada. Es más, ni siquiera sé de lo que me estás hablando.

—Pero, Mateo, macho… que podría ser esa, o la tuya…

—Mira, Pedro, quedamos un día de estos para comer. Te dejo, que estoy llegando a ver a un cliente, anda. Y recuerda que el teléfono es solo para asuntos de trabajo.

5. Vienen a por mí

El lunes por la mañana fue distinto a todos los demás en el Esperanza. Ninguno de los presentes, al tratarse de sábado, estuvo cuando la extranjera saltó desde el Puente de Segovia. Ninguno, excepto Javi, que, como siempre, pasaba más tiempo en la calle que el resto y estaba abierto cuando la banda sonora del salto de Anais llenó la parte baja de aquel barrio fronterizo entre la vida y la muerte. Pero también de las malas noticias uno terminaba por acostumbrarse. Para Javi, como para tantos otros, el suicidio era ya una parte del paisaje, una indecente normalidad.

Don Francisco llevaba años también conviviendo con esta crueldad y, a pesar de sus creencias religiosas, había comprendido hacía mucho tiempo que Dios podía olvidarse de sus criaturas. Marta, acostumbrada a que cortaran la calle Segovia más de cinco veces al mes, se molestaba más por tener que rodear la calle que por las razones que la obligaban a hacerlo. Lo que más le preocupaba a Fernando, en cambio, era la sucesión de mirones y curiosos que seguían a las malas noticias. Cada vez era más gente la que frecuentaba el bar preguntando si era allí donde algunos paraban antes de saltar. El Esperanza era una diana para los curiosos y para las futuras cruces pintadas en el asfalto. Y eso no le gustaba.

Los suicidas en España suman cuatro mil personas de media al año. Cuatro mil. La primera causa de muerte no natural. El concepto de no natural es del todo antinatural, porque los suicidas no mueren artificialmente. Los suicidas acaban siendo una estadística. Los datos se analizan, se tabulan por edad, por sexo, por renta, por comunidades autónomas o por ciudades. Pero los datos no analizan las historias que dejan inacabadas cada uno de estos cuatro mil seres humanos. Algunos lo anuncian antes, otros lo intentan varias veces y otros aciertan a la primera.

Lo que más y mejor se ve a lo largo del viaducto, en la línea del cielo, son las cúpulas de Dios, entre tejados y antenas que se alzan sobre el paisaje. Si además de verlas por fuera algunos las visitasen por dentro quién sabe si habrían cambiado de opinión en ese momento tan oscuro de las almas. Don Francisco reflexionaba en voz alta, mojando dos churros aún calientes en el café con leche de la primera hora de la

mañana.

—¿Y qué pasa si no tienen fe? —preguntaba Javi— porque la mía ya sabe usted que se quedó en la escuela junto a los tirones de patilla, padre.

—Es incompatible la fe y quitarse la vida, como bien sabes —siguió.

—Entonces, según dice, ¿solo los que no creen en Dios se quitan la vida?

—Solo los que sufren, Javi. Yo estoy mayor para juzgar, más aún tratándose de almas que no tienen dónde agarrarse.

—Pues se ha dicho toda la vida que es pecado suicidarse —añadió Paco.

—Así es.

—Lo que no se dice, y perdone, padre, es que también es pecado tener a la gente en la calle sin techo o explotados hasta reventar, que fuera de sus muros y sus altares hace mucho frío.

—Yo solo digo que, si en vez de mirar hacia el Manzanares miraran hacia las cúpulas, muchos menos se tirarían.

—Y yo le añado que ayudaría que los capillitas mirasen más hacia afuera y menos hacia dentro, don Francisco.

—Claro, como siempre, cargando a la Iglesia de obligaciones que no son suyas. De este problema se tiene que ocupar la Administración. ¿O acaso es un problema religioso? ¡Lo que faltaba!

—No se ofenda, don Francisco, que el temita lo ha sacado usted y además no se aclara, tanto dice que comprende a los que saltan como que los condena al fuego eterno —añadió Javi.

—¿Os acordáis del caso del chico ese, el que vendía droga o no sé qué asuntos feos?

—¿El del año pasado? Sí, claro.

—No sé de qué estáis hablando —añadió Fernando.

—Lo del chaval ese, el que vendía canutos ahí en el parque de las Vistillas.

—No vendía canutos —añadió Inés que parecía estar a otra cosa cuando en realidad estaba a todas.

—Eso decían por ahí.

—La historia no fue así, ni mucho menos, que Diego me contó lo que pasó realmente.

—¿Y Diego qué tenía que ver con ese chaval? —interrumpió Fernando.

—Nada, papá, solo que se sabe la historia por su hermano mayor que era de su edad.

Todos continuaron su desayuno en silencio. Inés era un poco de todos, sentían hacia ella la necesidad inconsciente de protegerla para que no la manchasen la mugre, la violencia y la fealdad del mundo. Ella era una luz en sus vidas apagadas y vencidas. Para Fernando su hija era un faro y un reto; debía mantenerla a salvo sin poder evitar dejarla expuesta. Don Francisco, que apenas se dirigía a ella, educado a la antigua —chicos y chicas, ya se sabe, regla de madera y suspenso— fue el único que mantuvo la curiosidad de aquella historia. En su opinión, alguno que otro estaba mejor haciendo el mal donde Luzbel, así que trató de aleccionar a Inés de esa forma directa que tan bien disparaba el clero:

—Hay almas que es mejor que tenerlas debajo, hija. No merecen pisar este mundo, simplemente.

Inés volvió hacia la cocina ya con el bocadillo envuelto que le dejaba Fernando preparado en la barra. Aprovechaba esos últimos minutos antes de marcharse al instituto para el último repaso de manera que su padre se centrara en el menú del día. Neveras llenas, barriles de Mahou cambiados, el lavaplatos vacío. También llegaba Marta, que algunos lunes comenzaba pronto y era la razón por la que Paco alargaba un poco más el café en el Esperanza. Era el segundo lunes de marzo de 1998.

—Papá, te cojo un par de churros para Ana, la de abajo, ¿vale?

—Claro, hija. Que tengas un buen día, ánimo con todo.

—Marta, ¿un día de estos me ayudas con una tontería?

—Pues claro, niña.

—Es una bobada. Pero necesito que encontremos una carta.

—Eso está hecho, guapa.

Una vez que Inés estuvo fuera, todos se lanzaron en tromba a largar sobre la última víctima. Que si qué barbaridad, que si era una puta que trabajaba en el Delirios en la plaza de la Luna, que si qué dices, hombre, que si era una inmigrante sin papeles, que si nunca la habían visto por aquí, que yo sí la había visto y era un monumento… De la misma se marchó don Francisco, que si ya se torcía hablando de mujeres no digamos de putas.

—Dice el artículo que estaba secuestrada y que al parecer dejó una despedida escrita que le dio a un taxista en la calle Mayor antes de tirarse —añadió Marta.

—Ya van tres detenidos y han cerrado esos clubs.

—Creo fue para llamar la atención sobre lo que les hacen a esas pobres mujeres —dijo Paco.

—¿Cómo?

—A ver, imagina que estás secuestrada, como hacen estos con estas mujeres para explotarlas.

—Oye, que no todas están ahí obligadas, que para fregar siempre hay trabajo ¿eh? —añadió Javi, siempre tan prosaico—. Bueno, me marcho que tengo al sobrino vendiendo y seguro me está haciendo perder dinero.

—No seas bestia, Javi, hombre, que igual no tuvo otra salida.

—Igual la tiraron, por eso hay detenidos y no se creen lo del suicidio.

—Que no os enteráis. Al taxista que paró le dio una carta en la que contaba, al parecer, que la tenía explotada una señora de su país y una red aquí, y que amenazaban en Colombia a su familia. Que se quitaba de en medio para que la policía tuviera un delito que aplicar a los de la mafia esa que la tenía. Debió de ser la única forma de proteger a los suyos…

—Demasiado para un lunes por la mañana, Marta. Me voy al quiosco. Luego nos vemos. Te dejo los periódicos aquí, Fernando.

—¿Fernando?

—Venga, luego nos vemos —contestó Fernando sin girarse para despedir a Javi, con la vista fija en la ventana que daba a Bailén.

—Anda este, madre mía, Fernando, qué malos son los lunes….

—¿Y cómo sabes todo eso, Marta? —preguntó Fernando, que parecía más bien no abandonar nunca el tema…

—Está en los medios.

Gabilondo desgranaba las noticas de ese lunes a través de la radio, como cada mañana:

Augusto Pinochet jurará cargo como Senador Vitalicio en una estrategia más para evitar que se le pueda juzgar por crímenes de guerra, después de abandonar la presidencia del país la pasada semana. En Madrid, la policía ha detenido a los cabecillas de una supuesta red de extorsión de mujeres, a las que amenazaban desde su localidad de origen, principalmente a través de las familias. La víctima entregó una carta denunciando la extorsión a un taxista de Madrid, para después quitarse la vida saltando desde el Viaducto de Segovia, el pasado sábado por la mañana. No se descarta que continúen con más arrestos, según informa el portavoz de la Policía Nacional.

—Te lo dije —remató Marta.

En otro orden de cosas, El Papa Juan Pablo

ii

prepara en el Vaticano la ceremonia en la que se disculpará por varios años de silencio de católicos respecto al Holocausto y a las víctimas del nazismo. En España, la banda terrorista ETA continúa su escalada de terror…

—Fernando, ¿estás bien?

Ni bien ni mal, porque Fernando no terminaba de estar del todo. Lo que sí tenía era algo parecido a la pereza, una confusión latente que

llamaba la atención cada vez más al resto. Se perdía en ausencias, el habla se quedaba corta y no le quedaban ganas de simpatizar con el resto.

Inés subía hacia el Mella. Después de despachar un rato con su amiga Ana la friolera, recordó la historia que Diego le había contado acerca del chico ese llamado Dani, que había salido en la conversación en el bar Esperanza un rato antes.

Todo sucedió en el verano de 1997, no muy lejos ni en tiempo ni del bar, en el barrio de Moncloa. Era una zona cada vez más bulliciosa, porque mutaba de zona señorial y viviendas militares a un constante trasiego de estudiantes y pisos compartidos, con juventudes que se rapaban las cabezas y sacaban de paseo puños de fobias y otros que se dejaban largas melenas y barbas y estaban todo el día fumados. Entre todas las tribus urbanas, se manejaba bien el Dani, que siempre fue del barrio y, aunque no compartía simpatías con ninguna, vivía de lo que se pasaba por aquellos bares de Fernando el Católico, Donoso Cortés, Alberto Aguilera y Marqués de Urquijo que, junto a la plaza de los Cubos, representaba la zona cero de los skinheads, en el Madrid de los noventa.

Dani seguía a un chico mayor que él.

—Se llamaba… creo que Aitor —le contó Diego.

Este tal Aitor era camello, chulito, guapito de cara, malencarado y con la faca siempre a mano. Trapicheaba en toda esa zona de Moncloa y Dani le hacía de lacayo y recadero. El trabajito le daba un dinero para financiar todos sus vicios y le servía de ejemplo a seguir en el hampa del dinero fácil. Todo iba bien para los dos hasta que se fastidió cuando Dani quiso ser Aitor.

Ese verano del 97 Aitor se fue a pasar unos días a la playa buscando nuevos horizontes para el negocio. Dani, que estaba obsesionado con la chica de su jefe, creía que para ligársela tenía que ser igual de malo, igual de chulo y, sobre todo, igual de rico. Aprovechando la ausencia del mandamás, planeó hacer un par de viajes al poblado donde Aitor compraba la droga para después venderla en los bares que frecuentaban los cabezas rapadas. No tenía pasta, pero había acompañado varias veces a Aitor a donde las chabolas y los jefes le conocían bien. Aunque era payo, tenía muy buena labia y consiguió salir con la droga fiada a la cuenta del jefe. El objetivo era ella, la Cris la llamaban. Le gustaba cómo se ajustaba los pantalones antes subir a la moto, las Fila que gastaba y cómo se apretaba al Aitor cuando este

la besaba delante de todos. Se engominaba el pelo, una coleta puntiaguda salía de su cabeza, medio rapada en un lado. Los labios se los pintaba de negro y Dani quería comérselos.

Salió del poblado con la promesa de pagar dos días más tarde. Se llevó fiado un cuarto de kilo de cocaína, mucha mercancía. Debía dos millones de pelas, una fortuna, y pensaba sacarse otros dos después de cortarla. Así que Dani se puso las pilas y salió del poblado como una bala hasta su casa en Fernández de los Ríos para comenzar el ajuste. Iba tan nervioso que cuando llegó no se percató de los gritos y las voces en la escalera de su portal. Estaba acostumbrado a las discusiones de la pareja del primero izquierda. Bastante tenía con aparentar que todo iba bien y que no escondía bajo la camiseta un bolón de coca que pensaba doblar, cortándolo con efedrina y lactosa de azúcar en polvo. Subió hasta el segundo y cerró con doble llave la puerta. Ya en su casa, Dani comenzó a volcar la merca junto a los cortantes. Ayudado de una tarjeta de plástico, separaba y mezclaba sin dejar de machacar todos los ingredientes de sus cuatro millones de pelas. ¿Qué podría salir mal? Aitor volvería en unos días, la coca ya se habría vendido, él tendría sus dos kilos, los del poblado los otros dos y todo seguiría como siempre. Se veía ya montado en su moto nueva, con la Cris agarrada a su cintura, cuando escuchó las sirenas de varios coches que parecían haberse detenido en su portal. Comenzó a temblar y a sudar, de alguna manera la policía le había pillado con las manos en la masa. Primero pensó en los camellos, seguro que ellos se habrían chivado. O puede que fuera el propio Aitor que se habría enterado por alguien y daba así un aviso para que a nadie se le ocurriera pasarse de listo. Dani se asomó a la ventana y comprobó que ya eran tres los coches detenidos delante de su casa con aquel estruendo de luces y sirenas. Dos maderos se echaban la mano a la pistola al salvar los pocos metros que los separaban de su portal.

Para entonces Dani estaba histérico. Se acercó corriendo hacia la mirilla de la puerta, el descansillo seguía vacío. Descorrió el pestillo y abrió una rendija para escuchar los ruidos del portal. Sonó el telefonillo y al descolgar tronó la orden Policía nacional, ¡Abra la puerta! Colgó y cerró la puerta de golpe, con un ritmo tan torpe como acelerado sin saber qué hacer. Miraba hacia todos lados, se sabía ya detenido, juzgado, en la cárcel. Todo en Dani se deshizo en un sinfín de pasos en falso, sin saber si avanzar hacia el cuarto o tirarse por la ventana. Le habían pillado. Venían a por él, con toda la coca en su casa a punto de ser cortada. Le atravesó una chispa de lucidez que le hizo reaccionar. Si al menos no le pillaban la droga solo tendría que buscar cómo resolver el asunto de la deuda. Dos millones eran una pasta, pero ya pensaría en eso luego. Cualquier cosa era mejor que

pasarse cinco años en la cárcel por tráfico de drogas, con la mitad de los del poblado dentro del talego, además. El telefonillo seguía sonando martilleándole la cabeza. Cogió todo el material que podía comprometerle y fue directo al baño a deshacerse de él por el retrete. El agua aún corría cuando descolgó, aliviado al saber que la cisterna estaba tragándose las pruebas del delito.

—Diga, sí, ¿quién es?

—Policía Nacional. Ya han entrado dos compañeros, gracias por su colaboración. ¿Es usted del primer piso?

—No, del segundo.

—Pues no salga por favor. Hemos recibido una llamada de un vecino por una denuncia de malos tratos.

—Entonces, ¿no iban a por él? —preguntó Inés, interrumpiendo la narración de Diego, agobiada por el nivel de metedura de pata del tal Dani.

La voz de Diego siguió sonando en su cabeza mientras recordaba aquella historia.

—Así es, ni siquiera iban a por él. Entre el temor de saber que hacía algo ilegal y los rugidos de las sirenas, no se percató de que la policía había ido por la discusión de la pareja del primero que él mismo había visto en las escaleras al entrar en su portal. Y la cosa se le fue de las manos de verdad. A los dos días las noticias llegaron hasta Valencia y Aitor estaba de vuelta buscándole. Los camellos le reclamaban a él la deuda, no querían saber nada de Dani, que les dijo que hablaba en su nombre y para ellos no era nadie. Pero Aitor, después de tantos años de trato, consiguió convencerles de que su subordinado había hecho el puente, en el lenguaje de ese tipo de comercios. A Dani ahora le buscaban su jefe y los camellos también. Demasiados enemigos al mismo tiempo. Conseguir los dos millones era una quimera inalcanzable para un pringado como él. Adiós Cris, adiós moto, hola venganza, hola pavor. No podía poner un pie en la calle sin que le encontraran. Dani había oído historias de cómo se las gastaban los del poblado con los que no pagaban sus deudas y sabía que Aitor no llevaba la faca de adorno. Sin salida, acorralado, Dani se arrojó una madrugada por el puente. En los segundos que median entre la barandilla y el asfalto, Dani seguía sin entender cómo había podido ser tan tonto.

Esa fue la primera vez que Inés escuchó un relato completo y directo

sobre el suicido en el Viaducto de Segovia.

El lunes que comenzaba venía cargado de una oscuridad que se le metía a Inés hasta los huesos. Diego la esperaba impaciente a la entrada del instituto. Su novia estaba descentrada, ya no parecía buscarle como antes, pálida y sin brillo.

—Venía acordándome de la historia del amigo ese de tu hermano, de Dani —le dijo Inés.

—Deja ya de pensar en tanta muerte, anda. ¿Cómo has dormido?

—Aún me acuerdo de Micky y, ahora, con lo que ha pasado con la chica esa…

—Esta zona de Madrid está destinada a eso, Inés. No le des más vueltas. Madrid es muy grande y la vamos a descubrir juntos —contestó Diego.

Sonó la campana llenando la calle Bailén de obligaciones, de lunes y de pasar página. Poco a poco, los alumnos dejaban la calle por la clase y esta se llenaba de señoras con carros de la compra y hombres con mono de trabajo. Mucho traje también, comerciales de tienda en tienda, de oficina en oficina, vendiendo, tratando, subiendo y bajando en un Madrid que recuperaba el ritmo de una semana menos fría que la anterior, que ya asomaba en verdes nuevos algunos árboles. El avance de marzo dejaba más día, más ganas de no entrar, más parque y terrazas. Más Madrid, en definitiva, porque la ciudad vive en la calle. Pero esa tarde, al salir de clase, Inés no se quedó con los demás, prefirió pasarse por el Esperanza para ayudar a su padre a cerrar, cosa que sorprendió tanto a Fernando como a Diego, que esperaba seguir entrenando besos con su pequeña boca de fresa.

—Hola, papá.

—¿Inés? ¿Qué haces aquí tan pronto? ¿Cómo es que no estás con tus amigos? —Fernando nunca nombraba a Diego, diluido en el plural de ese “amigos”.

Su padre despachaba en la barra con un tipo trajeado, que llevaba una corbata con el logotipo de una empresa a juego con su carpeta. Al verla Fernando dio por terminada la reunión de una forma abrupta, rozando los malos modos y le invitó a salir del bar, dejando al otro con la palabra en la boca. Un comportamiento alejado de su habitual manera de tratar a la gente. Inés sintió algo de lástima por el chico.

—Otro vendedor de locales. Que si tienen una oferta de traspaso que si no sé qué. De verdad, esta gente me pone malo, hija.

—Papá, con todo este lío de últimamente…

—Dime, hija, ¿qué?

—Estaba pensando en subir unos días a Santander y pasarme por Comillas cuando nos den las vacaciones de Semana Santa, para ver por ahí todo un poco y, no sé. … Saber un poco más del abuelo, de la familia que se quedó allí, si es que queda alguien, ¿no crees que nos vendría bien salir unos días?

—Pero ahora justo me viene fatal, hija. Además, tú deberías estudiar. Recuerda que estás a punto de terminar el instituto y digo yo que después querrás una carrera, ¿no?

Fernando volvió para dejar limpia y preparada la cocina para el día siguiente. Inés comenzó lo propio con la barra: rellenando las neveras, repasando el suelo y dejando que la lejía borrara las huellas de tantos. Era una pena que no pudiese rociar con ella también la conversación, aunque lo deseara con todas sus fuerzas. En silencio, su padre estaba desde hacía un rato en el norte, un refugio o una trampa para no seguir hablando con Inés de todo eso que él también notaba. Ella, sin embargo, ya tenía claro que debía ir a Santander, ya no solo por buscar la tranquilidad que Madrid le robaba, sino porque sabía que su padre le estaba escondiendo algo que había crecido lo suficiente en ella como para buscarlo a conciencia. Ella pensaba en Lucía, su madre. Él también lo hacía. Pero ninguno de los dos hablaba.

Esa noche, Paco dormitaba con la televisión medio encendida. En la portería de Segovia 22 las noches solían ser tranquilas, más cuando expiraba el lunes y las temperaturas del ocaso bajaban de forma abrupta. Es lo que tiene la estepa alta, que ni puede mirar por encima del hombro ni llega tampoco a tocar agua, tan solo padece ese choque de vientos, de sierra de en medio que en Madrid ha secado hasta el río. Paco dejaba abierta la ventana del saloncito angosto, que daba a un patio lleno de cuerdas de tender, subiendo las paredes desde aquella vivienda oscura, como si intentara atrapar alguna estrella que se dejaba ver cuando el cielo no apestaba a humo de escape y salida de cocinas. Lo hacía precisamente porque en lunes el ruido se parecía al silencio, al sosiego. Ese silencio urbano le reconfortaba.

Pero ese lunes algo rompió la paz de Paco. Un sollozo desgarrador se coló en aquel bajo de la calle Segovia y también se metió por otras

ventanas, por las rendijas de las puertas, repitiendo su eco por las escaleras y volando hasta debajo del puente, enfrente de Ana la friolera. El grito hizo que Paco y Ana y otras almas que intentaban dormir también se levantaran de golpe por el desgarro de una garganta honda y rota, la de un hombre que se había parado en el lugar donde su vida se rompió para siempre. Ana apartó con cuidado el cartón que la separaba de la silueta de un hombre grande y fuerte, ancho de espaldas, plantado como un pilar más del viaducto. Y no estaba solo. Otros seres heridos le acompañaban, protegidos por las sombras y la noche. Aunque apartados entre sí, todos ellos parecían reconocerse en su pena infinita.

A Paco, el grito le arrugó el entrecejo y le empujó a salir de su casa, dejando atrás el edificio que antes de casa fue molino y era ahora el testigo de un llanto desesperado en la pausa de un lunes maldito de marzo. En la noche oscura, Paco y Ana vieron a ese hombre llorar la muerte de su hijo, el chico flaco como un tallo que le partió y se partió la vida en aquel rincón olvidado de una ciudad que palpitaba sin recordarlo. Carlos, el obrero callado y rotundo, quiso ver de cerca el lugar donde Micky desparramó su juventud y su futuro. No estaba solo, en ese instante otras almas lloraban con él.

La pena se quedó flotando en la bruma de la noche. Era un sentimiento compartido que despertaba, que había roto los diques del pacto de silencio sobre tantas muertes, sobre tantas historias sin memoria. La historia de Micky, que al mes eran seis, más de cincuenta dramas por año y que ahora rescataba un padre aferrándose al recuerdo de su hijo y, con él, al de tantos otros.

Paco volvió atrás porque hacia delante no quedaba más que un intento de consuelo que no tenía frente a un tipo como Carlos, hecho de esfuerzo y resistencia, de esconder lo que siente y de no decir nunca lo que piensa. Le daba pudor ver llorar a un hombre así, tan grande, como de hierro, con sus manos gigantes, una llaga en cada dedo que eran pistolas de pan como las de Jacinto. Paco bajó despacio las escaleras para regresar al sótano de la portería. Cerró la ventana que daba al patio con un gesto brusco, se estaba hartando de tanto daño.

Tampoco Inés pegó ojo aquella noche de lunes. Al cerrarlos pensaba en Santander y en Iñaki, propietario del bar el Muelle. Era el único nombre que su padre aún nombraba las pocas veces que hablaba del pasado y la única pista a la que acudir en su viaje al mar. Inés recordaba muy pocas cosas de su infancia primera, apenas una imagen borrosa de platos de calamares fritos en forma de torre y el tacto de servilletas de papel que le lijaban la nariz al sonarse de pequeña. No

recordaba, en cambio, el fresco en la piel que nunca terminaba de calentar ni de hacer frío del todo porque así era el clima de Santander. Ni la que se lio cuando unos quisieron colocar unas mamparas de plástico para resguardarse del viento en el Muelle. Iñaki y Fernando decían que si les molestaba se fueran a tomar el vino al pueblo, que el puerto tenía esas cosas. Tampoco sería capaz de reconocer el olor a pasto verde cuando llovía, que era a menudo, ni el chocolate en caldero de hierro, los churros recién hechos, la rama que los enlazaba y la boca bien abierta porque así te quemabas menos con el ansia y el aceite… Nada de aquello se había grabado en su cabeza de niña chica, pero estaba dispuesta a resucitar los recuerdos que no tenía. Poco a poco se quedó dormida, relajada por hacerlo junto a la espuma que dejaban los barcos pesqueros al volver a puerto, esa estela que parecía regar de champán los cascos de madera pintados en rojos, azules y verdes de mar y norte. Ni siquiera se enteró cuando llegó el buenas noches de Diego. Tampoco lo esperaba con la misma falta que las noches anteriores. Ahora tenía un plan para resolver algo, con esa ventaja natural que tienen las mujeres sobre los hombres: la valentía. Inés había ordenado sus prioridades de una forma tan natural que a Diego le comía la impaciencia porque él no estaba el primero en esa lista, haciendo que ese lunes fuese distinto también para él. Era el primer lunes desde que estaban juntos que ella no respondía al momento a sus mensajes. Esa inmediatez nueva que ya era vieja porque para Inés entonces ya no todo era Diego.

6. Un hombre solo

El timbre, agudo e insolente, sonaba sin rendirse al hecho de que al otro lado nadie tenía intención de contestar a su urgencia. El destinatario de las llamadas tenía uno de esos días de no a todo. Algunos otros eran de sí, pero estos eran cada vez menos. La mayoría del tiempo transcurría ahora en neblina, un tiempo sin marcas, de silencio y oscuridad. En la cocina las persianas bajadas trataban de ganarle la pelea al sol, una tarea sencilla en un piso interior o exterior mirando al patio, que era la expresión con ínfulas de principal, pero más barato y con menos aire, en una ciudad que cada día cotizaba más alto y era más inalcanzable para la depauperada clase media.

En el pasillo estrecho se filtraba un reflejo de luz desde la ventana del salón, que también miraba al patio de vecinos. Un desperdicio porque el habitante de la casa no distinguía la noche del día. El timbre del teléfono seguía sonando, esperando una respuesta que no llegaba. Agustín lo sentía como un taladro en la cabeza, una tortura inútil porque él seguía en uno de sus noes que mandaban tanto. Al otro lado solo quedaba una tía, un pueblo al que no iba nunca, un sobre que llegaba con algo de dinero cuando cobraba la pensión y unas recetas médicas que ya no tomaba. Por eso Agustín, que tenía más de cincuenta que de treinta, llevaba tiempo aparentando muchos más. Por eso la tía dejaba de llamar cuando, en el quinto, el sexto o el séptimo tono, ni siquiera podía dejar un mensaje porque la cinta del contestador acumulaba un exceso de palabras sin respuesta. Aquella vez fue distinta. Quien fuera que estuviera llamando era aún más insistente que su tía. El piso era de ella, la hermana soltera de la madre de Agustín. La anciana cumplía con todos los clichés con que los urbanitas adornan a las tías del pueblo que no tienen: era frágil, virgen, sorda, moño gris, chaqueta de punto, gafas de pasta y poseedora de una bondad que le costaba transmitir a Tinito, ese sobrino a quien nunca supo cómo tratar.

Otros días era Tinito quien la llamaba primero. Esos también eran para él días de calle y bolsa de la compra. Primero al puesto de pescado, donde compraba algo blanco y sencillo, sin espinas ni cabeza, que el pescadero aún recordaba a la madre de Agustín pedir las cosas para el niño adulto. Después, patatas congeladas que daban poca lata y saciaban pronto el hambre de Tinito. Incluso si era un día

lleno de síes, el buen hombre se tomaba un pincho de algo en su vuelta a casa. Su bar Esperanza se llamaba Navacerrada, una de esas clásicas cafeterías sesenteras que inundaron de cumbres las calles de algunos barrios. Establecimientos de tostada, sándwich mixto y tortitas con sirope, alternadas con cañas, orujos y aceitunas con hueso. Allí, entre señoras con churros, café con leche y laca, Tinito rozaba la plenitud. Olían a tiempo detenido, como su madre, como su tía. Aquellas paradas en el "restaurant", como decía su madre, eran un ritual, un regalo de todo lo bueno de Chamberí, el barrio que se aferraba al ritmo lento de una capital de provincias. Allí se quedó cuando perdió a la Jefa, que así la llamaba porque siempre fue fuerte y segura, con hechuras de matriarca, de pulcritud y necesidad, de lentejas, de época equivocada, de criar a un hijo sola, al Tinito, pobre.

Los días buenos Tinito estaba contento y el camarero le ponía un poco más de nata en la tarta porque le gustaba ver que aquel hombre niño no se había perdido aún del todo. Pertenecía con orgullo a ese gremio cada vez más escaso de camareros profesionales. Conocía a sus clientes, que le llamaban por su nombre. Había visto crecer a sus hijos, conocido a sus novias, celebrado sus cumpleaños y acompañado en sus lutos. Cercana ya la fecha de su jubilación, el camarero sentía una lástima profunda por Tinito, tan solo y tan perdido. Entre el portero de la finca y él le echaban una mano, se turnaban para subirle algo de comer cuando no le veían salir en días, con esa solidaridad sincera de la gente buena.

En esos días buenos cada vez más escasos Tinito era encantador. Paseaba con calma, tardaba lo mismo en llegar al estanco andando que al pueblo en coche, paraba en cada tienda, hablaba con cualquier vecino del tiempo o la actualidad, con especial atención a las señoras que le recordaban los tiempos de su madre y su tía. Le encantaba estar con señoras mayores y en más de una ocasión le invitaron a la comanda del Navacerrada, a lo que él siempre correspondía sentándose en la mesa con las usuarias de Corega y Álvarez Gómez para darles palique. Ay, Tinito, qué simpático fuiste siempre, cuánto echamos de menos a tu madre, con lo buena que era y lo bien que te tenía siempre. Y Tinito sonreía contento porque algunos de los días buenos además de salirle gratis eran calientes.

Los días malos, que cada vez se repetían más de cerca, pesaban de ausencias y Tinito no hablaba ni consigo mismo. Hubo un tiempo que sí, que se preguntaba y contestaba cosas. Entonces Tinito pensaba que una cámara pequeña le espiaba mostrando al mundo todo aquello que le daba vergüenza y no podía sacar de su cabeza, como algunas chicas de la tele, o como las manchas de la cama, o los botones que se le

caían de la camisa. Después se convenció de que solo con pensarlo los demás sabrían sus secretos, así que se esforzaba por permanecer en blanco. También dejaba que cojease su pie derecho, que, aunque sano del todo, le parecía a él que se metía hacía adentro, lo que a sus ojos justificaba su mal humor y su resistencia a salir de casa. Madrid tenía para él entonces también días malos y otros muy malos y no era cosa de enfrentarse a una ciudad que le daba poco y le quitaba mucho.

La mañana había comenzado fea. Tinito se había quedado sin tabaco ni cocacolas, los únicos vicios a los que no podía renunciar ni siquiera en los días en que los blancos apagaban su cabeza. No quedaba otra que salir justo antes de la hora de cierre de las tiendas, así no tendría que ver al portero, último recurso de su tía cuando los días pasaban sin respuesta. Esperó a que llegara la oscuridad para abrir la puerta. Lo que no imaginaba era que el portero le estuviera esperando en el descansillo. La sorpresa fue mayúscula para el niño viejo que no esperaba ver a nadie e intuyó que no sería por nada bueno. Los días malos era una esponja.

—Agustín, hombre. Llevo un buen rato llamando a la puerta.

—Si hubiera sido grave habrías entrado. Tienes una llave, ¿verdad?

—Necesitaba hablarte urgentemente, verás, cómo te digo…

—Tan importante no debe ser entonces, si esperabas fuera. Igual me estabas espiando.

—Han llamado del pueblo, Agustinito. Tu tía…

Poco a poco fue recuperando la noción del tiempo. Los párpados parecían sostener un banco de arena, un peso inaudito que sentía despertando de una resaca fea, como volviendo de un accidente que no lograba recordar pero que le dolía desde abajo. Miró a su alrededor a medida que sus ojos calibraban mejor y pudo notar que no estaba solo en el cuarto —pero en qué cuarto— pensaba. Después dedujo que se trataría de un hospital, la habitación tenía varias camas, reconoció los paneles electrónicos de la suya, cables, sueros, tubos, y las cabezas que miraban levantadas hacia la televisión junto al silencio que acompasaba la caja tonta con el hilo imperturbable de la voz del presentador. Era la hora del telediario y a medida que iba arrancándose el sopor químico, el sonido se le volvía más nítido. Los pies se movían según las órdenes que mandaba el cerebro y todo parecía estar más o menos bien, pensaba reconfortado. Podía mover las manos, bien. La cabeza hacia ambos lados, correcto. De pronto se

preocupó por si esto último lo había dicho en alto, cosa que le podría comprometer con quien fuera que estuviera al lado, no vayan a creer que estoy loco. Estaba claro que era un día de los malos.

—¿Cómo te encuentras, Agustín? —le dijo alguien que parecía ser enfermera.

Tinito se hizo el dormido, disimulando mal sus pocas ganas de hablar. También era cierto que aquella mujer podría darle alguna información, pero su desgana evitaba cualquier tentación de conocer la verdad. La enfermera, impasible a su silencio, cambió el suero de la comida en tubo, dejó el historial en el sobre y siguió con sus protocolos de bondad profesional hacia los demás pacientes. Lo curioso es que la señora le causaba cierta serenidad, como de conocerla de antiguo o algo similar. Quizás era la atracción que siempre sentía por las mujeres seguras, esa calidez maternal que algunas llevan puesta en la cara en forma de sonrisa gratuita que van ahí regalando como si les sobrara lo que tanto faltaba a otros. Fue en ese instante cuando recordó de golpe el resto, el portero en la puerta de su casa, la muerte de su tía, el desamparo que hizo que todo comenzara a girar. Luego nada.

Todo dejó de rodar a su alrededor desde una pena que apenas podía hacerle llorar. Sentía un vacío extremo, no entendía nada, como si fuera un turista cualquiera que no entiende las indicaciones en un idioma de signos incomprensibles. Las voces de la televisión sonaban muy por debajo de los sonidos que su cabeza era capaz de recordar: el timbre del teléfono en su casa, los golpes de la puerta, la voz de su tía volando de un lado a otro, en bucle. Agustín no tenía fuerzas ni de levantar una ceja. Ni de comer, ni de contestar, ni cuando el acompañante de su vecino de cuarto le preguntó si se iba a tomar el yogur de limón. Le encantaba al enfermo, repetía. Tinito, mudo, solo necesitó de un gesto de muñeca para contestar al pariente del agraciado adicto a la lactosa. Su silencio ya era una victoria tal y como estaban las cosas. A veces se necesita que la vida nos regale esos descansos, una tregua cuando todo alrededor es una mierda, cuando la vida es ya una montaña rusa con un tren lanzado hacia abajo cada vez más rápido, en circuitos cada vez más cortos, con un final abrupto y una parada en seco.

A pesar de hacerse el dormido, Tinito se esforzaba en comprobar que sus piernas obedecían las órdenes de su cerebro, que poco a poco abandonaba el modo reposo para comenzar un lento encendido. Pergeñaba vagas alternativas de huida: salir por la puerta aprovechando las constantes idas y venidas del roba yogures o esperar

a la noche, cuando todos durmieran. Las dos tenían sus peligros. Salir de día descalzo y con un camisón abierto por la espalda le parecía indigno. Huir de noche a oscuras anticipaba tropiezos y estruendos. A pesar de las dificultades, le tranquilizó poder pensar en el plan y saberse lúcido. Siempre fue un tipo listo, se dijo, en especial en los días malos. La gente confundía estar callado con ser tonto. Pero Tinito seguía pensando mientras las horas fueron pasando como lo hacen cuando no pasa nada.

Marta bajaba cargada con el carro amarillo la calle Segovia llegando al portal de Paco. En su cabeza no dejaba de pensar en la forma tan radical de vida que llevaban los agentes encubiertos. Desde que se quedó dormida la noche anterior con el libro encima, Marta divagaba en una escena de la que no conseguía escapar. En ella, era una espía infiltrada en la banda terrorista ETA, compartiendo piso y vida sentimental con uno de los pistoleros más sanguinarios de la banda. Una agente doble que apenas dormía por miedo a hablar en sueños y destapar así su tapadera. La novela estaba basada en la vida real de Soares Gamboa, el primer arrepentido en la banda terrorista perteneciente al Comando Madrid que sembró de terror la capital de España en los ochenta. El piso franco que habitaba estaba muy cerca del Esperanza. Marta no había soltado el libro desde su publicación, así que estaba ansiosa por contarle todo a Paco. Este tipo de novelas reales le gustaban a Paco, aunque fuesen recitadas porque él de leer, poco. Se quedaba escuchando como atontado, admirado por la afición a la lectura de Marta. A ella le halagaba su atención y por eso estaba deseando llegar a su portería para seguir contándole la historia. El miedo a un petardazo acompañaba a los habitantes de este Madrid de final del siglo XX. Aunque ETA mataba en toda España, la ciudad soportaba una mayor incertidumbre por ser la capital que amplificaba la táctica de socializar el dolor de la banda terrorista, lo que convertía la vida cotidiana de los madrileños en un peligro inminente.

Cuando alcanzó el 22 de la calle Segovia, Marta vio a Paco guardando una pila de telas blancas ordenadas en montones simétricos. Paco le hizo un breve gesto de espera, levantando la mano levemente mientras terminaba de vaciar la caja.

—Parece que vendas ropa de cama.

—Ya, bueno.

—No seas esquivo, Paco. ¿Qué son todas esas bolsitas planchadas?

—Trajo el Ayuntamiento unos lotes que sobraban, un contacto que

tengo, ya sabes.

—Pues si te cuento lo del libro, no te vas a creer lo que pasó aquí al lado.

—Ahora me dices, dame un momento que cierre abajo.

En el momento en que se perdió por las escaleras que bajaban hasta su casa, Marta llegó al hueco detrás del mostrador de la portería y comprobó que las pilas blancas eran sábanas con el logotipo del Samur. Había al menos cien, una encima de otra. Lo más confuso era que las guardaba en un armario al que tenía acceso desde su mesa en la portería, como si resultase algo recurrente o se cambiaran a menudo. Salió antes de que Paco regresara, pero comprendió de golpe por qué razón él no terminaba de volver del todo últimamente.

—¿Y eso?, ¿te lo trae el Ayuntamiento directamente?

—Han protestado algunos vecinos, ya sabes.

Ahí paró Paco, sin dar más explicaciones. Marta tampoco las necesitaba. Subieron hacia el Esperanza para comer juntos, cada uno barruntando lo que callaban. El silencio entre los dos se rompió en la puerta del bar.

—¿Y desde cuándo tapas tú a los suicidas, Paco?

Agustín consiguió salir del hospital aprovechando el trajín que suponía el turno de comida, una bazofia sin sal que, según decía su tía, estaba tan mala como los pacientes del hospital. No la probó y por eso supo que no se había tomado el Seroquel, ni la Ziprasidona ni la Asenapina; las pastillas que le borraban hasta el recuerdo de su nombre. No encontraba su ropa, así que le robó la chaqueta y los zapatos al visitante de al lado, que se había quedado dormido en una de esas sillas de sala de tortura con las que la sanidad pública obsequia a los cuidadores de los enfermos. Se abrochó los zapatos en el cuarto de baño, le quedaban un poco pequeños, pero recordó que lo más llamativo en un hospital era una persona descalza. No sin pantalones, descalza. Una situación que estaba del todo fuera de lugar: como ver a un viejo llorar o a un niño fumar, salta a la visa que algo no va bien. Unos pies desnudos llamarían tanto la atención que enseguida le descubrirían y acabaría atado como la última vez, pensó. Si algo tenía bien claro Agustín era que no volvería a pasar por eso. Porque la vida, que hasta entonces se miraba desde una burbuja que olía al pasillo de su casa, al Navacerrada y puede que también un poco a rancio, se había convertido en un lugar tan frío y hostil que solo

quería dejar de pertenecer a él.

En la puerta observó al vigilante rondando la recepción de lado a lado. Tinito precisó en su cabeza el paso del hombre para poder salir sin levantar sospechas, porque también las máquinas estropeadas a veces arrancan. Siempre se le dio bien el cálculo y mal todo lo demás. “Tinito, tu tenías que haber sido, al menos, bancario”, le decía su tía. La luz de Madrid del mediodía vio salir como un rayo al niño viejo de la glorieta de Cristo Rey, cruzando hacia Francisco de Sales.

Casualmente, en el primer portal de esa calle residía Emiliano Revilla, liberado por la banda terrorista ETA años atrás, un relato que Marta le contaba a Paco con tanto detalle que parecía la reportera de entonces cuando, antes de empezar la transmisión, se dio de bruces con el empresario nada más ser liberado por el comando de Soares Gamboa. Y en ese mismo espejo de cristal, que eran los portales del Madrid setentero, se miró Tinito y no se reconoció de lo mayor que era, con una chaqueta de otro encima de un camisón, las piernas desnudas y unos zapatos que le hacían daño. Y en ese instante le atravesó la certeza de saberse al final de un camino que parecía haber comenzado con esa resaca de sueño y tristeza de la que no sabía escapar.

—Lo más acojonante, Paco, es que el pobre hombre encima pagó durante bastantes años más por su vida, ¿sabes?

—¿Y dónde dices que fue secuestrado?

—Dicen que en la Plaza de Olavide. Pero le liberaron justo en la puerta de su casa, después de negociar el rescate de mil kilos.

—Recuerdo cuándo le soltaron.

—Claro, fue justo delante de su casa, frente al Hospital Clínico, en Cristo Rey.

—¿Coméis los dos? —preguntó Inés.

—Hola guapa, sí. Oye, yo quería verte por lo de tu amiga, la de la carta que me dijiste. Ya la encontré.

—Ah, ¡qué buena noticia, Marta! Lo que no consigas tú… Luego me cuentas, anda. Además, voy a estar unos días fuera, así que me vendría al pelo poder dársela antes.

—Inés, hija, habla un poco mejor, qué es eso de venir al pelo —intervino Fernando que llevaba dos comandas sobre una bandeja

redonda de metal.

—¡No me dejes a medias, Marta!, ¿dónde le soltaron?

—En la puerta de su casa, en San Francisco de Sales.

Del reflejo del cristal había desparecido ya Tinito. Madrid regala a la hora de comer una tregua de siesta pequeña, un momento en el que todo para y parece renunciar a ser Europa, atrapada aún en siglos de aislamiento y desgana. Los portales cerrados, las persianas bajadas, los manteles cambiando de mesa a mesa, el cigarro del postre, el documental de la 2, la telenovela…

Tinito avanzaba para llegar a su casa y coger unos pantalones, aunque pronto se le quitó la idea de la cabeza al entender que desde el hospital habrían llamado a la Policía, que podría estar esperándole allí. Alguien habría dado aviso de que además había cambiado el historial del vecino, un señor al que le habían quitado el apéndice y ahora tenía un diagnóstico de trastorno bipolar. Se quedó dubitativo un instante frente a la calle Donoso Cortés. Le inundó el hambre cuando le alcanzó el humo de la hamburguesería del mismo nombre para comérselo a él un poco. Si por lo menos estuviera Nelson, pensó mientras se acercaba hasta la puerta. Encontrarlo frente a la plancha fue lo mejor que le había pasado en muchos días.

—¿Qué pasa Agustín?, ¿cómo estás?

—Hola, Nelson. ¿Me haces un favor? Es que no tengo dinero…

—¿Dos, con pan y carne?

Casi rompe a llorar al sentir el calor del parrillero. Algunos habitantes de Madrid oficiaban aún esa cualidad tan rara que se llama generosidad, con la que seguían tejiendo, como si fuera fácil, lazos invisibles que impiden que la urbe explote. Nelson llevaba haciendo las mismas hamburguesas desde ese pequeño local de Donoso Cortés los últimos veinte años y Tinito, que no vivía lejos, acudía cuando le asaltaba el hambre con la nevera vacía. Le encantaba el sabor de la carne, la sal de sus finísimas y ardientes patatas recién fritas y la cocacola sin hielo en vaso de tubo.

—Hacía tiempo que no te veía, Agustín, ¿cómo está tu tía?

—Se ha muerto. Creo que ayer o antes de ayer.

Nelson se quedó de piedra. Estaba acostumbrado a la espontaneidad

de ese cliente raro y tierno a quien tenía cariño, pero al verlo sin pantalones entendió que había perdido la cabeza del todo. Preparó las dos hamburguesas y se las dio envueltas en papel después de haberle servido una cocacola tamaño extra grande que Tinito ya había vaciado en dos tragos ansiosos. Al acabar soltó un eructo que solo un niño dejaría escapar. El niño que habitaba esa tarde en el cuerpo de Tinito miraba a Nelson tan perdido como el primer día de colegio y Nelson supo que todo estaba peor todavía.

—Aquí tienes, hombre. Hoy invita la casa. No te preocupes por el dinero.

Según posó el platito blanco sobre la barra, Tinito devoró la primera. Nelson lo observaba con aprensión, pero estaba demasiado liado para más, porque para las tres y media de la tarde el Don Oso cambiaba el turno de obreros al de estudiantes. Antes de que Nelson diese con la palabra adecuada Tinito ya había engullido la segunda hamburguesa, y tampoco encontró la forma de decirla. Sucede que cuando alguien quiere ofrecer un consuelo, a menudo comete la torpeza de hablar de sí mismo. Una reacción absurda, como darse el pésame a uno mismo sin que el otro sienta ni media lástima por ti. Y Nelson, que era de todo menos absurdo, prefirió no decir nada. Era una forma de respeto. Tinito, que no lo habría escuchado en todo caso, salió de Don Oso sin darle las gracias, con la cabeza perdida y la tripa saciada de niño grande que se había escapado de casa.

—¿Y tú desde cuándo estás metido en el lío ese de las sábanas?

—Marta, no hace falta detalles de todo, ¿no? Además, no veo lejos volver a Segovia, así que lo de tapar los cuerpos pronto será cosa de otros.

—Pero se trata de que vuelvas de una pieza y no destrozado por ver lo que no tendrías que ver y por limpiar lo que no te tocaría limpiar.

—Todo empezó cuando la vecina del segundo derecha presenció la muerte de aquel que se tiró antes de Nochebuena, ¿te acuerdas? El del seguro.

—Sí, claro. No se olvida una muerte así el día de Navidad.

—Pues le amargó la vida a la señora Rupérez. Tras gastar varias mantas propias, el Samur tuvo la deferencia de dejarme ese taco y, de paso, me pidieron que fuera yo quien les tapara. Al menos, los vecinos no tendrían que ver el cuerpo hasta la llegada de la Policía o de los Sanitarios.

—¿Y a cuántos has tapado?

—A trece.

Tras un silencio roto por el cambio de los segundos platos, Paco prefirió centrarse en el guiso de Fernando que en seguir pregonando su dura labor de tapa suicidas.

—Inés —interrumpió, Marta—. Tengo localizada la carta que me pediste, como ya te he dicho, de la mujer esa, Ana Rodríguez Bello, ¿verdad? Ha sido dificilísimo recuperarla. Pero se la tengo que dar a ella, previa identificación, entiendes que soy funcionaria, ¿verdad?

—¡Marta, eres increíble! Esta misma tarde se lo digo. A estas horas andará en su ruta monedero, ya sabes, pidiendo por ahí.

—Pues si te encargas tú, estupendo. Que la recoja en la oficina de la calle San Francisco.

—Gracias otra vez Marta. Ana lleva tanto tiempo sin un dominio fijo que estaba desesperada por tener noticias de alguien.

—Pues nada, hija, ya me contarás.

—La semana que viene me voy a Santander, pero cuando sepa algo te cuento.

—Anda, ¿te vas? ¿Y eso?

—Pues unos días a conocer un poco, de premio por la evaluación y porque conozco poco de allí.

—Me parece muy bien, niña. ¿Todavía tenéis parientes allí?

—Sí, está la tía Pilu, pero mi padre dice que es una vieja amargada y no sé si podré verla.

—Ya sabes, tu padre —añadió Paco.

—Pásalo bien si no nos vemos antes. ¿Vas con tu chico?

—¡Marta!

—Bueno, bueno —contestó Marta, mientras le atravesaban los dos cuchillos que tenía Inés en ese momento por ojos. Paco levantó las cejas.

—Voy a ayudar a mi padre. Gracias por encontrar la carta, Marta.

—¿Qué carta? —preguntó Paco cuando se marchaba Inés.

En ese momento llegaba don Francisco hasta la barra, entre el bullicio del final del menú. Como otras veces, el café lo tomarían juntos en la barra, así que se saludaron de lejos mientras seguían con el segundo plato. El cura esperó su turno de palabra mirando la tele y Fernando se acercó para servirle el primer café.

—Hola, don Francisco —saludó Fernando.

—Hola, Fernando, hijo.

—¿Todo bien, padre?

—¿Me decías algo?

Paco también observó algo distante a don Francisco. Sin decirle nada a Marta, siguió observándole mientras la otra volvía al relato de las balas de ETA.

—¿Sabes que tenían un piso franco en la calle Sagasta? Después de los atentados se encerraban semanas allí. La convivencia obligada les hacía cometer errores en sus planes, sobre todo a esa tía a la que llamaban La Tigresa, ¿sabes de quién te hablo, Paco?

—Sí, hombre, ahora sí. Esa salió en televisión y todo; tenían su cara en las entradas de todas las comisarías de Madrid. Recuerdo muy bien sus ojos verdes y su cara de loca.

Marta continuaba con su historia que solo Paco escuchaba porque don Francisco estaba cada vez más perdido en el horizonte de una pared de grasa y azulejos verde botella. Algo le pasa a este hombre, pensaba Paco, experto en calibrar humores, llegado ya el tiempo del café en la barra.

—Buenas tardes, don Francisco.

—Qué hay, hombre.

—Pues usted dirá.

—¿Cómo?

—No, si me va a decir ahora usted que es lunes todo el día, ¿no?

—Puf…

—Don Francisco, buenas —añadió Marta interrumpiendo su relato.

—Buenas, hija.

—Anda, Fernando. Échale un algo de potes al clero que parece que anda cojo.

—No, no —respondió don Francisco.

—Don Francisco…

—¿Qué demonios? Tampoco vamos a ir al infierno por eso. ¡Una para todos, Fernando!

Fernando puso los cuatro vasos sobre la barra. Inés, que les habría increpado por el bebercio, porque últimamente lo hacían de más, estaba en el turno de tarde del Mella, así que el comedor estaba medio vacío con los restos de tantos que comenzaban la segunda mañana del lunes. Fernando, con la costumbre de tantos años atrás, puso dos blancos, un pacharán y para Marta el de crema, que, aunque aparenta más suave, siempre fue de codo sabio.

—Usted dirá, don Francisco.

—Puf…

—¡Venga, hombre, que no tenemos todo el día!

—Me han colocado a uno nuevo, de esos que no se sabe para qué se ordenaron.

—¿A qué se refiere? —preguntó Marta.

—Ya sabéis, uno de esos que se han ordenado tarde y que no siente ni un pelo por Dios, ya ni os digo por la Iglesia.

—¿Y por qué no se sale?

—Eso es lo que no logro comprender.

—Ya le digo, don Francisco, eso es para seguir chupando del bote.

—Es algo más complicado, Paco. No logro entender por qué ha derrochado una vida de oportunidades y se conforma con ser un mero secretario de la comunidad en nuestra casa. Guardaba cierta esperanza

en que ese puesto lo ocupara quien tantos años ha estado ayudando en el buen funcionamiento de la Orden, Don Julián. Pero lo de este ha sido raro en todos los sentidos.

—¿Qué quiere decir? —insistió Marta.

—Pues que le han colado a uno que lo le gusta —contestó Paco.

—No se trata de eso…

—¿Y cómo se llama el secretario nuevo?

—Tiene la mirada rara —siguió don Francisco.

—¿Pero cómo se llama? —insistió.

—Eso es lo de menos, hija.

Marta tenía ahora otra cosa en mente. No podía dejar de ser esa persona que sueña con tramas y golpes de mando, alimentada por cada página de los libros que devoraba y tan presente en aquel bar en el que estaban pasando demasiadas cosas a la vez. Don Francisco no era como el resto de los que llevaban sotana. Tenía la voz como un hombre y no como un cura. No se sabe cuándo ni quién dictaminó que un sacerdote debe tener voz de afligido, ni tampoco cuál es el motivo porque el que pueden sentirse afligidos. Marta notaba ahora en él una tibieza que escondía algo más profundo, un dolor que había dejado noqueado al padre, al cura de bien, al hombre bueno. Paco también lo había notado, aunque no se hubieran dicho ni una palabra al respecto. Ambos lo estudiaban con atención porque esa cara de pasa rezaba un roto que no se cerraba. Una estampa, por otra parte, muy parecida a la que Fernando llevaba poniendo los últimos días y que no solo Inés había visto venir para quedarse.

Por Eduardo Dato circulaba a esa hora Tinito, confuso de tanto cambio, de entrar y salir de sitios que no le gustaban, en un entorno hostil, atiborrado de todo lo que le desgastaba. Aún no habían llegado los niños al parque, ni tampoco los zombis del final de la movida, que aterrizaban por allí más tarde, aprovechando los papeles de plata de las chocolatinas para fumarse sus micras con un poco de chorizo de Pamplona para tapar el hambre por partida doble con esa prisa que da la droga, que lo mismo vale para entrar que para salir. Sentado en un banco Tinito miraba a las palomas y a algunos gorriones picoteando entre restos de pan y plumas, sintiéndose perdido como un niño viejo rodeado de nadie. Había perdido toda referencia, el Navacerrada, a su amigo el camarero, los buenos días, el hasta luego, el qué tal Tinito,

cómo va todo, el silencio, a su tía, que no volvería a llamarle. Y se sintió más solo que nunca. No temía morir, quedarse aquí era peor que vivir en el infierno. Con una tranquilidad tan natural como inevitable, Tinito se levantó del banco de madera y siguió su paso bajando Eduardo Dato, mirando de frente cómo la ciudad continuaba hacia el cielo, el puente de Juan Bravo sobre el río invisible que era la Castellana. Caminó por el carril derecho que formaba el puente, el menos transitado por ser más estrecho, y llegó hasta la mitad, justo donde se podía sentir la rasca de la sierra y el vértigo de los coches bajo sus pies. Agarró con las dos manos la barandilla, mirando el cielo que ya amarilleaba. El humo de los coches y el ruido de tarde de un día cualquiera apenas le rozaban. Su cabeza escacharrada se aferraba a las tortitas con nata, a la laca que le entraba por la nariz cuando la acercaba al cuello del abriguito de garras de astracán de su madre.

Miraba con miedo a los coches. La rapidez del cálculo mental que tan bien se le daba le anunció que era más que posible que con esa altura no se matase del todo, salvo que fuera un parachoques quien le diera el pase al trono. Demasiado dolor y demasiado escándalo, pensó. Y por eso decidió soltarse y seguir subiendo hacia Serrano. Los pies le dolían cada vez más, pero no lo suficiente como para detenerse. Las piernas como dos palillos exhibían unos pelos escasos, erizados por el frío. Aquel puente no era lo bastante alto, no lo era, no. No habría servido más que para romperse algo y volver al hospital, un desastre. Bajó Serrano entero hasta la Puerta de Alcalá. La gente se apartaba y le miraba raro, mucho mejor, decía Tinito para sí, no los conozco de nada. Los relojes aún no marcaban las cinco. En la calle comenzaban a amontonarse los que iniciaban su huida de Madrid, porque en ese barrio la gente se iba a al campo, a cazar, a las casas grandes de amigos iguales que ellos. Los coches iban llenos de maletas de viaje corto, bolsas y bolsos, y flores y cosas, porque la gente que viaja los fines de semana tiene muchas cosas, no se sabe si bonitas o feas, por ser tantas. Tocaban el claxon, impacientes por el atasco que organizaban los que aparcaban en la milla que aún era de plata para comprar más cosas todavía. El noventa y ocho fue el año en que el actor americano Danny de Vito preguntó en una visita a Madrid que dónde estaba el tesoro al ver todas las calles levantadas. Obras por todas partes, y zanjas, muchas zanjas que Tinito tenía que esquivar para no caerse en alguna. A Tinito ese trajín le robaba la poca cordura que le quedaba. No tenía nada que lo agarrara aquí, todo eran problemas y dificultades para un hombre como él que solo quería silencio y, de vez en cuando, una voz amiga para no sentirse tan huérfano de todo. Para no querer morirse.

Una vez, en alguno de sus días largos de noes, Tinito escuchó a su

madre, o puede que a su tía, que matarse era un delito. Que si se intentaba suicidar iría a la cárcel. Puede que fuera una amenaza porque él pensaba mucho en la muerte cuando dejaba de tomarse las pastillas. Cuando Tinito era Agustín y había que tomarse de mañana, de tarde, de noche la dosis que, si bien le mantenía en calma, también le robaba la alegría. Pero de todo eso se ocupaba su tía cuando se murió su madre. Ahora sin ninguna de las dos se había roto el último hilo con lo que fue su vida. Tinito quería fumar, quería una cocacola, quería irse de esa ciudad ruidosa, esa tarde de viernes en la que la primavera acechaba, disfrazada de atardeceres suaves y chaquetas ligeras sobre los hombros de hombres y mujeres que no se parecían a nadie.

Si no tengo a nadie que me llore si me muero, qué más dará lo que haga, pensaba Tinito, sabiendo que tenía más razón que un santo. Aunque no podía desprenderse del sentimiento cristiano de no poder poner fin a una vida que, como le decían su madre o su tía, que lo mismo daba, no solo era un pecado sino también un delito. Aquel viejo asustado con alma de niño se lamentaba de un sistema que, además de rechazarle como libre, también le repudiaba como delincuente. Y con ese dilema siguió caminando, que Madrid no tenía fin si lo que se buscaba era un lugar que le resolviera sus problemas, la cumbre que le llevase al cielo al que pensaba bajar Tinito.

—¿Qué es todo ese revuelo de ahí fuera? —señaló Paco, cortando la conversación de la barra del Esperanza y dejando en la pregunta una angustia conocida por todos y que les impulsó como una flecha a la puerta del bar, con don Francisco a la cabeza.

Un hombre sin pantalones se había colado frente al otro lado de la barandilla del viaducto y un grupo de gente se agolpaba curiosa a su alrededor. Don Francisco se apresuró hacia la mitad del viaducto para tratar de ayudar, justo al tiempo en que un coche de policía municipal detenía en seco su marcha. Fernando y Paco siguieron al cura hasta el centro del tumulto, todos con la prisa por llegar antes de que fuese demasiado tarde.

Del coche de policía se bajó uno de los agentes, colocándose la gorra al tiempo que cortaba el tráfico de los coches ante el alboroto que se había formado. El otro agente, tras abandonar también el vehículo, se dirigió hacia donde estaba el hombre de mediana edad dispuesto a saltar en camisón desde el sitio más alto que había encontrado tras buscarlo por toda la ciudad de Madrid.

—¡Oiga usted! —gritó el agente.

Aquel hombre, aturdido por el alboroto y asustado por el tono del policía, no pudo esquivar una orden y se detuvo, aferrado a la barandilla con todas sus fuerzas mientras giraba la cabeza hacia el agente.

—¡Pero es que no sabe usted que eso está prohibido! —pronunció todavía más enfadado el patrulla uniformado.

—¡Dese la vuelta inmediatamente!¡Es una orden!

La llamada de la autoridad le hizo dudar un chispazo de segundo, suficiente para que don Francisco agarrase a Tinito por los hombros mientras que Paco y Fernando ayudaban al policía, que se había pasado al otro lado para traerlo de vuelta a este mundo. Una ambulancia llegaba por la calle Bailén, esquivando la valla que amontonaba a los chicos del Mella y del San Lorenzo junto a la esquina de Mancebos. En el bar, Marta se había quedado sola ante la súbita escapada del resto. Curiosos y vecinos comentaban el nuevo caso que sería viejo en pocas horas. Muchos de ellos estaban tan acostumbrados a los saltos que en ocasiones tan solo buscaban desde arriba lo que el pánico evitaba que miraran por abajo. La verdad que escondía la muerte era demasiado real y cruda como para contemplarla estallar. Siempre era mejor estar pero no participar del todo. Quedarse al margen lo suficiente para sobrevivir.

Marta miraba atónita la escena desde la ventana del Esperanza. Cuando se aseguró de que los policías tenían al desgraciado a salvo y tumbado en la acera, no pudo contenerse más y salió corriendo para ver el final de una historia que esta vez no acabaría mal del todo en el puente de los suicidas. Al menos esa tarde se había evitado una desgracia.

Al día siguiente Tinito estaba abrochado pero vivo. El expediente con su historial médico y los demás apuntes de una vida adormilada en la bipolaridad estaban a los pies de una cama de la Fundación Jiménez Díaz, bajo la supervisión del especialista en enfermedades mentales. El protocolo de suicidios incluía la visita de una licenciada en patologías como la de Tinito, a la que miraba resentido y callado. Su mandíbula desvelaba un bruxismo que le dolía en los nervios de la boca. De un modo u otro, todo había vuelto a empezar. Pero esta vez, al menos, ya no sonaba el maldito teléfono de su casa.

7. Nunca seremos como nos quisimos

La mañana siguiente, Inés desayunaba en la cocina de su casa esperando a que su padre apareciera para empezar con las tortillas. Había escuchado lo que pasó con el intento de suicidio y le habían contado en el parque que su padre había ayudado a coger al tipo antes de que saltara. Lo habría visto de no haber sido por lo que le pasó la noche anterior con Diego, al que llevaba varios días evitando sin otra razón que lo raro que notaba a su padre últimamente y que el viaje la tenía demasiado ocupada. Lo que más le molestaba era que Diego no entendiese que su vida no iba solo con él, por mucho que ella siguiera sintiendo lo mismo. Le quemaba que él, que la quería tanto, no entendiera que la preocupación por su padre crecía a medida que aumentaba el número de cuerpos despanzurrados a pocos metros del bar. Demasiadas tragedias enfrente de sus ojos, demasiadas vidas rotas contra el asfalto estaban rompiendo el dique de contención que había construido para protegerse y protegerla a ella. Se mordía los labios por tanto pasado que no entendía, la amenaza de saber si había algo en él o en su abuelo que lo conectara de manera directa con los suicidas del Puente de Segovia. No tener referencias familiares había llenado de ideas siniestras la mente de Inés. En su empeño por rellenar los huecos de todo lo que no sabía se le mezclaban las muertes de desconocidos con la depresión de su padre, el arraigo hacia una tierra que la huida había tapado años antes y los celos de Diego. Demasiado para sus dieciséis años. Inés no dejaba de pensar si estas cosas se heredaban y por eso su padre no nombraba jamás a su abuelo ni contaba nada sobre su muerte ni sobre el motivo de su viaje a Madrid. Todo en un castillo de dudas que le impedían concentrarse en las cosas de cualquier chica de su edad: el amor, los amigos, el futuro. Los pasos de su padre llegando a la cocina la sacaron de sus pensamientos y se apresuró para dejarle algunas patatas sobre la encimera.

—¿Cómo has dormido hoy, papá?

—Hola, hija. Algo, pero tampoco a pierna suelta.

—Me contaron que ayer tuviste una tarde movidita…

—Bueno, al menos conseguimos que no saltara otro pobre hombre. Le llevaron los de Samur Social, no se acordaba ni de quién era.

—Papá, comprendo que tú no puedas dejar el bar, pero yo necesito ir a Santander. Antes de salir me gustaría que me ayudaras a encontrar un poco más de información del abuelo. Siempre evitas el tema cuando te pregunto de qué murió…

—Hija, sabes que no me gusta hablar de eso. Tu abuelo era un hombre de mar y sabes que en la mar pasan cosas horribles.

—Pero después de todo lo que pasa aquí no dejo de pensar si él también prefirió quitarse de en medio, papá….

—Deberías dejar de pensar en cosas raras y centrarte en tus estudios. Tu abuelo está muerto. Fin de la historia.

La brusquedad de esa respuesta la asustó. Inés quería decir más cosas, por ejemplo que se sentía sola, que estaba asustada, que estaba cansada de hacer como si nada y que él ya no era un refugio porque se estaba convirtiendo en alguien desconocido, lejano, frío y adormilado. Pero sabía que su padre no podría aguantar sus reproches y, una vez más, calló.

Fernando seguía mudo, enfrascado en preparar las primeras viandas del Esperanza. Su silencio convenció a Inés de que tenía que irse esa misma tarde, después de resolver lo de Ana la friolera. Tenía ahorrado un dinero, no mucho, lo suficiente para el autobús y dos noches en alguna pensión barata. Llevaría bocadillos en la mochila para no tener que gastar de más.

—Bueno, papá, hoy me tengo que ir yo un poco antes.

—Entonces, ¿no te guardo churros?

—No. Hoy no —y le rozó el beso de no estar diciendo toda la verdad.

—Ten cuidado, anda —contestó Fernando rescatando la ternura con la que siempre le hablaba a su hija, como avergonzado por la dureza de antes.

Salió aún con el cielo sin despertar del todo. No tenía la calle salvo el eco de alguna voz que terminaba la noche por la Latina. Bajó hasta la Redondilla por la plaza de la Paja y acortó por Mancebos para llegar al viaducto antes de que marchara Ana para comenzar el día mendigándose Madrid. Lo mejor que tenían esas primeras horas era la forma en que unos desaparecían dejando la calle para otros. Aquellos que madrugaban se cruzaban con los que aún no habían dormido. Los vampiros que hacían ayer de la noche madrileña tan golfa y alegre

como cruel y rota, cambiaban en un instante por los que inauguraban las aceras camino del trabajo, esforzados cumplidores de un porvenir escaso que apenas dejaba más rédito que el de la mera supervivencia.

Inés dejó de lado la verja cerrada del Esperanza y comenzó a bajar las escaleras para verse con Ana y contarle que había localizado las cartas a su nombre, perdidas entre varias oficinas de correos y que nunca le llegaron desde que la habían desahuciado de su casa. La historia se las traía, pero como suele pasar con las más duras la de Ana había transcurrido en el silencio que su dignidad le exigía.

—Ana, buenos días, ¿estás despierta?

—No, hasta que empezaste a hablarme, querida.

—Marta, mi amiga, la de Correos, ha encontrado tus cartas. No te creas que ha sido fácil. Tienes que recogerlas en la oficina de la Carrera de San Francisco. Está justo delante de la basílica, sabes cuál te digo, ¿verdad?

—Sí, sí, claro que sé cuál dices, ¿en qué horario está tu amiga?

—Normalmente ella está de reparto, pero tiene a toda la oficina esperando a que vayas a por ellas. Si vamos antes de las 11, te acompaño.

—¿Y la escuela?

—Esta tarde cojo un bus a Santander. Quería que dejáramos esto arreglado antes de irme.

—Pues vamos a las ocho y media, si quieres. ¿Hoy no te has acordado de los churros? —dijo un poco avergonzada—. Es que hace frío…

—Hoy tengo alguna que otra cosa más que hacer. Nos vemos en la esquina de la iglesia a las ocho y media entonces.

Volvió sobre sus pasos, pero solo hasta subir el viaducto. Se asomó para comprobar que Jacinto dejaba la bolsa de churros y el pan. Su padre revisaba la verja que protegía la puerta de cristal que tantas veces se había roto. Generalmente por patadas de algún borracho, aunque también recordó la vez que la rompió ella, en las fiestas de las Vistillas el verano pasado, para coger la llave escondida detrás del bidón de la puerta, algo que nunca le confesó a su padre. Esa mañana no vería a Diego, pero debía volver hasta su casa aprovechando que su padre no estaba. Necesitaba comprobar algunas direcciones y números

del listín telefónico antes del viaje.

Entró en su casa, un pequeño piso de dos habitaciones, una cocina minúscula, una salita y un baño. Olía a aceite y a patata, los ingredientes con los que Fernando había construido una vida de dos en Madrid. Al llegar hasta el cuarto de su padre, Inés paró sujetando el marco de madera de la puerta: le impresionaba lo ordenado que dejaba todo, como evitando que la mujer que no tenía le pudiera regañar si se dejase abandonar siquiera un poco. Respiró profundamente y fue directa a la mesilla de noche. Revolvió algunos papeles y carpetas pequeñas, viejas fotos de Comillas en las que no salía nadie que conociera y alguna carta de su madre de cuando era como ella. Nada que resolviera su búsqueda. Sentada sobre la cama de su padre escrutaba cada rincón de ese cuarto, que tan bien conocía. Le entró una involuntaria añoranza de las noches que se había quedado allí, en el lado que nunca debió estar frío y en el que la pequeña se envolvía buscando el calor de su madre, con Fernando roto al lado viéndola echarla de menos, sin poder explicarle la cura para no tener que padecer ese primer roto que la vida le dio a esa niña. Hasta que un día Inés dejó de dormir en ese cuarto, creciendo de nuevo antes de lo que le tocaba. Pero ella era así de rápida o puede que no tuviera más remedio que hacerse mayor deprisa.

Un rápido repaso a la cómoda y al armario no aportó ninguna pista. Miró de nuevo a la mesita de noche y la giró. Del otro lado apareció un cajón, casi una bandeja plana que guardaba dos carpetas finas. En la primera estaba la esquela de su abuelo, muerto tres años después de nacer ella. Leyó deprisa:

Nando Corbal, lobo de mar, desapareció el día 20 de abril de 1982 frente a Cabo Menor, en la ciudad de Santander. No deja familia. Sus amigos de la cofradía del Carmen.

¿Cómo que no deja familia? Siguió mirando algunos papeles, entre ellos, la carta de un amigo del padre cuya letra no entendía bien. Algunas de las frases sí las pudo descifrar, como la que rezaba: Nando sabía dónde pegaba fuerte en galerna, nunca creí…; o: de todos modos, hiciste bien en marcharte… Llegó hasta la firma: Samuel. En la otra carpeta encontró algunos recortes del Diario Montañés de 1984. En uno aparecía su abuelo con un ejemplar de bonito que pesaba 350 kilos y que batió el récord de Cantabria, de la Montaña de Castilla,

como la llamaban antes. Sonrió al ver la foto de su abuelo, aunque también sintió una falta mucho más honda que solo se curaría cuando llegara a la estación de buses de Santander. Terminó de prepararlo todo y salió hacia la esquina de San Francisco donde había quedado con Ana para recoger sus cartas.

El No deja familia la dejó absorta en una nueva incógnita que la obsesionaba. De pronto, Fernando dejaba de importar, Ana la friolera dejaba de importar, Diego, ¿qué Diego?; solo importaba llegar a la razón por la que no deja familia tuviera un sentido en la familia que Nando sí había dejado.

Encontró a Ana de pie, distinta de cuando pedía o se movía por las calles del barrio. Parecía otra mujer, serena, digna por fuera, sujetando los nervios ante el inminente regreso de su pasado o del presente roto desde que se quedó sola, sin una peseta y desahuciada por las malas decisiones que tomó antes de huir.

—Recuerda que necesitamos tu DNI.

—Lo tengo, niña. Espera que lo busque.

—Me gusta mucho ese bolso.

—Ya, lo guardo para los días especiales.

—Vamos, hoy será uno de ellos.

Marta había dejado las cosas dispuestas. Un paquete de cartas atadas con gomas guardaban los últimos ocho años de Ana, los mismos que llevaba arrastrando el silencio de una derrota que la llevó a vivir en la calle. Al hacerle la señal para que sacara el documento que acreditaba su identidad, Inés notó incluso que llevaba los labios un poco pintados, como si acudiese a una entrevista de trabajo. Ana recogió su paquete y abrazó a Inés subiendo el primer peldaño que la separaba de la verdad.

—Ana, te dejo con todo esto. Yo me voy a Santander y en dos o tres días vuelvo y me pones al día, ¿te parece?

—Gracias, niña. Sin ti esto no habría sido posible. Encuentra tú también lo que buscas.

Se fundieron en otro abrazo en la puerta de Correos y Ana tomó el camino de regreso a su refugio bajo el viaducto; esa mañana no tenía más obligación que leer su pasado reciente. Se perdió por la calle

Bailén volviendo a encogerse, sin la altivez de su paso por la oficina de Correos. Chepuda ahora, doblada de cuello como si el cuerpo pesara el doble por las cartas que sujetaba con las dos manos.

Inés se fijó en la hora que marcaba el reloj del termómetro en la rotonda de San Francisco con Bailén. Debía coger el metro hasta avenida de América para no perder el bus. Le daba el mismo miedo no saber que conocer todo lo que ignoraba, pero lo único importante era la verdad. La carta de Samuel a su padre había abierto las compuertas de sus dudas y ya no iba a conformarse con más silencios. Lo que decía la esquela de su abuelo ya no se borraría jamás. No iba a parar hasta encontrar una explicación a tanto enigma.

Javi, desde el quiosco, vio sentarse a Ana en uno de los bancos del parque. Llevaba sobre las piernas un paquete de cartas y no parecía tener ninguna prisa por abrirlo. Ese vacío que duraba más de ocho años no podía llenarse de golpe. Ella había aprendido a esperar.

Paco trabajaba en la portería. Fernando atendía el bar. El día caminaba como el barrio de Las Vistillas, que a cada poco se acercaba más a la primavera y con ello, a la escalofriante época en la que los suicidios, como el calor, aumentaban.

Don Francisco seguía su mañana a oscuras por los nuevos acontecimientos. El secretario escondía mucho más de lo que enseñaba. Tenía cara de pecado, como dijo en el bar después de salvar a Tinito. También hablaba con voz de cura afligido, esa que a él le reventaba, pues parecía como si les hubieran castrado al recibir el clériman. Era un tipo ni gordo ni flaco, de esos que coleccionaban un sobrepeso más de sillón que de grasa, que la vida de presbítero siempre fue más de paso que de carrera, y eso se notaba en los cuerpos de los clérigos a medida que cumplían nochebuenas, salvo en don Francisco, que seguía gastando hechuras de leñador. El páter se acercó al quiosco de Javi como quien va conociendo el nuevo barrio que el Obispado le había regalado en Madrid. Algunos barrios de la capital son como pueblos pequeños, todo se sabe, y si no, se adivina. Así que Javi reconoció al nuevo secretario que su amigo cura les había descrito en aquel hombre blando y melifluo que se acercaba a su quiosco. El tipo observaba la zona de revistas y se decantó por llevarse Época e Interviú, que, aunque sacaba en portada las tetas de una actriz de Televisión Española, contenía también algunos artículos de investigación como excusa, por muy mal que se viera una sotana agarrando esa publicación. Javi, sin decir nada, como buen vendedor, enrolló las revistas impidiendo indiscreciones, cosa que agradeció el cura, que ya estaba alargando su mano para apretar la de Javi.

—Muchas gracias, caballero —dijo con voz aflautada.

—Encantado de saludarle, páter, ¿es usted nuevo por aquí?

—Acabo de llegar a esta gran parroquia para labores del despacho parroquial.

—Pues ya sabe dónde estamos páter. Yo soy Javier. Y es una catedral, páter, no una parroquia.

—Disculpe mi imprecisión.

—Son categorías.

—Por supuesto.

—Ya sabrá entonces dónde sirven el mejor pincho de tortilla del barrio, ¿verdad? Justo ahí —dijo señalando al Esperanza.

—Pues un día lo probaré, Javier.

—No me ha dicho su nombre, padre…

—Ah sí, disculpe. Ricardo, me llamo Ricardo.

—Ya sabe dónde estamos —se despidió Javi.

El padre Ricardo volvía a cruzarse el parque de las Vistillas rumbo a Bailén y al refugio de la catedral blanca. Hacía lo que cualquier tipo recién llegado al barrio: ir poco a poco haciendo más grande el círculo nuevo. No se fijó en Ana la friolera, que seguía igual, con las dos manos agarrando las tres cartas con los sobres escritos a mano, después de descartar las que no le importaban: requerimientos legales, certificados de juzgados, asuntos que ya no le incumbían. Para Ana lo único importante era saber que Eva, su única hija, había intentado buscarla.

Hola mamá

Ha pasado mucho tiempo y, aunque no hay día que no recuerde a papá, también me acuerdo de ti. Hace dos años que murió. Te mando mi número de Barcelona, es el 93722327. Cuando recibas la carta, por favor, llámame. Creo que será más fácil para mí dar el primer paso. Todo lo que te dije fue terrible y siento de corazón haberte hablado así.

Lo más triste es que una no se da cuenta de lo que tiene hasta perderlo.

Te quiero mucho,

Eva

Al principio dudó si abrir los dos sobres siguientes del mismo remitente. No sabía si prefería seguir sin saber, aun teniendo las pruebas delante. Como cuando se tiene el resultado de una prueba médica y la incertidumbre puede ayudar a la ilusión de una esperanza o arrasarla del todo. Ana acumulaba demasiada culpa, demasiados años de pena, desde ese día en que perdió a su marido, a su hija y, después, su casa. En tal orden de golpes secos.

La avenida de América era la entrada más fea de la ciudad. Las Torres Blancas, obra del arquitecto Oíza, bajo sus pies y el Rockola eran lo único salvable de ese norte que miraba bizco a la derecha. El Rockola llevaba cerrado desde la pelea en la que palmó un rockero en el 86, así que ya solo quedaban las torres. Una esquina la dominada el brutalismo de UGT y sus bares de abajo; la otra, desde Paquito Silvela, como decían los de la zona, terminaba frente al intercambiador de buses y la cafetería Hontanares de olor a tostada con mantequilla quemada de plancha, sándwich mixto y porras. Montones de vasos de café mediano, restos de labios en todos, más humo, más ruido, más Madrid de punta a punta de la barra. Por fuera, la gente de siempre, la que habita alrededor de los viajes, gente de paso, de aquí, de allá, de todos lados y de ninguno, porque muchos solo van a ver o mirar, sin maleta ni peseta alguna. También vendían La Farola, pedían limosna o te picaban la cartera o el bolso entero ciudadanos del centro, de lo sucio, afectos a lo ajeno. Allí reinaban los camareros que parecían funcionarios, delantales rojos, camisas negras que apenas disimulaban las tripas blandas, de los que decían hola con las cejas y al pagar voceaban de lado a lado “bote”, sin demasiado entusiasmo. Mucho anciano, poco niño, servilletas en el suelo. Iberia mandaba en un cartel eterno en lo alto de una torre de edificios para demostrar que de Madrid solo se escapa por el cielo.

Inés dudaba si entrar o no porque aún quedaba media hora para la hora del Alsa a Santander. Harta de bares, prefirió esperar en la estación de gas y humo, aún abierta a cal y canto para que no fueran más oscuros sus andenes de paso. En el billete estaba marcado el número siete. El bus era tan grande como su angustia por saber por qué la esquela de su abuelo mentía al decir que ella no existía. Ni

siquiera se lo pudo contar a Diego. Le quemaba no poder hacerlo, pero temía que Diego se hartara de todas sus dudas y la acabara dejando. No ayudaba el ruido de las apisonadoras que rompían el suelo a su alrededor. Había muchas obras, perforaciones, grietas, martillos hidráulicos. Un nuevo intercambiador enterraría bajo el suelo el trajín de buses que iban al norte. Todo iba a cambiar muy pronto, pero la ansiedad que provoca una estación seguiría igual para los que esperan.

Las preocupaciones de Inés se difuminaron, jugando a adivinar a qué vendrían los que bajaban de los otros autobuses, aquellos que llegaban a una ciudad de la que ella escapaba. Imaginaba si la señora que vio descender del que venía de Palencia lo haría por ver a un familiar o si, como hizo su padre, estaba escapando de algo. Un chico pequeño esperaba solo en el mismo arcén. No tendría más de once o doce años. Le acompañaba un uniformado empleado de la estación hasta que subiera al autobús. Su destino era La Coruña e Inés pensó en las más de ocho horas que se tragaría el pobre guaje hasta que le recogiera quien fuese. Debía de ser un hijo maleta de fin de semana, un juguete roto de dos que no se entendieron; pero qué más da, los niños son fuertes, ellos pueden con todo lo que les pongas por delante, son así de duros, mucho más que los adultos. O esa era la justificación para no tenerles en cuenta y que las equivocaciones de quienes deberían cuidarlos pesaran menos.

Mientras, el bar Esperanza ya notaba la ausencia de Inés. Se acercaba la hora del menú y este jueves Fernando tenía reposando su cocido en dos vuelcos, con algunos primeros clientes hambrientos sentándose ya, los vinos, la tertulia que ganaba espacio a la semana, uno vendiendo cupones, dos señoras esperando la tapa, el ajetreo que tiene el bar que es una ciudad dentro de otra. Fernando disimulaba mal su mosqueo por la mesa de jóvenes que no dejaban que rotara para otros más gastones, con hambre no solo de ellos mismos. Se acordó de verles días atrás, cuando Inés les dio un toque porque al bar se venía a comer y no solo sus bocas de primer amor. Una parejita nada discreta, esparciendo feromonas por el aire, esas que, al contrario que los virus, no contagian a quienes ya han abandonado las ganas y solo se ponen malos por saberlas perdidas. Aquí no, se decía Fernando. Javi le miraba porque le conocía bien y tan solo esperaba el momento en que interviniera. No debía faltar mucho, era cuestión de dos o tres clientes más pidiendo una mesa para el cocido.

—¿Te lo traigo a la barra?

—No, estoy esperando a Marta.

—Hoy la cosa va de parejas. Si se te queda frío, no te quejes.

—Anda que te sienta bien quedarte sin la niña, eh, madre mía.

Entró un tipo que sin duda era periodista. No hacía falta que le delatasen su chaqueta de tres días, los zapatos gastados de andar a todas partes, la libreta que asomaba del bolsillo. La impertinencia con la que se presentó ante Fernando delante de Javi, cortando la conversación de los dos, dejaba claro su oficio.

—Buenos días, vengo del periódico El País, ¿podría hacerle algunas preguntas?

—De primero sopa y de segundo el resto del cocido.

—¿Perdón?

—Me temo que es lo único que sabría contestarle.

—En realidad busco otra información.

—¿Entonces?

—Es sobre los suicidios. Me imagino que, con la cercanía que tiene al viaducto y después de los últimos titulares que hemos conocido en prensa, algo podría aportarnos para el reportaje.

—¿Usted qué pretende? ¿Que vengan aquí a saltar todos los que quieren matarse en España?

—¿Perdón?

—Usted, que es periodista, ¿no ha oído hablar del efecto llamada?

—Pues parece que no contar lo que pasa no es una táctica que haya dado ningún resultado.

—Unos cristales deberían poner. O vallas. Algo que les haga desistir de esta locura.

—Quizá si tratáramos el tema de frente podríamos conseguir que sonase un poco más fuerte todo este problema en la ciudad.

—¿Usted se piensa que es un problema de Madrid? — preguntó Fernando un poco más alterado.

—Mire, le agradecemos su interés, pero aquí en este bar hemos visto

de todo, no es casualidad, ¿sabe? —interrumpió Javi.

—¿Qué quiere decir?

—Que no vamos a hablar. No creo tampoco que a nadie en el barrio le interese hablar. ¿Sabe dónde debería ir? Al ayuntamiento; esos deberían dejar de buscar el tesoro levantando todas las calles y arreglarnos un poco a los que vemos esta pena cada semana.

—¿Cada semana?

—Javi, al final este tío te saca todo lo que piensas —añadió Fernando mientras acudía a la mesa de los adolescentes a pedirles la comanda.

Llegaba Marta, a la que Javi esperaba para comerse el cocido. Lo hacía en compañía de Paco, a quien había recogido en su portal antes de subirse al Esperanza, así que ya no serían dos sino tres. Fernando ya les tenía preparada la mesa de la esquina, la que les gustaba.

—¿Esperamos a don Francisco?

—No creo que venga. Otro que está un poco nublado últimamente —añadió Marta.

—Pero ¿podríamos comentar algunas cosas sobre lo sucedido? —insistió el plumilla, algo cortado por el poco caso que le hacían.

—De verdad, prefiero no hablar, gracias —respondió.

Solo Marta se retrasó un poco acompañando al resto. Fernando colocaba el mantel, Javi y Paco esperaban junto a la mesa, y ella, que siempre tenía más cosas en la cabeza, se paró para hablar al juntaletras:

—Hoy es un día muy difícil. Yo soy Marta. ¿Qué estás buscando?

—Algo de información sobre los suicidios. Es un tema muy complejo y nadie quiere hablar.

—Normal. No es algo muy agradable para hablar. Y entonces, ¿dices que eres periodista?

—Sí, de investigación.

—Pues no sé, quizá podríamos ayudarnos mutuamente.

—¿Qué quieres decir?

Paco, desde la mesa, hacía señales a Marta para que no se demorara. Javi miraba el mediodía de la televisión, que mutaba de teletienda a programa barato de resumen de cotilleos en la Televisión Española, Fernando volvía de la mesa decidido a dejar libre cuanto antes la de los adolescentes besucones y Marta se volvió al periodista antes de acompañar al resto de su cuadrilla.

—Necesito saber algo de información de un tipo. No sé si es tan turbio como me lo imagino. Si me ayudas con eso, te ayudo con lo que estés buscando sobre los suicidios. Aunque te aconsejo que no preguntes mucho por allí. Es un asunto muy doloroso para cualquiera.

—Toma mi tarjeta.

—Muy bien. Te llamaré en cuanto pueda para pedirte la información que estoy buscando.

—Pues muchas gracias, señora, la estaré esperando.

—No me des la mano que si no ahora tengo que explicarme — respondió Marta seguida de Fernando, que salía de la cocina con la sopa echando humo.

Mientras en la mesa de Romeo y Julieta seguían estirando la fanta de naranja de toda la mañana. Ni siquiera se movieron cuando el dueño del bar volvió a insistirles en que tenía gente esperando. El chico estiró el brazo para coger un trozo de papel sobre el que los dos parecían haber escrito algo. En el gesto descubrió la B marcada a punta de compás sobre la muñeca. Ella también llevaba una marca, una J, mucho más grande y más profunda. Y entonces algo dijo él que para ella fue definitivo, o al menos todo lo definitivo que pueden abarcar dieciséis años de vida. La chica se levantó de la mesa como movida por un resorte, llamando la atención de todos los que estaban alrededor. La silla calló al suelo con estrépito y ella salió del bar en un salto felino y furioso, dejando en el ambiente una estela de desgarro. El desamor abrasa no solo a quien lo padece, sino a quienes están cerca, sobre todo si ya no son jóvenes, porque entienden lo que fue sentirse alguna vez un dos sin uno, un fraude de uno mismo. Fernando, atónito por la escena, no quiso apretarle más al chico para que se fuera después de aquella escena. La cuadrilla se solidarizó con él sin hacer un gesto y de nuevo Fernando se acordó de cuánto le faltaba Inés; ella, que habría resuelto en un segundo este embrollo. Qué incómodo. El chico ahí sentado, con la mirada perdida y la boca amagando un puchero infantil. Se levantó trastabillando para dirigirse a la barra.

—¿Qué le debo?

—Teníais una fanta nada más, ¿no?

—Sí, compartida.

—Pues venga, anda, tira y que te sea leve, chaval.

—Gracias —dijo sin apenas levantar la barbilla del pecho.

El joven abandonó el local con la misma prisa, buscando lo que para él debía de ser todo. Se olvidó del papel con la urgencia. Fernando, que quitaba el vaso y colocaba un mantel para seguir el turno, se percató del trozo en el suelo y lo cogió por si acaso fuera importante. Lo leyó deprisa. Yo Bea y yo Juan (con distintas letras), declaramos que nunca jamás podremos —tachado podremos— declaramos que nunca jamás seremos tan felices. Por todo ello…. Las frases se cortaban en tachones, garabatos, inicios de palabras que no decían más y Fernando, que estaba solo y con doble carga por la ausencia de Inés, no prestó más atención.

—Vaya jaleo se tienen los jóvenes, Fernando —comentó Javi.

—Esa pareja vino hace unos días, ¿verdad? Andaban comiéndose a besos en la misma mesa. Creo que tuvo que intervenir Inés para decirles que corriera el aire —dijo Paco.

Juan la buscaba desesperado. Nunca antes se había sentido tan angustiado, como si todo fuera a estallar si no encontraba a Bea. Cómo es posible que duela tanto, se decía, estirando el cuello por si apareciera a lo lejos, delante, detrás, en todos los rincones de ese Madrid que se paraba perezoso a la hora de la siesta, delatando su impaciencia y su prisa. Olfateaba en busca de su otra mitad, su boca, esa que, al imaginarla alguna vez en otra boca, le partía de la pena y la rabia.

Bea vagaba por otra callejuela, tan cerca de Juan y tan lejos. Le escocía la muñeca. Ella fue la primera en grabarse la J sobre la piel, la primera en decirle que sí, este fue el pico máximo de toda nuestra vida. Se la hizo con una cuchilla usada de afeitar de su padre. Era grande, dolió, pero cuando brotó la sangre, brotó también la euforia, el alivio, la certeza. Se lo dijo la noche anterior, en un susurro, atornillada al teléfono de pared, traspasando los muros que la separaban de Juan, también imantado al otro lado del cable telefónico, en otra habitación, en otra casa, en otra calle, y a la vez tan cerca que podía notar su aliento. ¿No te das cuenta de la suerte

que tenemos? Nunca seremos como nos quisimos. Envejeceremos, nos iremos pudriendo por dentro y destruyendo por fuera. Se nos secará el corazón, se nos ablandará el cuerpo y toda esta felicidad será solo aburrimiento y una supervivencia triste, nos perderemos, repetía una y otra vez, en ese laberinto que no conseguía vencer. Cómo es que no lo ves, se lamentaba. No puedo hacerlo sin ti, no tendría sentido, no.

Juan la encontró al fin. Ella lloraba sentada en un bordillo de la calle de la Morería. Estaba desahuciada de sí misma, partida en mil pedazos, sin poder recomponer los trozos. Juan se acercó, se sentó a su lado y rompió a llorar también, con la misma pena y el mismo miedo. Se abrazó a ella y volvieron a fundirse en el mismo cuerpo como dos almas gemelas que se acaban de encontrar.

—Me destroza que no lo veas, que no lo sientas igual. No puedes quererme como yo te quiero a ti —dijo ella.

—Sí que lo siento igual, Bea, nada tiene sentido si no estoy contigo. Nada.

—Por eso —insistía ella—, por eso debemos hacerlo así.

—Joder, Bea, joder —decía él rompiendo a llorar de nuevo.

Lloraban enlazados, como si fueran parte del paisaje, un bolardo de la acera. Javi sonrió levemente al verles de nuevo, mientras desplegaba el biombo de su quiosco. El aparcacoches de algún restaurante fino de la zona les pedía que le dejaran subirse al bordillo un momento dando marcha atrás. Ellos, impávidos, no escuchaban otra cosa que su pulso. Javi miraba la escena, vaya juego le venían dando esos dos. El conductor se bajó entonces, porque las curvas estrechas como culebras de esa calle te obligan a pisarlas para aparcar el coche. Impaciente, les volvió a pedir que por favor se echaran a un lado. Hasta tres veces tuvo que hacerlo antes de que ellos accedieran a moverse sin soltarse. Lo hacemos mañana, susurró Juan, y a Bea se le cambió el color de los ojos, se volvieron amarillos, dos trozos de sol alumbrando su cara, mientras se le escurrían dos lágrimas y la comisura de su boca comenzaba a pintar una sonrisa que algo más tarde iluminó también la cara del chico. Supieron que podían detener el tiempo y agitar como si fueran uno dos emociones mezcladas, porque a esa edad se mezcla todo: la alegría y la pena, el infinito y la nada.

Don Francisco continuaba de rodillas bajo el inmenso eco de la iglesia vacía. Solo algunos murmullos de turistas rompían su recogimiento. Tenía expresión cargada de ausencia, con los ojos convertidos en dos

pequeñas ranuras que miraban sin intención alguna de ver. La frente era un mar de grietas. Sujetaba la cabeza con su mano derecha, como si no pudiera sostenerse sola y el cuerpo se inclinaba partiéndole en dos. De lejos podía leerse la angustia en el gesto que desvelaba que solo somos carne, pecado, decepción. Él, que llevaba años perdonando pecadores en nombre de Dios, se estaba perdiendo. Toda una vida hablando del bien y del mal, predicando con el ejemplo, aspirando a la bondad y a la misericordia, persiguiendo una santidad que había que ganarse cada día en la calle tanto como en el altar. Bien sabía que afuera estaba la vida entera que tanto cojeaba y dentro la fe que la daba la fuerza necesaria para enfrentarla. Pero ahora…

Inés buscó también hacia arriba mirando por la ventana del autobús, ese gesto universal cuando no se sabe qué es lo que pasa por aquí abajo. A veces las respuestas están en una estrella o una nube que nos da la medida de nuestra pequeñez para escapar de lo que no queremos ver. Ignorar, por ejemplo, que moriremos y el universo seguirá girando, ajeno a nuestra ausencia, a nuestra mínima huella en el mundo, como niños que cierran los ojos jugando a esconderse hasta que, al abrirlos, descubren que no se han movido y que nada ha cambiado. La muerte no se nombra, pero, como la sombra, nos acompaña siempre. ¿Qué supone entonces tomar el control sobre la decisión final, mirar a esa sombra de frente y adelantarla? ¿Es el suicidio el único recurso para quien no renuncia a decidir sobre sí mismo? Nadie quiere morirse, ¿o puede que sí? Entonces, ¿quién puede opinar sobre el final de los demás? ¿Con qué derecho? Nacemos con un libro en blanco y grandes expectativas, pero ¿y si todo sale mal? Quizá eso le pasó a su abuelo y entonces entiende a su padre aún mejor, sus miedos ocultos bajo capas y capas de voluntad, su herida taponada a base de silencios, su obsesión por mantenerla a ella a salvo de una amenaza innombrable. Pero ¿por qué entonces reconstruyó nuestra vida desde el puente de Segovia en Madrid? ¿Será verdad que suicidio llama a suicidio? No tenía ningún sentido. Ninguno. Si lo que quería era alejar a Inés de ese peligro, ¿cómo es que estudiaba en el Mella a dos pasos del salto? Y las cruces negras en el asfalto adueñándose del paisaje, y el serrín que alguna vez llevó su padre para tapar las manchas del horror, las sábanas de Paco en su portería, los gritos que Javi no se borraba de la memoria, los llantos que de noche desvelaban el sueño de Ana la friolera… Ese teatro alrededor de la muerte no tenía razón de ser, a menos que fuera una condena, y entonces ni ella ni su padre podrían escapar a su destino. En algunas familias la desgracia se hereda. Eso leyó en una de las crónicas que se publicaron hablando de los suicidios en Madrid. En todo eso pensaba Inés a medida que el paisaje se abría al inmenso cuadro de Castilla,

sus valles dorados de labor, sus iglesias. El autobús paró en Tudanca, en el kilómetro 150, donde Inés rescató el primero de sus recuerdos de su infancia de viaje. Al bajar, el viento helado que tienen algunos días de marzo la sacó de sus pensamientos. Estoy lejos de todo eso, pensó, entre asustada y liberada.

En el Esperanza, en ese mismo instante, su padre estaría terminando la faena, en la hora sin tiempo que tienen los bares cuando es tarde para comer y aún temprano para beber. Y ese mismo viento que soplaba en la mejilla de Inés pegaba también a Javi, el del quiosco, quien para entonces comenzaba a recogerse para empezar muy temprano al día siguiente. Después de mirar el reloj de su muñeca, Javi aceleró para dejar sellado el espacio donde pasaba su vida y la de todos. No en vano los periódicos se llaman también diarios, testigos del paso del tiempo donde cabía ese Madrid de marzo del 98 asomado al vértigo del cambio de dígito milenario, las previsiones del fin del mundo y la entrada de España en el euro, el principio del fin, como decía Fernando. A esa misma hora llegaba también Paco, desde su calle Segovia por las escaleras de siempre, y Marta, quien pasaba primero el carro ya sin cartas al Esperanza. Con los cuatro dentro, Fernando cerró la persiana, dejando a medio abrir la salida, pero avisando a cualquiera de que estaba cerrado al público. Javi, Paco, Marta y él se sentaron en una de las mesas del fondo y Fernando sacó algunos papeles que los demás comenzaron a revisar. Parecía como si el grupo mantuviera una reunión de la comunidad de amigos que eran, de la familia que habían forjado al calor de la barra del bar Esperanza. Pero en realidad estaban trazando un plan.

Fuera, el sol dejaba de lado sus ganas de seguir encendido, despidiéndose de la luz que se alargaba como un regalo poco a poco las últimas semanas. Los días se ensanchaban y la primavera llegaba porque siempre quiere adelantarse un poco, por imprudente o jovial, eso que la primavera tiene de adolescente. Juan y Bea pasaron juntos frente a la verja del Esperanza. Ya tenían resuelto el dilema que antes les había enfrentado, un pequeño detalle, una inicial más grande que la otra sobre la piel, ese amor único que jamás volverán a sentir de la misma forma, con la misma fuerza. Bea miraba iluminada la cara de Juan y este la miraba a ella. Qué bobos. Y ella volvió a repetir la frase que sería definitiva:

—No quiero vivir en un mundo que no nos permita seguir siendo así de felices. Te amo, Juan.

—Te amo, Bea.

Cogidos de las manos, saltaron.

8. Ana la friolera

Ella no estaba cuando saltaron Romeo y Julieta la tarde anterior. Al menos se libró de ver los dos cuerpos chocando contra el suelo, cuando aún había luz suficiente para que le gente fuera testigo directo del doble suicido que vivió el barrio. Después de conocerse el final, los hechos pasados se ordenan muy fácilmente. Esto se veía venir, decían. Estaba claro, murmuraban. Un periódico de Canarias recogió la noticia porque Bea era de allí, de las islas que se elevan en medio del océano y que son España virando al sur del todo. La explicación del periodista, basada en la carta que Bea dejó a su madre, no fue otra que la plenitud. Bea y Juan fueron víctimas de su inexperiencia. Pensaron que no había nada fuera de ellos dos, antes de que el paso del tiempo los convirtiera en un fracaso como el de sus padres, que se separaron cuando ella era apenas una cría y dejaron Canarias por Madrid. Allí conoció a Juan, un chaval tranquilo y, hasta que la conoció a ella, casi invisible. El chico obediente que nunca se hacía notar, tan callado que nadie supo ver el incendio que crecía en su cabeza cuando por primera vez se asomó al vértigo de saberse vivo, amado y pleno. Qué pena de hormonas, qué pasote de vueltas, si eran dos críos, musitaban los vecinos espantados por la desgracia. No comprendían que algunos niños se pierden, no saben seguir las huellas que les guían hacia la madurez, el trabajo, el matrimonio, los hijos, la hipoteca y el aburrimiento. Y se quedan en el bosque de sus emociones, jugando a ser eternos, a salvo del deterioro, bellos y puros para siempre. ¿Por qué habían elegido esta forma de hacerlo? Toda la vida por delante y en un momento la euforia del amor les dejó ciegos, mudos, sin tiempo para decir: oye, aunque esto queme luego cicatriza. Como la J y la B de sus muñecas, casi sin estrenar, manos nuevas que se habían ido juntas y agarradas, saltando a la vez, sin separarse hasta romperse para siempre.

—Qué Madrid, qué pena de lugar. ¿Cuántos más deben acabar así para que algo cambie en esta puta ciudad? —dijo Paco encendido.

Todos pensaron en Inés porque la vieron en Bea. Pero Fernando agradeció en silencio el viaje que estaba emprendiendo hacia la verdad. Esta historia la habría machacado. Ella fue la que les había pedido que los besos fueran menos escandalosos cuando compartieron cada sorbo de una fanta de naranja en el bar. De nuevo todo señalaba

al Esperanza, ese lugar tan cerca del final de los que no podían más o, como en esa tarde, de los que no querían que nada se manchara.

Al pensar en Inés, Fernando se acordó de Ana, la mujer del viaducto.

—Espero que esa pobre mujer no viera el golpe de los chicos.

—Esta mañana no estaba. De hecho, parecía como si se hubiera cambiado de zona. Solo ha dejado algunos cartones.

—Puede que ayer recibiera alguna buena noticia—añadió Marta.

—¿Qué quieres decir?

—Tu niña, que vale su peso en oro, Fernando.

—Siempre así de enigmática.

—Ay, Paco. Cómo se nota que eres de Segovia, cotilla.

—¿Y don Francisco? Hoy tampoco ha venido por aquí.

—Es otra persona desde que llegó el secretario ese nuevo, ¿cómo se llamaba?

—Ricardo —añadió Javi.

—Pues que don Francisco renuncie a las porras sí que es un milagro.

—¿Y las porras, por cierto?

—Pues eso sí que es raro. Jacinto no ha venido esta mañana.

—Vaya. Se lo habrá comido don Francisco —dijo Fernando guiñando un ojo a Paco.

—¿Has hablado con el Ayuntamiento?

—Sí, tendremos una reunión con…

—Bien, bien. Ya me dirás.

—¿Qué se cuece, señores? —preguntó Marta.

— Tú también pareces de Segovia —contestó Paco.

—Vamos avanzando —sentenció Fernando antes de atender a una mujer que desplegaba en la barra un cuaderno y un lápiz, anotando lo

que decían e inventándose lo que callaban.

Ana llevaba la mañana entera deambulando. Su hija Eva, su fracaso desde que se fue a Barcelona a vivir con el padre, la tenía rota. No le alteró saber que ese hombre que una vez fue su marido había muerto, pero lo de saber que una nieta preguntaba por su abuela la dejó completamente a oscuras. Al principio, mientras leyó la tercera carta que había logrado recuperar, sintió una euforia que solo rompió una lágrima muda, de las que duelen mucho más porque salen despacio y desde muy adentro, no como los ríos de llanto que son de quienes se lo pueden permitir, de quienes lloran de sobra. Ana lo hacía de rabia porque ya había decidido que no conocería nunca a esa nieta. No podría mantener un lazo que la vergüenza había recortado por cien sitios, las mil noches que pensó en Eva y en lo que la vida la había quitado: al padre, a ella, la casa, su dignidad. Nunca lo sabrá, se decía.

Qué días de confusión y miseria, cuántas han sido las mañanas heladas, las noches peligrosas, como le dijo a Paco en una de sus escasas confidencias. A Madrid había llegado la moda de quemar a los mendigos, de pegarles palizas en esta década final donde los mierdas de botas de acero se venían arriba aterrorizando a los perdedores como ella. Cuántas Anas, se decía a sí misma mientras todo se volvía tan oscuro en una ciudad en la que ya no se reconocía. Este Madrid sin mar, pero con tantos ahogados.

A un lugar que sí tenía mar llegaba Inés un día antes de que Bea y Juan terminaran sus vidas para no separarse. De no ser por ella, Ana jamás habría conocido el regalo de una nieta de la que solo podía huir. Ana, valiente y de piel de lija, la del frío, de la noche de escarcha y de todo lo que la hizo dura, de tanto y tanto golpe de viento.

Cuando Inés llegó a Santander ni siquiera pensó en lo poco que se acordaba del mar. Tenía algunas visitas claras y otras no tanto, pero de lo que estaba segura era de no volver sin respuestas. Al bajarse del autobús una brisa verde de montaña mezclada con la sal del norte le recordó lo lejos que estaba ahora de Diego. Se quedó aturdida al salir de la estación sin saber por dónde tirar, hasta que, de pronto, una mano en el hombro la sacó de su ensimismamiento. Inés se giró y allí estaba Diego, tranquilo, como cuando la esperaba cada mañana reclamando su ración de besos para empezar el día.

—¿Acaso pensabas que iba a dejarte sola ahora?

—Pero, Diego, ¿cuándo has venido?

—En el autobús de la noche. No me dijiste cuál pensabas coger, así que me fui a la estación antes que tú para subirme al primero. Me da igual que estuvieras con dudas, pero no que estuvieras sola. Yo lo único que quiero es ayudarte y estar contigo.

—Ay, Diego, y yo que creía que no te dabas cuenta de nada….

Se fundieron en un abrazo que duró lo que se tarda en escribir esta frase. Después se miraron y notaron la bruma de marzo en Santander, su atardecer fugaz que parecía tropezar en el horizonte de la prisa que llevaba. La humedad se metía en los huesos, apetecía un chocolate caliente, un café humeante que les devolviese al calor.

—¿Por dónde empezamos?

—Por el principio. Tomemos ese café y te lo cuento todo, Diego.

Nunca habían dormido juntos. Por eso, además de curiosidad, los dos tenían una serpiente recorriéndoles la espalda, enroscándose en el pecho palpitante. Y se besaron antes de empezar a buscar la razón que ordenara todas esas dudas. A ninguno de los dos, por vergüenza o por seguir sintiendo lo que les desbordaba, se le ocurrió sacar el tema de dónde pasar la noche juntos. Era un secreto que les divertía mantener sin resolver, una suerte intacta de ilusión y novedad y temor.

—Creo que mi abuelo se suicidó. Por eso fuimos a Madrid. Luego pasó lo de mi madre, son muchas cosas, Diego. Estoy convencida de que mi padre arrastra una enfermedad que se hereda. Y quizá yo también. Por eso debo conocer toda la verdad. Él ha cambiado tanto, no te puedes imaginar lo que le han afectado los suicidios que vienen ocurriendo desde hace tantos años al lado del Esperanza. Mira, encontré esto… —Inés le enseñó el recorte del Diario Montañés con la esquela de su abuelo—. ¿No te parece increíble que no deje familia?

—Pero, no tiene sentido…

—Eso pienso yo.

—¿Y por qué no le has preguntado a tu padre?

—Nunca quiere hablar de eso. Le cambia la cara y me da largas. Solo el hecho de estar aquí nos ha supuesto más de una bronca. Se entera de que has venido tú también y se sube al coche.

—Pero ¿por qué tu padre compraría el local frente al viaducto?

—Pues porque estará obsesionado con el tema, Diego, yo qué sé. Necesito averiguar todo eso. Mañana me gustaría ir al periódico y consultar la hemeroteca. Los días después de la desaparición de mi abuelo.

—¿Y vuestra casa de aquí?

—La casa estaba en Comillas, era de mi madre, ahora vive ahí mi tía Pilu, una bruja, según me han dicho. Pero mi padre trabajaba aquí, arreglaba barcos de pesca. Mi abuelo era armador y tenía dos barcos, creo.

—Quizá podríamos preguntar por ahí.

—También encontré esta entrevista de un amigo suyo dudando de la versión de que hubiera desaparecido ahogado… Mi abuelo era un hombre de mar y no me creo que al final de su vida no supiera controlar una tormenta o sacara el barco si se anunciaba galerna.

—Pero ¿crees entonces que se suicidó?

—Estoy casi segura. Y temo que mi padre también pueda correr la misma suerte.

Las gaviotas dejaron de chillar cuando salieron del muelle. Encontraron el bar de Iñaki muy cerca de una pensión barata y húmeda. Se sentaron en una mesa alejada y cambiaron el café por el vino. Iñaki no se fijó en ellos, acostumbrado como estaba a que la gente que entraba y salía del Muelle pareciera siempre distinta y siempre la misma. No se había percatado de que esa niña era hija de un buen amigo, casi de un hermano. Ella tampoco quiso desvelarlo todo de golpe. La magia de esa noche nueva no era para nadie más que para ellos dos, estaban abriendo una puerta que los llevaría a un lugar distinto. Todo era entonces un cosquilleo, unas ganas de piel como de nada antes. Y la noche se alargó como solo se alarga cuando dos la comparten por primera vez, sin más conocimiento que el que da el instinto y la inocencia.

A la mañana siguiente en Madrid Ana había recogido muy temprano hasta la última de sus penas bajo el puente. Se marchó sabiendo que ni siquiera Inés podría animarla con el café diario. Enseguida vio las dos cruces que pintaron de noche bajo uno de los pilares centrales del viaducto. Aún era demasiado pronto para que los de la limpieza las borraran, como todas las historias de los que allí se perdieron para siempre. Porque Madrid borraba cada día su memoria, su trágico final de un modo cruel, como si al eliminarla pudiera evitar su repetición.

Con esa imagen, tantas veces vista, Ana se despedía del lugar donde venía durmiendo los últimos meses. Una estampa todavía coloreada en azules y amarillos que bajaban de las farolas mirando al suelo, surcos de niebla y luces de algún taxi que paraba camino al aeropuerto o para llevar a la cama a los que no sabían vivir de día y agotaban las noches. Ana parecía no querer dejar de mirar ese momento, ese Madrid que se quedaba tuerto antes de salir el sol.

Hubo algunos meses, los primeros tras perder la casa, que Ana se pasaba las horas en los bancos de distintos parques, no siempre en Las Vistillas, adonde fue huyendo de otras zonas más peligrosas. De noche los vampiros no solo se bebían Madrid. Algunos también exigían sangre. De esos era mejor huir: Moncloa, Chamberí, Plaza de España; por allí pululaban bandas que resolvían con palizas o finales fatales hasta un simple cruce de miradas. Por eso encontró primero más protección en los barrios donde se movían inmigrantes, como en Lavapiés, y después por la plaza de la Paja y alrededores, reductos que todavía se regían por la amabilidad de sus vecinos, los últimos bastiones que se resistían a convertirse en el escaparate refulgente que demandaba el nuevo Madrid: una ciudad que soñaba con dejar atrás el pasado de dictadura larga y oscura, despejada de mendigos y portales con olor a repollo cocido, que aspiraba a ser como cualquier otra, abandonando sus costumbres de poblachón manchego, de villa y corte de tiempo lento. El turismo se había convertido en el motor de la modernidad, también en una fuente de dinero y de manejos con tendencia a la corrupción urbanística. El aluvión de visitantes requería nuevos hoteles, restaurantes temáticos, tiendas de lujo, pisos reconvertidos en apartamentos, y la vida era cada vez más hostil para los gatos que no querían o no sabían subirse al carro del cambio.

Así, la ciudad mutaba en bares que prohibían fumar, cafés de cartón piedra que se sumaban al nuevo milenio, al miedo al efecto dos mil, al teléfono móvil, al inglés, a Aznar y su España va bien. Bien para algunos, pero no para Ana, que lo intentó y fracasó. Ana se quedó fuera del sistema entre tanto brillo dorado, una mujer sin pensión ni patrimonio, que seguía repasando sus días de manera lenta mientras que los años habían corrido demasiado rápido.

Javi fue el primero en verla pasar. Después de lo de los chicos, había decidido pasar más tiempo fuera del quiosco, por aquello de haber podido intervenir antes, de avistarlo o incluso de haberlo evitado.

—Joder, si lo hubiera sabido —le dijo a Marta la tarde anterior—. ¡Los tuve delante, Marta, los tuve delante! —se lamentó.

Javi sufría por un dilema sin solución. Se reprochaba no haber hecho más y a la vez evitaba pensar en algo que dolía demasiado. En ese lugar muchos más procuraban no mirar abajo, aferrándose a un horizonte menos áspero que tapase lo malo, lo feo, todo lo que hace daño. Aunque algunos, como Javi, se quedaban un poco más tocados, con la cabeza un poco más baja, con la medida justa de dolor, aunque con una semilla de cambio, de esperanza, de poder transformar algo de esa realidad que aplastaba vidas bajo el viaducto de Segovia.

Ana llevaba todas sus cosas a rastras, una vida a cuestas en un carro. Era un espectro caminando sobre la acera, con inesperada decisión hacia ninguna parte. Javi se quedó observándola, una sombra haciendo el surco cuesta arriba por Mancebos y perdiéndose hacia Redondilla, entre las callejuelas de zoco que aun guardan el espíritu menesteroso y fullero de la ciudad que fue Madrid.

El inicio de la picaresca inmobiliaria que asolaría esta ciudad comenzó con Felipe II, cuando el dueño de un imperio donde no se ponía el sol decidió instaurar la capital del Reino en Madrid. La necesidad de alojar a su corte con sus familias y su legión de sirvientes conllevó rescatar un decreto que venía funcionando desde la Edad Media, denominado Regalía de Aposento. Este peaje tuvo sentido cuando avanzaba la línea del reino en la reconquista, pero no para establecer una corte permanente que multiplicaba por diez la pequeña fortaleza levantada por moros y cristianos siglos antes. La súbita avalancha de recién llegados despertó en los madrileños esa cintura para torear cualquier embiste que los caracteriza hasta hoy, acostumbrados como estaban a sobrevivir en una estepa dura, con temperaturas extremas en invierno y en verano y regada solo por un pequeño riachuelo sin canalizar. La Corte revisaba las fachadas y casas que pudieran ser apropiadas para acoger a los nobles habitantes y las expropiaba en nombre del Emperador. Los madrileños entonces contrataron constructores que modificaran las fachadas para engañar a los Inspectores de la Hacienda Real, alargando los tejados, abriendo puertas que no llevaban a ningún sitio, colocando gallineros improvisados y demás rarezas que convirtieran a las casas en no aptas para el peaje real. Pronto, todo el barrio de la Morería, la Latina y las Vistillas, se llenaron de este tipo de edificios anárquicos y desordenados, como piratas mutilados o supervivientes amputados de alguna de las muchas guerras que pasaron por allí. Hoy algunos azulejos todavía recuerdan las casas que aprobaron la visita de los pajes inquisidores, luciendo así en su fachada la “Vista Manzana”, como la que exhibía la casa de la esquina rara y roja donde se paró Ana. Buscaba un banco y divisó la plaza de la Paja al fondo de Redondilla. Ahí podría quedarse un rato para pensar o para dejar que

el tiempo siguiera cumpliendo su tarea, con los recuerdos de su hija martilleando en su cabeza. Con el anuncio de que Eva había tenido una niña y de que ella era abuela, su hija le decía que ya era hora de cambiar las cosas y que había decidido ir a Madrid para que se conocieran. De eso hacía un año. Lo que Eva no sabía y lo que Ana la friolera quería ocultar era que no había casa, ni trabajo en el ministerio, ni nada de lo que Eva imaginaba que era la vida de su madre. Estaba en la calle, no tenía nada más que vergüenza, soledad y fracaso. ¿Por dónde empezar a contarle a su hija? ¿Qué pensaría su nieta? ¿Cómo decirle que su yaya era una mendiga de plumas de paloma mojada y calle Preciados? No, no, no, no, de ninguna manera, se decía buscando un banco en el que, al menos, llorar sentada.

Son tantas las cosas que terminan de matar a alguien… Lo más oscuro es lo que no se cuenta y por eso los secretos nublan la verdad impidiendo que entre la luz. Como la niebla, como la bruma, la garúa o el calabobos, que no terminan de acabar nunca y por poco no empiezan.

Paco subió hasta Bailén. Javi le miraba desde el fondo del parque de las Vistillas. Se hicieron un leve saludo de lejos con la barbilla. Siguieron pasando los coches y las cosas.

Ana repasaba algunos ratos, los mejores: cuando Eva fue niña y ella era otra. Al recordar ese pasado olvidado se sentía acorralada, arañada por dentro. Ella podía aguantarlo todo: el frío, el hambre, la lluvia y la calle, pero no esta derrota en forma de nieta que sentiría miedo y asco de su abuela Ana, a la que llamaban la friolera. Se levantó del banco y dejó allí su carro, su pasado, todo lo que quedaba. Qué frágil puede llegar a ser un mendigo que no arrastra nada. Ligera ya, Ana caminó hacia la plaza de los Carros, que apenas tenía el ajetreo acostumbrado de los fines de semana. Solo quedaban algunos como ella, buscando restos de sol que les pudiera calentar un poco antes de que la noche volviera a echarse encima, con sus portales cerrados, sus plazas mal iluminadas y sus cúpulas de iglesias vacías de fe. Entre sus calles buenas y malas, nobles o comerciales, Madrid albergaba también calles asesinas, calles turbias y calles suicidas.

Un poco más tarde La Cava Baja terminaba con su ajetreo de siempre, ese de barriles de Mahou y de furgonetas con carne y pescado, con los huevos de Lucio y sus chaquetas blancas impolutas de un oficio en extinción. Ana pasaba de largo, ya no le quedaba un lugar en donde parar. En algún momento se dio cuenta de que había vuelto a la calle Segovia. No había hecho más que caminar en círculo toda la mañana, que ya se había convertido en tarde , horas de andarse su tristeza. Solo

podía volver a un sitio. Siguió bajando la calle hasta que divisó desde abajo la enorme sombra que proyectaba la mole del puente sobre ella. Entonces comenzó a andar más rápido. Pasó delante de la portería de Paco para coger las escaleras que el portero usaba cada mañana hasta Bailén, las mismas que usaba Inés. Ay, pobre muchacha, pensó la friolera al acordarse de los churros y el café. Y subió y subió mientras su cabeza le traía cada vez más rápido también todos y cada uno de sus miedos. Al pasar por delante de la puerta del Bar Esperanza, giró hacia el viaducto y levantó a cabeza para dividir esa mitad de Madrid que se quedaba a su izquierda, hacia el oeste. Después movió la cabeza a la derecha y se topó con todos los tejados desordenados, las iglesias que también la miraban a ella. Soltó entonces las cartas que llevaba en la mano y miró al cielo buscando una señal que la ayudase para no lanzarse al vacío.

Paco la vio cruzar delante de su portal. Ana iba tan rápido que solo su manera de encoger los hombros fue suficiente para avisarle de que algo iba mal. No dudó en salir detrás de ella, sabiendo que la friolera había abandonado su cuarto al raso la mañana anterior.

En un momento pensó en llamarla, pero su ritmo era tan veloz que tuvo que apresurarse lo suyo para seguirla a corta distancia. Javi, desde arriba, no perdía detalle del ajetreo de la calle Bailén, por eso le chocó ver también a Paco subiendo tan rápido y corrió detrás de ellos. Antes de que Ana se soltara de la barra metálica, tanto uno como otro la habían alcanzado y saltaron sobre ella solo un segundo antes de que ella cerrara los ojos y se dejara caer.

Fernando, que se percató del jaleo porque para eso tenía la puerta del bar abierta, además de para ventilar la resaca de comidas, olores y humos, llegó también unos minutos más tarde. Los tres consolaban a la friolera cuando un coche patrulla paró a su lado. Avisaron por radio al Samur, mientras Ana apenas podía hablar del susto de verse entera y todavía viva.

—Dejadme, por favor. No puedo seguir, no tengo nada, ¿no lo entendéis? ¡dejadme, por favor! —y rompió a llorar del todo, que, aunque ya venía rota, llevaba demasiado tiempo sujetando el llanto. Ana, como otros antes que ella, solo quería morir. Ellos, otra vez, lo habían evitado.

—No le digáis nada a Inés, por favor —pidió Fernando mientras el grito mudo de Ana seguía atornillado a los hombros de Paco.

Entonces habló uno de los policías:

—¿Conocen a esta mujer?

—Sí, agente, es una mujer del barrio —dijo Fernando.

—Señora, usted sabe que es delito intentar suicidarse así.

—Hombre, agente, por favor —replicó Javi.

—De verdad que ustedes tienen la amabilidad de una farola —añadió Paco.

—Mire, imagine el problema si cae encima de un coche o de alguna persona, ¿es que no se da cuenta de que siempre se implica a alguien más? Por no decir que usted misma, señora, hubiera podido no matarse y quedarse peor de lo que está.

—Bueno, déjelo ya —continuó Fernando.

—Usted entenderá que estamos un poco saturados con este tema, señor.

—¿Me lo dice a mí, que regento ese bar? —contestó señalando al Esperanza.

—Necesito tomarle los datos a la señora cuando se tranquilice.

—Pues yo voy a poner una queja en el ayuntamiento —dijo Paco—. Que sepa usted que estoy en la junta de distrito de Centro. Llevaremos este tema al alcalde si hace falta.

El Samur Social llegó mientras Fernando continuaba dialogando con los agentes de policía. Los curiosos se agolparon como cuervos para ver el jaleo. Ya se sabe que en España la gente hace cola cuando algo es gratis o por el hecho de existir y se ponen detrás como quien espera algo sin saber ni siquiera si lo que esperan es bueno o malo. La multitud se deshizo pronto, los del barrio en un murmullo de queja, que no por estar acostumbrados estaban menos hartos. Los de fuera, molestos, porque la policía les obligaba a despejar, impidiéndoles asistir al espectáculo de un drama que no era el suyo.

—Vayamos al bar, agentes, creo que podríamos continuar allí con las pesquisas necesarias.

—Disculpe, señor, pero no podemos abandonar el lugar de los hechos.

—¿Pero qué hechos, agente? —replicó Javi.

—Pues que han salvado la vida de esta mujer.

—¿Dónde estará Marta, joder?, si es la que más sabe de ella —siguió Paco.

Marta estaba en la hemeroteca. Muchas tardes, cuando terminaba el reparto, se perdía buscando noticias y publicaciones relacionadas con los libros que leía. Ahora que estaba absorta en el comando Madrid y los atentados que asolaron la capital en los ochenta y noventa, disponía de muchas fuentes con las que seguir ampliando su relato. Pero esa mañana Marta no buscaba aumentar sus conocimientos sobre ETA, sino sobre la persona que le había robado la paz a don Francisco. Enfrascada en sus investigaciones, no podía imaginar que Ana, la mujer a la que había ayudado a encontrar su pasado, estuviera a un paso de borrarlo del todo.

Qué forma más atroz de matarse, como si no hubiera otras menos estrafalarias de quitarse de en medio, qué manía con lanzarse desde un sitio con tantos impedimentos: ramas, coches, peatones…. y gente empeñada en salvar a los que no quieren salvarse. Eran muchas las variables que podían hacer que el último plan de un suicida fallara. No todos los saltos, que se sucedían con un ritmo escalofriante, tenían un desenlace fatal. Algunos no se mataban, pero se quedaban con lesiones irrecuperables, además de con su pena. Eso decía Marta cada vez que algún desesperado se lanzaba por el puente. Pero esa mañana Marta no pensaba en los suicidas ni tampoco en comandos terroristas. Lo que estaba haciendo era tratar de averiguar quién era ese tal Ricardo que, desde que había llegado a Madrid, y a la Almudena en concreto, había cambiado por completo al padre Francisco, al que no veían desde hacía varios días sin saber qué le estaba pasando. Al menos, gracias al correo que llevaba al edificio de los curas, Marta sabía que Parra era el apellido del Ricardo ese. Así que rebuscaba alguna información con ese nombre, algo que coincidiera con su salida de Granada, de donde venía, como ya había averiguado. Entonces Internet aún no había hecho transparente las vidas de todo hijo de vecino. Para encontrar había que tener paciencia y ganas.

—Ricardo Parra, aquí te tengo.

9. Santander

La mañana siguiente Santander amaneció encapotado. Una neblina rodeaba el paisaje desde la ventana entreabierta que Inés había dejado en la habitación del hostal. Diego estaba comprando el desayuno y ella se encontraba tan distinta que pareció de golpe saberse del todo una mujer adulta y sabia. Aprovechó un momento para llamar al bar desde una cabina, tal y como había quedado con su padre para dejarla partir.

—Papá —dijo sin saludar—, hoy voy a visitar el Muelle y pensaba darme una vuelta por la bahía…

—Claro, hija. Tú descansa estos días, que llevas un buen tute.

—Luego te llamo entonces, ¿todo bien por ahí? ¿Te apañas sin mí?

—Nada, hija, tranquila, ya me llamas esta noche.

—Pero ¿va todo bien?

—Que sí, hija, que sí. Mucho trabajo, pero me las arreglo sin problema. Pásalo bien y disfruta, que te mereces unas vacaciones. Un beso y sé buena.

Claro que no iba todo bien. Ayer su padre no quería saber nada del viaje y hoy estaba alargándole la estancia, volviendo a teñir de gris el mar de dudas que la empujó hasta allí. Estaba muy raro, su cambio de actitud disparó de nuevo las alarmas. Pero esta vez Inés supo que nada podría seguir tapando secretos.

Cuando Diego llegó con el desayuno, Inés ya estaba preparada para salir, apresurada. Ni siquiera hablaron de lo que pasó la noche anterior. Con la llegada de la luz, ella estaba demasiado incómoda y él notaba su esfuerzo por disimular su vergüenza. Se había roto el hechizo de la noche que la había transformado en otra, risueña, confiada y feliz.

La hemeroteca del Diario Montañés sería su primer destino. Estaba en la avenida de Parayás, una calle con pretensiones de autopista. Quedaba en la salida de la ciudad hacia Bilbao, en el barrio del

Astillero, ahora el más punk de una ciudad que soñaba con ser señorial, después de todos los muelles, del Ferry y de cualquiera de las dársenas que recordaban el pasado industrial de Santander. Para llegar hasta allí decidieron caminar bajo las enormes grúas, junto al gris de escape y asfalto.

En la puerta del periódico, antes de entrar, Inés se plantó para decirle una vez más lo que se cocía en su cabeza, lo que creía que estaban buscando o, al menos, lo que le dictaba el miedo:

—¿Y si realmente es hereditario el suicidio, Diego?

Hay veces en las que es mejor no decir nada, por precaución, por ignorancia, sabiendo que algunas cosas se dicen para no recibir respuesta, un poco como gritar bajito, porque ella pensaba en ese momento que Fernando, su padre, estaba destinado a no querer vivir más. Estaba convencida de que si aún no había terminado con su vida era por ella, que aún no era mayor de edad, pero que no tardaría mucho tiempo antes de que su vida pudiera torcerse del todo.

—Tenemos que buscar los días posteriores a la desaparición, los que preceden a la esquela, miremos en sucesos, en crónicas, entrevistas: algo encontraremos, Inés, ya verás.

—Después iremos al Muelle. Iñaki es el único nexo que queda por aquí con mi padre, él sabe más, estoy segura.

En Madrid, Don Francisco permanecía de rodillas, con la cabeza entre las manos, como si rezara. En la Almudena siempre hay ruido de toses y visitas. Pero ninguna de ellas sacaba al cura de su banco, de su voz muda que nunca fue de cura sino de hombre. ¿Qué le había cambiado? ¿Qué le tenía ahí hecho polvo, de rodillas y penitente, como si todo él fuera un pecado con dos piernas y dos brazos? Don Francisco no rezaba, pronunciaba las oraciones de memoria, aterrado al sentir que se le escapaba la fe que le hizo dedicar su vida a Dios.

Al otro lado del viaducto, en el bar Esperanza, Fernando seguía disculpándose por la falta de churros. Llevaba así dos días y algunos clientes comenzaban a quejarse. No podía pasar por la panadería de Jacinto con Inés en Santander y al teléfono tampoco contestaban. Paco se terminaba el montado de lomo cuando se ofreció a pasarse por el horno. Marta aún no había llegado. Javi desde bien temprano andaba despachando la prensa, mientras en Las Vistillas todo parecía igual. Pero la realidad era distinta porque el barrio comenzaba a moverse para tratar de cambiar lo que les estaba robando la paz y

ensombreciendo sus días.

Dos veces el Ayuntamiento de Madrid trató de evitar los saltos desde el viaducto. La primera fue al poco tiempo de inaugurarse, cuando, a los pocos meses de empezar a funcionar, la falta de alumbrado invitaba a los desesperados a saltar sobre un fondo de aura y niebla sin divisar si debajo pasaba algún caminante que, sin saberlo, estaba dando su último paseo antes de que un cuerpo le cayera encima, de manera que, en ocasiones, en vez de un cadáver, había dos. Entonces aumentaron las farolas para que el viaducto no tuviera tramos ciegos de noche. De poco sirvió. Los saltos no solo no se evitaban, sino que aumentaron. Ya se había corrido la voz en Madrid, por lo que muy pronto el Ayuntamiento se vio obligado a tomar una segunda medida: personar patrullas de policía municipal que caminaran de lado a lado, especialmente de noche, cuando todavía era más fácil saltar sin testigos. Lo curioso era que en los inicios del siglo xx no se tomaron más medidas, como si el propio consistorio aceptase algunos daños colaterales a cambio del crecimiento de la ciudad. Pero ahora Paco, Fernando, Javi y muchos de los que formaban la Asociación Vecinal de Las Vistillas buscaban sentarse con el Ayuntamiento reclamando soluciones ante el aumento descontrolado de suicidios que el fin de siglo estaba arrojando por la barandilla.

Trescientos treinta y ocho kilómetros al norte, en la sede del Diario Montañés, Inés se topó con varios titulares relacionados con la muerte de su abuelo, sin más información que la que ya tenía cuando descubrió los recortes en el cajón de su padre. La esquela, ese inquietante “no deja familia”, la entrevista a su amigo en el muelle, en la que aseguraba que a su abuelo el mar no le cogía por sorpresa… ninguna pista nueva que desenredara tanto misterio. Llevaban tres horas mirando los días anteriores y los posteriores y, salvo ciertos sucesos relacionados con una red de tráfico de drogas, nada había ocurrido en la ciudad que llamara la atención de la pareja de detectives. Decidieron abandonar el periódico y tratar de encontrar a Iñaki en el Muelle, el bar al que su padre acudía siempre y donde aún quedaba alguien que conocía a la familia. Quizás él, le dijo Inés a Diego, cuando sepa los altibajos que está pasando mi padre me ayude a ponerle nombre a esto que no sé lo que es, pero sé que es malo. Diego solo podía pensar en la noche anterior. Quería ayudar a Inés, claro, pero también le recomían por dentro las ganas de volver a tener esa piel nueva desnuda, el pelo recién lavado, el olor a jabón. Todo le sacaba del propósito del viaje, le devolvía al catre, a la huella que dejaban sus caderas sobre la cama de la pensión. Ella se dio cuenta y, aunque le perdían las dudas y el seguir tirando del hilo, también sabía que habría una segunda vez y que sería aún mejor que la primera. A

Inés le daba el mismo vértigo volver a la cama que a Madrid, pero a los dos quería regresar triunfante.

El Muelle tenía la suerte de mirar bien despejado al Cantábrico y, por eso, siempre encontrabas hueco en ese bar en el que pegaba tal viento que eran pocos los que soportaban una ración de rabas huracanadas. Hubo un momento en el que el propio Iñaki dudó si poner mamparas protectoras, de hecho, se atrevió a colocar dos en donde cabían diez, pero muy pronto los parroquianos del vino de siempre le llamaron cursi y cobarde. Iñaki prefirió seguir siendo fiel a los fieles y dejó las mamparas para los sitios más finos, donde miran el mar los que buscan un escaparate a salvo del aire del norte. Las sillas eran verdes, como el toldo, las puertas de madera y los marcos de cada una de las ventanas. La madera, con cien años de sal y mareas vivas, exhibía todas sus cicatrices, pero resistía, como resiste el carácter huraño y callado de los hombres de mar. Algunos de los azulejos del suelo estaban rotos y otros despintados, pero siempre impolutos por la lejía que apestaba en el bar desde por la mañana hasta que vencía el olor a bígaros, tabaco y vino en la barra de mármol y roble.

Aún temprano, a eso de las doce, solía ser la hora de los más de allí, porque a pesar de los pocos turistas que pisaban el Muelle, lo de acercarse a la una era ya tarde para los que no se perdonaban el vino. Iñaki tenía la edad de Fernando, de su cuadrilla de siempre. En el pasado hasta jugaron a los bolos representando a la Cofradía del Carmen, pero de eso hacía tanto que solo algunas fotografías amarillentas colocadas en una estantería del Muelle podrían devolver ese pasado a Inés cuando se fijara en ellas. Aunque quizá fuera Iñaki el que se llevaría una sorpresa mucho mayor cuando supiera de quién era esa chica menuda y rubita que rondaba la puerta del Muelle aquella mañana y a quien no había reconocido de noche.

—Hola, ¿podemos sentarnos en una mesa? —dijo Inés, como si fuera la primera vez que entraba en ese bar.

—Sí, claro. Espera que os monto esta de aquí, que está más recogida.

—Muchas gracias, hace frío, sí —contestó Inés sin dejar de mirarle.

Iñaki no podía dejar de quitarle el ojo de encima. Intuía que no era casualidad que hubieran parado allí. No pasaron dentro, por lo que Inés no descubrió a su padre tirando al pulgar en la foto, pero a Iñaki no se le escapó ese aire de la madre, a la que tanto se parecía. Tardó un rato corto en saber quién era, pero no tuvo prisa por demostrarlo. La gente de ciudad pequeña, de pueblo, de villa corta que no llega a

lejos, tiene poca prisa y mucha sabiduría de espera. Son duros a la hora de negociar cualquier cosa, porque siempre dejan que la impaciencia la cometa el otro y enseñe sus cartas antes de tiempo. Por eso Iñaki no quiso decir nada al preguntarles la comanda.

—Iñaki, no te acuerdas de mí, a ver, seguro que no te acuerdas de mí porque no me conoces, pero…

—Qué dices, Inés, claro que sé quién eres.

Entonces Iñaki dejó en la mesa de al lado la bandeja redonda e Inés se levantó para darle un extraño abrazo, mitad de siempre mitad nuevo, que no pudo evitar que estallara en sollozos. Puede que se debiera a que Iñaki fuera lo único que la unía al pasado de Fernando, pero fue el calor de su consuelo lo que le provocó contarle del tirón todo lo que la había traído de vuelta a Santander. Diego sentía un poco de envidia y algo de invasión de lo que era suyo al presenciar ese abrazo y saber que él no podía darle lo que le estaba dando Iñaki a su Inés, pero se levantó para ir dentro dejando que fuera ella la que decidiera lo que podía o no escuchar. También por todas estas razones Inés estaba con él.

—¿Entonces? Algo me he perdido para que andes por aquí preguntado.

—Se trata de mi padre, Iñaki.

—¿Tu padre?, ¿qué pasa con tu padre? —respondió Iñaki frunciendo el entrecejo y bajando la voz hasta dejarla convertida en un susurro,

—Creo que tiene la misma enfermedad que mi abuelo. Está muy cambiado desde hace meses. Nunca fue de muchas palabras, pero ahora esconde algo que no termino de comprender. Algo que trata de ocultarme y me da pánico que puedan pasar cosas terribles.

—Pero espera, Inés, hija, un momento, que vas muy rápido. Cálmate. ¿De qué enfermedad me hablas?

—Pues de la depresión. ¿No te acuerdas de lo que le pasó a mi abuelo? Él dice que se ahogó, pero yo creo que se suicidó. Y luego está lo del bar, justo ahí donde se suicida la gente de Madrid. Todo está conectado, estoy segura.

—Para, Inés, para. Hay muchas cosas que no sabes, muchas cosas que te quedan grandes. Y así debe ser, por tu bien y por el suyo. De verdad, no sigas por ahí, hazme caso.

La voz de Iñaki era ya apenas un siseo. Miraba nervioso recorriendo el bar, que en ese momento estaba casi vacío de parroquianos.

—¿Pero?

—Pero nada, Inés. Y este tío, ¿quién es?, ¿viene contigo? —cortó Iñaki, dirigiendo miradas nada amigables a Diego.

—Es Diego, mi novio, ha venido conmigo para ayudarme. Las cosas están muy mal por casa, Iñaki, tienes que ayudarme —suplicó Inés.

—Bueno, pues vamos a la trastienda, que las paredes oyen. Y si te fías de este, que venga también. Espero que sea una persona de ley, porque si no va a tener problemas conmigo —amenazó a Diego.

Ya dentro de la trastienda, entre cajas de cervezas, botellas de vino y enormes botes de aceitunas, Iñaki cambió su actitud y de nuevo volvió a ser el hombre cálido que la había abrazado solo unos minutos atrás.

—Sentaos donde podáis, encima de las cajas de cervezas. Perdonad el desorden. Te traigo un poco de sorroputún, que lo acabo de hacer. ¿Quieres unas rabas también?

—Por favor, Iñaki. Llevo toda una vida soñando con esas rabas.

Iñaki vestía una camiseta de rayas. Daba igual si pegaba el sur, el nordeste o cualquier otro viento con frío o calor. Iñaki cruzaba la calle del Muelle que daba hacia la lonja siempre igual vestido. Se movía con soltura entre un coche que no respetaba los cruces, una moto derrapando, una furgoneta que llegaba para recoger pescado fresco, cláxones, pitidos, voces: todo el puerto de Santander era el bar de Iñaki. Y todos los que se movían por allí lo consideraban su casa. A los de siempre les servía un caldo recién hecho y a los que eran todavía de antes, un chorro de vino blanco que templaba aún más la garganta. Los horarios, como en todos los bares, correspondían a los movimientos de turistas que pudiera acechar el norte de España, pero entonces, en un mes de marzo que asomaba abriles, la cuota de foráneos era menor que las angulas que los japos expoliaban a pocas millas de costa. Todo estaba cambiando también en aquel rincón del cantábrico y, a la vez, todo seguía igual.

Diego cruzó una mirada con Iñaki y al instante comprendió su papel en aquella reunión improvisada: ver, oír y callar. Inés, nerviosa, no terminaba de entender aquel secretismo ni los recelos de Iñaki. Estaba impaciente, pero entendió también a la primera que debía respetar los tiempos de los sitios y que en este el tiempo llevaba la pausa de las

mareas.

En la barra del Esperanza, el café sirvió para que todos encontraran el momento de verse. Fernando incluso dejó medio cerrada la verja para que nadie molestara durante ese rato. Estaban todos excepto el padre Francisco, que seguía sin dejarse ver y del que Marta parecía que tenía alguna explicación para ese comportamiento del cura.

—Bien por lo de Ana. ¿Sabéis si su hija viene pronto?

—Sí —contestó Marta—. La semana que viene parece que se ven por fin.

—Muy bien.

—¿Y del otro, el de la semana anterior?

—Sigue ingresado, pero me ha dicho la del Samur Social que la cosa mejora.

—¿Y don Francisco?

—Tengo información de este tema que sospecho puede aclarar un poco lo que está pasando. Está relacionado con el tal Ricardo Parra.

—¿El secretario nuevo? —preguntó Javi.

Marta abrió una carpeta que llevaba en el carro de reparto. Sacó varias copias de distintas cabeceras, aunque el Ideal de Granada se llevaba la palma por haber sido el epicentro del escándalo que descubrían.

Un sacerdote de Motril de cincuenta años, R.P.M., acusado de abusar de menores según denuncia una asociación de padres

La Conferencia Episcopal elude dar explicaciones respecto a lo sucedido en el Arzobispado de Granada

El Obispo de Granada anuncia una investigación interna sobre el sacerdote R.P.M., acusado de abusos sexuales durante años en el internado de estudiantes

La eterna estrategia de la Iglesia: esconder a los abusadores

—¿Pero no tienes pruebas, Marta?

—No me digáis que es casualidad. ¿No te dijo a ti, Javi, que venía recién trasladado de Granada?

—Ya, Marta, pero de ahí a que sea el violador del internado creo que hay un trecho, ¿no? —contestó Javi.

—Un trecho muy corto. El otro día, al despachar las cartas en la casa del padre Francisco, entregué una para Ricardo Parra Mata. Y, según el Ideal, las iniciales son esas.

—Maldito hijo de puta —dijo Paco.

—A ver, debemos estar seguros. Además, me extrañaría mucho que el Obispado o la Conferencia Episcopal oculten esto —terció Fernando.

—Son como Las Vegas, amigo, lo que pasa en la Iglesia, se queda en la Iglesia —añadió Paco.

—¿Y no podemos denunciarlo ante la policía? —preguntó Javi.

—La asociación de padres que inició el proceso se querelló en Motril y después en Granada contra él, pero lo devuelven al Clero por aquello del derecho canónico —resolvió Marta.

—Son cómplices. Entre ellos se tapan las vergüenzas. Y aquí paz y después gloria —sentenció Paco.

—Bueno, todo esto está muy bien, ¿y la reunión del Ayuntamiento? —preguntó Fernando.

—Pero, hombre, ¿así sin más quieres cambiar de tema? —se indignó Paco.

—Nos hemos reunido para hablar de lo que tenemos que hablar. Las investigaciones detectivescas os las dejo a vosotros. Hemos evitado que se tiren dos, pero no podemos hacerlo siempre. Esto es una tragedia sin fin. El Ayuntamiento tiene que tomar medidas y las tiene que tomar ya —expuso Fernando con rotundidad.

—Está programada para el lunes que viene. A las diez. Nos acompañará el informe de Samur Social y debemos contarlo todo —confirmó Paco.

—Tú lo de las mantas, Paco. Y lo de las cruces. Y lo de las familias de los muertos que se juntan los primeros de mes debajo del puente.

Todo —añadió Marta.

En ese momento sonó la verja. Alguien buscaba a Fernando a pesar de que el bar estaba cerrado. Las dos primeras veces apenas prestaron atención; a la tercera, Fernando se dirigió hasta la puerta para ver de qué se trataba. Allí había un hombre mayor, apesadumbrado y cabizbajo. Fernando le conocía bien. Era el panadero, el padre de Jacinto, el repartidor de las pistolas, churros y las porras, del que no tenían noticias desde hacía algunos días.

—Pero ¿qué ha pasado? Llevo días sin dar con vosotros. Ni churros ni pan ni nada. Un desastre Ramón, un desastre.

—Por eso vengo, Fernando. Ya sabes que ni la Policía ni el Ayuntamiento cuentan todo que pasa de verdad por aquí.

— Pero vamos a ver, Ramón, explícate, ¿qué demonios ha pasado?

—Se trata de Jacinto.

—¿Qué ha pasado con Jacinto?

Ocurrió el lunes por la noche, a esa hora en la que la ciudad duerme por completo y solo los demonios salen a pasear. El hombre que había saltado eligió bien la hora. Tanto que ni siquiera los taxis pululaban a esa hora en el Madrid de los Austrias. Jacinto vivía en una buhardilla en la calle de Don Pedro, esquina a las Aguas. Un edificio enano de techos bajos y chatos. Ahí había encontrado Jacinto una casa en la que dormía poco pero que le permitió salir de la casa de su padre, el panadero de viejo que resistía a las ofertas de supermercado congelado a cien pesetas.

Resultaba curioso que tanto el pan como la droga apenas habían cambiado de precio desde la Transición. Del primero se ocupaba la Unión Europea a cambio de suculentas subvenciones a fondo perdido para el campo: las llamadas PAC. De este modo, independientemente del riesgo climático de lluvia o sequías, la gente tendría pan, sin importar el coste. Con la droga no existían ese tipo de subvenciones, claro, pero los capos sabían que ganaban más ampliando el número de los consumidores que subiendo los precios de las papelas. Así que una barra de pan costaba lo mismo en los ochenta que en este año a punto de cambiar de milenio. Y el jaco circulaba por las arterias de la ciudad, acortando la vida acelerada y ansiosa de quienes querían volar sin alas.

El caso es que Jacinto alquiló una de esas buhardillas enanas y

sórdidas que lindaban bien cerca del Esperanza. Lo hizo por tener su hueco, su rincón, el día lo pasaba sobre la bici cuesta arriba y abajo llevando la gloria del pan a todas partes. La otra noche, la madrugada del lunes, como cualquier otra, Jacinto pasaba por las Vistillas a eso de las cinco y media, comenzando a dejar algunas de las bolsas más madrugadoras. No podía imaginar que sería su último reparto. El salto de un suicida coincidió con su recorrido y cayó sobre él y sobre su bici. El resultado es que no solo había matado a Jacinto, sino que el pollo que le cayó encima quedó parapléjico. Cuando Ramón, su padre, se enteró quiso evitar la persecución de la prensa. Enterró a Jacinto en un pueblo de Soria del que había salido muchos años antes y de un día para otro perdió a todos los clientes por no ser capaz de dar explicaciones. Sin Jacinto, él ya no tenía quien pudiera seguir adelante con el horno, así que para qué darlas. Otra cosa era Fernando, a quien Ramón y Jacinto consideraban amigo. Por esa razón el viejo se acercó a darle la pésima noticia.

—Señores, se suspende la reunión. Jacinto, el panadero, ha muerto —dijo Fernando con la voz rota.

En la trastienda, Iñaki quedó un rato en silencio, aumentando la ansiedad de Inés.

—Hay asuntos que pertenecen al pasado, Inés, y allí deberían quedarse —le dijo—. Pero si quieres hablar, hablaremos. Pero antes os daré de comer, como a todos los que vienen al Muelle, así no levantamos sospechas. Vamos para adentro y cuando hayáis comido y el bar esté vacío, te contaré todo lo que sé.

Aún estaba Diego mojando el resto de pan sobre la salsa de bonito y patata. El Muelle estaba vacío. Después de las tres la gente se recogía en sus casas, por eso de dormirse temprano para volver a salir a la mar. Era una costumbre que tenían los puertos de arriba, ese reino que media entre Liverpool y Palencia que es el norte de España entero, de costa a costa pino, eucaliptos y sal.

Iñaki terminó de despachar la cocina, dejarla limpia, preparada para el día siguiente. De noche se descansa en el Muelle porque los que trabajan en el mar se acuestan pronto. Entonces la luz amarillea, se funde en blancos para tratar de volverse naranja tirando del sol abajo, dejando que cojan fuerzas las gaviotas en el puerto que bajan a la arena de la playa. Esos pájaros feos, tan ágiles en el cielo, se mueven torpes en el gris humedal que es la marea cuando baja, picando lo que puedan: cangrejos, almejas, bígaros y algas.

—Entonces qué, Inés, ¿hablamos de todo eso que dices?

—Yo, si preferís, me salgo a dar un paseo —dijo Diego intentando no mirar a Iñaki.

—No, Diego. Quédate, por favor. Tú también eres parte de esto —contestó Inés.

—Mejor hablamos caminando —terció Iñaki.

Ya en la calle, brillaba la escultura en bronce de una sardinera, homenaje a todas las manos que acarician cepillando el boquerón para dejar en aceite a la anchoa. Se escuchaban los graznidos de los enormes pájaros blancos, las olas volviendo hacia dentro para volver a su mundo, bajamar decían los pescadores. Los tres accedieron al paseo que colonizaban los veraneantes cuando llegaba el calor. Ahora todos llevaban bufanda y gorros y se protegían del aire helado del cantábrico que cortaba como un cuchillo.

—Inés, tu abuelo no tenía ninguna depresión.

—¿Entonces cómo explicas que se ahogara, un hombre de mar como él? No se ahogó, se suicidó, Iñaki. Dime la verdad.

—¿Cómo puedes pensar que Nandín haría eso?

—¿Por qué dice el Diario Montañés que desapareció? Si lo dice entre líneas, mira. Y la entrevista del amigo ese suyo, mira también. Y su esquela dice que no dejó familia.

—Inés, yo siento ser así de franco delante de tu amigo, ya me has dicho que puedo hablar tranquilo.

—¿Pero qué pasa, Iñaki?

—Tu abuelo andaba metido en líos de contrabando, Inés. Hizo negocios con la gente equivocada, ¿me entiendes?

—No, ahora sí que no entiendo nada.

—Hubo una cuadrilla hace unos veinte años, los Pomares, ¿no oíste hablar nunca de ellos?

—No. La verdad es que nunca había oído nada.

—Los Díaz eran una familia de pescadores que tenían dos barcos buenos, de los de pesca de bonitos, los mejores en el mar. Subían las

aguas frías hasta la línea del mar del norte detrás de bonitos, bacalao y besugos. Les contrataron los gallegos para dejar de desembarcar alijos de droga en Galicia porque allí estaban muy vigilados y dicen que tu abuelo se enteró de la vaina. Cuando le propusieron meterse en la historia para que cambiase de embarcación la mercancía, al principio se negó. Amagó incluso con denunciarles. No sabía con quién se estaba enfrentando. Luego ellos le amenazaron no solo a él, sino también a tu padre, a tu madre y a ti, que apenas eras un renacuajo. Así que Nandín transigió. Trabajó para ellos un tiempo. Ganó mucho más dinero en un año que en diez con la pesca. Aunque nunca lo hizo notar, siguió viviendo modestamente como hasta entonces, como un pescador. Hasta que una noche sin luna, uno de los marineros que trabajaban con él se desorientó y estrelló la barca contra las rocas donde se cogen los percebes. El marinero se ahogó, era un ruso, aquí no tenía familia y la mercancía se perdió. Tu abuelo se sintió muy mal por su muerte, sufrió mucho. Él siempre se preocupaba de cuidar a su gente. Los Díaz no le creyeron y fueron a por él y a por vosotros. Nandín tuvo tiempo de avisar a tu padre, le dio un dinero y le dijo que escapara esa misma noche. Tu madre estaba ya muy enferma. Apenas le dio tiempo a despedirse de tu abuelo ni de mí. Lo que pasó con él, pues… ya te imaginas. Utilizaron el malecón de ahí para hacerle desparecer. Por eso en la entrevista que me dices el marino duda de la versión oficial. Nadie en su sano juicio, y mucho menos tu abuelo, se habría metido a percebes en esas rocas solo. Era la estrategia de los Díaz. Tu padre se escapó para protegeros a tu madre y a ti. Yo no sé si me va a matar por contarte todo esto, pero vamos, esa es la verdad, lo que hizo que de un día para otro dejaras Santander. La idea de comprar un bar fue mía, como podrás imaginar. El dinero que le dio tu abuelo era suficiente para empezar una vida nueva, lejos de aquí.

—Pero, no entiendo, ¿por qué nunca me ha contado nada de esto?

—Pues para protegerte, Inés. Los Díaz al final cayeron, pero él ya no quiso volver. Caen unos y salen otros, y tu padre no quiso exponerte a ese peligro. Eran gente peligrosa.

—¿Y por qué no acudió a la policía?

—Pues para no acabar como tu abuelo. Y porque él se había hecho el loco con lo que hacía su padre. Sabía que entraba más dinero en la cuenta corriente. Él se dedicaba a arreglar barcos y estaba a lo suyo, pero algo se olía, aunque no quiso preguntar y tu abuelo nunca le contó nada. Ya sabes que por aquí no somos de muchas palabras. Andaba muy preocupado con la enfermedad de tu madre, además.

Siempre se sintió culpable de que ese dinero sucio fuera el que os salvara la vida.

—Pero… —Inés no podía continuar, estaba llorando. Imaginar la angustia de su padre le rompía el corazón.

—Sé que es complicado, Inés, pero la vida es complicada. Las decisiones que se toman nunca son fáciles, y tu padre no tenía tiempo para pensar. Vuestra vida corría peligro. No podía volver, ¿lo comprendes? Pero ahora, cuéntame tú, ¿dices que tu padre tiene depresión?

—Siempre ha sido un hombre de pocas palabras, pero cariñoso conmigo, siempre pendiente de mí. Hemos estado muy unidos. Pero desde hace algunas semanas me oculta cosas, está huraño, nervioso, como asustado. Apenas duerme, se le olvidan las cosas, llega tarde al bar… Y decía que iba al médico algunos días a horas raras, siempre solo. Si eso no es un psiquiatra, ya me dirás a qué tipo de médico no le puede acompañar su hija —Inés hablaba a trompicones, sacudida por los sollozos.

—Pero no me cuadra, tu padre tiene un carácter fuerte.

—¿Y eso que importa? —añadió Diego, rompiendo su silencio—, ¿acaso las depresiones solo son para débiles?

—¿Quién está hablando aquí de débiles? —contestó Iñaki traspasando a Diego con la mirada—. Fernando es un hombre de mirar a los problemas de frente. Solo que este asunto le daba miedo, no quería que te salpicara a ti, ¿me entiendes?

—No, no te entiendo. Yo tenía derecho a saber. Los secretos solo traen miedo y desconfianza.

—Inés, todo esto sucedió hace muchos años. A los muertos hay que dejarlos descansar en paz. El peligro siempre está esperando en algún lado. Él solo quiere protegerte de todo lo malo. Fue la promesa que le hizo a tu madre antes de morir. Y tu padre es un hombre de palabra. Y ahora basta, ya he hablado demasiado. Os dejo aquí, pásate mañana a despedirte y deja a tu padre con sus sombras, Inés. Todo hombre tiene derecho a guardarse sus miedos y sus culpas. Ah, otra cosa. El nombre de tu padre aquí era Manuel. Fernando es su segundo nombre. Se lo cambió al llegar a Madrid para borrar su rastro.

Inés se despidió de Iñaki junto a la rotonda del Caribe. El Casino de Santander parecía una nube de gominola, una tarta nupcial que

brindaba junto al mar del Sardinero. La tarde, pese al intento de durar más tiempo, aún era débil e inexperta. No se dejaba estirar demasiado, no le permitía el Cantábrico ser así de cursi y por eso soplaba con frío la entrada de la noche en grises que amenazaban con lluvia de verdad. Santander y su Casino, el Promontorio, la bahía, el auditorio, sus cuestas, sus escaleras, sus plazas de piedra y su Porticada, los bocartes y el sabor a anchoa que tiene el aire, la lluvia fina, la pena ahogada. Santander tenía la vieja costumbre de seguir siendo pequeña, de no querer llamar la atención porque aún no tenía claro si era el final de Castilla o el principio del mar, y eso se notaba en sus gentes, sus paisanos, y en sus hojaldres. Se decía que la ciudad no podía volar tan alto como San Sebastián, tan ordenada y burguesa, ni tan bajo como Gijón, tan violenta y triste. Santander no llegaba a la fuerza de Bilbao ni a la suave elegancia de la Coruña, por eso siempre fue más como el pueblo grande que nadie quiere transformar del todo. Lo que le pesaba a Santander, como a otras ciudades viejas, es que ya se le pasaron las pretensiones. Esta bahía, en concreto, quedaba a mitad exacta de las dos llegadas de Carlos I, la primera y la definitiva. También fue puerto Romano, veraneo Real y daba nombre al primer banco del país. ¿Para qué más?

Empezaba a chispear con mansa tozudez. Diego estaba congelado y solo las ganas de Inés le aguantaban la poca forma de chico del norte que Inés, pese a su Madrid, portaba de forma tan natural como templada. Pero por dentro, Inés era un manojo de dudas. ¿Qué demonios pasa ahora? ¿Qué hago con esto que sé? Ni siquiera el nombre de mi padre es de verdad, ¡tantas mentiras! pensaba Inés con el miedo a decirlo en alto. No se tranquilizó hasta un poco después cuando detuvo los ojos en Diego. Ahí estaba él, tan asustado como ella, pero a su lado. Le miró de perfil. Apenas era un niño fingiendo una seguridad que no tenía. El paseo hasta la pensión era una puerta entreabierta que casi rozaba con los dedos.

Esta vez fue ella la que quiso volver pronto.

10. El depredador

Fernando estaba junto a Ramón en la calle Bailén. Una sensación de vacío llenaba la tarde que dejaba olerse a primavera. Quería que el padre Francisco, el gran perjudicado por el desayuno que Jacinto ya no le serviría nunca más, pudiera oficiar el funeral, lo más triste que acontecía a la cuadrilla estos últimos meses en los que las desgracias se amontonaban. Después de cerrar el bar se acercó con Paco hasta la portería de la casa de los curas, como llamaban de siempre a la casa con las mejores vistas de Las Vistillas. El portero de allí, Luis, era un conocido de Paco, pese las ínfulas que se daba. Tenía el pelo canoso y corto, como los seminaristas, el traje gris, la camisa azul y siempre lucía corbata negra. Don Francisco le tenía bastante manía, como le pasaba con los ignorantes que suplían sus carencias con aires de superioridad. Esos pecadillos veniales en corazones mortales, según sus propias palabras. Luis apenas salía de su cabina de cristal en lo alto de las escaleras de entrada al portal. Siempre tenía las gafas apoyadas en la punta de la nariz, pretendiendo leer libros sobre política y actualidad.

—Buenas tardes, Luis, ¿se puede? —dijo Fernando sujetando la puerta de cristal y hierro del portal.

El portero miró tras el cristal con cara de disgusto. Levantó la mano y la ceja al mismo tiempo indicando con los dedos que pasaran. Luis era de ese tipo de porteros más clasistas que los propietarios que custodian. Umbral los describía como porteros de derechas por ser lectores del ABC, pues leían la prensa que bajaba de los pisos de arriba; los que dispensaban un trato distinto a los chóferes y a las asistentas, los que regañaban a los albañiles pero no a los jefes de obra, los de antes, a los que los curas les pasaban cinco mil en un sobre por guardar secretos.

—Buenas según para quién. ¿Qué quieres, Paco?

—Estamos buscando al padre Francisco. Llevo algunos días sin verle y queríamos pedirle una cosa.

—¿Y por qué no llamáis al despacho parroquial?

—Bueno, sí, pero como vive aquí, pues, pensamos que…

—Pues seguro que ahí les pueden atender. Llamen al padre Ricardo.

—Ah, sí, el nuevo.

—¿Cómo se llama, dice?

—Padre Ricardo, Ricardo Parra.

—Aquí estoy con el padre de Jacinto, el churrero, Ramón, que le ha matado al hijo uno que decidió saltar sin mirar y le ha caído el cuerpo encima.

—Le acompaño en el sentimiento, señor —dijo Luis y siguió con la lectura.

Fernando, que ya estaba pasado de vueltas, prefirió salir sin hacer más preguntas. La madurez también se mide por las ganas de obviar a la gente pequeña. Le pasó la mano por la espalda a Ramón y le dijo:

—Vamos, puede que esté en la iglesia.

Paco se la guardó. Arrieritos somos, pensó para sus adentros.

En la cripta don Francisco seguía postrado. En esa hora todo se desvanecía. ¿Cómo podría ser que la iglesia a la que había dado su vida encubriera las peores aberraciones de un hombre, un hombre además que debía ser testigo de la misericordia de Dios? Un hombre como Ricardo Parra. No eran ni las siete y media de la mañana y ahí seguía, una noche más de silencio atormentado, una vigilia obligada por la pena y la perplejidad. Sentía que su vocación había sido una farsa, un engaño hacia él y hacia los demás. Dudaba si salirse, escapar del celibato, de la sotana y la cruz, de él mismo. Estaba en una encrucijada, un callejón sin salida, un muro demasiado alto para saltarlo.

Marta fue la primera en contar la historia. Después de investigar los apellidos y consultar la hemeroteca del Ideal de Granada, supo que el tal Ricardo Parra estaba acusado por una asociación de padres por abuso sexual. La Policía llevó la denuncia al Obispado y tras consultar con la Santa Sede, se decidió apartar al pecador y mandarle a Madrid como secretario del despacho parroquial de la cripta de la Almudena, donde se cruzó con el padre Francisco. Este, al enterarse del percal, no pudo sino caer en una profunda depresión que lo tenía apartado de la cuadrilla del Esperanza, de la paz de sus días y de la fe por la que

había gastado tantos años de su vida.

Poco tiempo después, Marta desgranaba cada uno de los titulares que había encontrado. Menudo tomate, pensaban sus amigos, cuando se abrió la puerta del bar para dar paso a Ana la friolera, arreglada y con ropa limpia, pelo largo y canoso, entera, nueva.

—Buenos días, Ana. Me alegro de que hayas decidido acompañarnos.

—Y la niña, ¿cuándo llega?

—Esta noche.

—Pues a ella tendrás también que contarle, ¿no?

—Bueno, al lío, ¿cómo hacemos con este Parra y con el padre Francisco?

Marta siguió explicándose. La prensa siempre fue la mejor aliada para guardar un secreto a voces. Era sencillo: si la policía había recusado la investigación por ser un delito que se juzgaba dentro de las normas del clero, los medios de comunicación serían la única salida para esos conjurados alrededor de la barra de un bar.

—Tengo un conocido que trabaja en un periódico. Creo que, si le damos la información suficiente, podrá señalar al delincuente ese.

—A mí el que me preocupa es don Francisco —añadió Paco.

—Yo tengo que verle para lo del funeral de Jacinto, así que espero poder contaros mañana algo –comentó Fernando.

—Cuando vea al tiparraco ese en el quiosco no sé qué voy a hacer.

—Pues callarte. Tenemos que hacer las cosas bien.

—Anda, Fernando, hazme un montado que tengo que bajar pronto a la portería.

La radio del bar contaba que Bill Clinton estaba a punto de ser acusado en la Corte de Estados Unidos por falso testimonio por los deslices sexuales del despacho oval. En España acababan de desarticular al grupo que secuestró en el 92 a la farmacéutica de Olot después de un año y medio de cautiverio, desmontando una trama en la que estaban metidos algunos policías locales de Gerona. Seis años de investigaciones de la UCO que culminaban con la detención de los autores. Acto seguido, el locutor, con voz engolada, instruía sobre las

ventajas de la nueva moneda, el euro. Ese era el asunto que asomaba en cada conversación de barra, de concesionario o de portal. La peseta se escapaba, al tiempo que todos memorizaban el cambio para hacer la cuenta de la vieja y calcular a cuánto se les iba a poner el café de la mañana o el billete del metro. Sin embargo, en el Esperanza, solo se hablaba de Ricardo Parra.

A esa misma hora, en la capilla, un cura bueno sentía cómo se le entumecían los huesos tras horas y horas de vigilia arrodillado en un banco de madera. ¿Qué otra cosa podía hacer él, sino intentar rezar a un Dios que ya no le escuchaba? ¿Tenía que ser como el resto de sus compañeros clérigos y callar por el bien de la Iglesia, como decían?

No era la primera vez en su vida que se enfrentaba a un dilema relacionado con el pecado de la carne. Recordaba cómo algunos compañeros abandonaron el seminario en su juventud. Los murmullos que aconsejaban no quedarse a solas con algún sacerdote ya ordenado con olor a naftalina y mugre que los oía en confesión. En la posguerra el sacerdocio era una salida a la miseria, aunque fuera a costa de renunciar a las mujeres. Eran años duros, oscuros, cargados de miedo. La imposibilidad de contacto femenino hacía que algunos se torcieran. Le vinieron a la cabeza esos primeros años de seminario en Badajoz. Las largas tardes memorizando los textos sagrados, las preguntas que nunca terminaban de encontrar respuestas, las largas sotanas roídas, los dogmas que acallaban las dudas. Pero también el calor de sentir que era depositario de un regalo, la fe que vencía al frío, al cansancio, a la soledad de su celda enfrentado al misterio de Cristo crucificado, a su propio martirio, si fuera el caso. En medio de toda aquella mediocridad, rodeado de jóvenes que huían de la dureza del campo, dirigido tantas veces por hombres cansados, que hacían gala de la gula y de otros apetitos con mayor o menor disimulo, él sí había podido ser capaz de ver en todo eso un sentido, un porqué, una razón. Había sentido la gracia y la paz de estar cumpliendo una misión divina. Desde el principio, don Francisco encontró en la ayuda a los demás un aliento para seguir soportando el silencio atronador de Dios ante tantas injusticias. Él aspiraba a ser la luz de los descarriados, la mano que alimentase a los hambrientos, la sombra protectora para quienes sufrían, el encargado de velar por los indefensos. Con los años, todo ese ímpetu redentor se fue haciendo más acomodaticio, a la vez que aprendió a entender y perdonar las debilidades de los seres humanos, esas criaturas incompletas, y todo se hizo más estable, más predecible, y se fue adaptando a lo que la Divina Providencia tuviera preparado para él. Un cura, ni más ni menos, que estaba cuando se le necesitase. Hasta que llegó Ricardo Parra.

Don Francisco no concebía el mal por el mal. Durante algunos años, a finales de los ochenta, había participado en un programa de Cáritas que consistía en prestar consuelo escuchando a los presos que buscaban ayuda espiritual en algunas cárceles del país y ayudarles en pequeños trámites con los que tenían fuera, si es que tenían a alguien. Ahí fue la primera vez que supo lo que le ocurría a la gente como Ricardo Parra.

—No padre, no —le dijo un preso—, con esa gente no hay piedad. Son los únicos que de verdad no tienen dónde esconderse, páter —y él contestaba que la venganza no era cristiana y que solo el perdón era digno a los ojos de Dios.

Escuchaba tantos horrores y tanto dolor que al final solo podía protegerse con frases hechas, sin pensar demasiado. Aquella gente que acumulaba todas las ofensas a Dios y a los hombres solo necesitaba hablar, no escuchar consejos de alguien como él, que no había sido rozado por el mal. Yo no puedo juzgarles, decía, solo el creador puede hacerlo. Pero esa madrugada, al recordar a aquellos seres rotos, tatuados, desdentados, yonquis, abandonados por todos, pensó que tenían la mirada más pura que algunos diablos con sotana.

Sus recuerdos se interrumpieron cuando Luis, el portero del obispado le trasladó un mensaje, previas disculpas un tanto serviles y largas de más a ojos de don Francisco.

—Perdone padre, pero lo que tengo que decirle parece urgente. Ha venido a buscarle Fernando, el del bar. Dice, por favor, que le llame, que es para oficiar un tema del churrero.

—¿Qué ocurre con el churrero?

—¿No lo sabe, padre?

—Pero ¿qué hay que saber?

—El otro día, vamos, la semana pasada, ya sabe usted lo que ocurre aquí detrás, pues eso, que una persona se intentó suicidar saltando y…

—¿No me diga que fue Jacinto?

—No, padre, solo que la persona que trató de matarse cayó encima del churrero que pasaba en bici. Desgraciadamente, Jacinto falleció.

Luis se quedó esperando la reacción del sacerdote, buscando alguna confidencia o algún detalle que le hiciera saber más que nadie ante el

resto de porteros de la zona. Pero don Francisco salió de la iglesia como una exhalación sin mirarle siquiera.

Mientras don Francisco abandonaba la capilla, Marta esperaba frente al portal de la calle Redondilla, donde vivía el periodista que anduvo husmeando por el Esperanza por lo de los suicidios, con quien había intercambiado sus datos. Trabajaba para El País, el medio elegido por la cuadrilla para dar una noticia así. Entonces con la Iglesia y con alguna otra institución hoy venida a menos no se metía nadie. El encuentro entre ambos fue breve. Y productivo.

El colegio de San Ildefonso distaba a pocos metros del bar Esperanza. De hecho, los meses de noviembre y diciembre era habitual escuchar el ajetreo de los ensayos para cantar el Gordo de Navidad. Durante el resto del año los alborotos infantiles se alargaban hasta bien entrada la noche. El padre Ricardo también los escuchaba, un abusador siente una llamada ante esas risas y esos gritos de niños a medio hacer, adornados aún con la inocencia de la última infancia. Era ese momento, ese breve tiempo mágico en que la belleza era pura, grácil, leve cuando aún nada se había pervertido, antes de la llegada de los primeros síntomas que destruyen a los adultos para hacerlos seres sin aura. Los niños ejercían un poder sobre él al que le resultaba imposible resistirse y eran además los únicos ante quienes él se sentía fuerte y poderoso. Tenía que acceder a ellos, solo en ellos veía la perfección de los ángeles, y él tenía mucho amor para darles, mucho amor, sí, aunque ellos no quisieran recibirlo. Sus armas eran la autoridad y el miedo. Lo primero era ganarse su confianza y, una vez conseguido eso, el miedo y la vergüenza abrían las puertas a todo lo demás. Sus paseos matutinos acababan siempre en los alrededores del colegio de San Ildefonso. Se acercaba, se alejaba, volvía, miraba, imaginaba… Sabía desde el principio cómo terminaría aquello. Había sucedido ya en otras ciudades, en otros colegios. Esa mañana tomó aire, apretó muy fuerte sus manos cruzadas sobre el pecho y abordó a dos chicos que entraban al colegio.

—Muchachos, buenos días —dijo con su voz meliflua de niño viejo del coro—. Espero no molestaros. Soy profesor y busco niños que necesiten clases de refuerzo. Si me conseguís algunos estudiantes, os lo agradecería con algo del dinero que me paguen sus padres por las clases.

Los dos chicos se extrañaron, pero el incentivo de ganarse unas pesetas fue mayor a las dudas alrededor de la oferta.

—¿Y cómo le avisamos?

—Si os parece, podemos vernos mañana o pasado aquí, en alguna hora en concreto.

—A mí se me ocurren varios —añadió uno de los chicos.

—Estupendo, pues si os parece, ¿mañana mismo nos vemos?

—Vale, ¿cómo se llama?

—Soy el padre Ricardo.

La escena la observaba un tercer chico, Lucas, que apuraba un Ducados apoyado contra el muro del colegio. A sus trece años aparentaba quince. Lanzó la colilla cuando cruzaba el portón de la calle al recinto.

—¿Qué os contaba el cura ese?

—Nos ofrecía pelas si le conseguimos alumnos para refuerzo.

—Pues vaya tío raro, esta gente tiene voto de pobreza o algo así.

—Anda, y yo había pensado en ti, Lucas, que cinco cates sacas seguro —dijo uno de los chicos riendo.

—Anda y vete a tomar por…

En el patio del colegio San Ildefonso, a la hora del recreo, los dos chicos buscaban cateadores para intermediar en lo de las clases particulares y sacarse unos cuartos. Lucas los observaba en silencio. Aquello era muy muy raro.

Entraron en clase. Como entraron también al día siguiente. La misma rutina, los pupitres de madera con las cicatrices de otros tantos que pasaron por ellos, la pizarra, las tizas y el borrador, un mapamundi sujetado por chinchetas sobre un corcho en la pared, las persianas subidas y la luz blanca del día nublado estallando en el aula, mientras los alumnos dejaban abrigos y mochilas en los armarios de madera del fondo. En cuanto se cerró la puerta, todos en pie porque el profesor aún mandaba sobre sus alumnos con una autoridad fuera de toda discusión. Fue en ese instante cuando sonó la voz de la radio en el bar y el resto de España.

Según informa el diario El País, la Conferencia Episcopal ha vuelto a correr un tupido velo en un alarmante caso de abusos a menores. Fuentes

contrastadas por este medio afirman que un sacerdote de Granada, profesor en un colegio católico, fue apartado tras conocerse diferentes denuncias. El destino, Madrid. Resulta escandaloso que asuntos tan graves como los abusos sexuales a niños queden impunes…

Menuda es nuestra Marta, pensó Fernando. Lo ha conseguido. Paco llegó a los pocos minutos de vuelta. También había escuchado la noticia desde la portería de su casa.

En Bailén 12 don Francisco volvía de su incomprensión. Se había enterado también por la radio, porque no todos los curas oían la Cope. El comentario del periodista que acompañaba a Iñaki Gabilondo no pudo ser más claro: el cura estaba destinado en Madrid y don Francisco tenía muy claro de quién estaban hablando. Ricardo Parra. Las cosas se movían, al fin.

En el quiosco, Javi escuchó la sirena también. Se alegró al divisar de lejos a don Francisco acercándose hasta él, parecía como si tuviera algo que contar. Caminaba con energías renovadas, después de tantos días cabizbajo.

—Páter, me alegro de verle. Tiene usted muy buen aspecto.

—Gracias, hijo, siempre que llueve escampa. ¿Me das un ejemplar de El País, Javi?

—¿El País, padre? Muy moderno le veo, eso es bueno.

Don Francisco se santiguó antes de abrir el ejemplar de un periódico que no estaba muy bien visto entre los suyos. Tal y como Marta le había contado al periodista, el reportaje detallaba toda la información que habían publicado en el Ideal de Granada y las iniciales del cura, R.P. y su traslado a Madrid para acallar las denuncias de las familias de los chicos abusados. Mientras leía, don Francisco pasaba de la pena a la ira. Ahora todos sabrían que un pederasta estaba en la capital. Y él sabía quién era.

La mañana siguiente la policía detuvo a Ricardo Parra. Tras la denuncia del periódico y los rumores que estallaron en el barrio, la propia conferencia episcopal tuvo que reconocer que el nuevo secretario de la cripta era en realidad el violador de Granada. El testimonio de un chico del colegio de San Ildefonso contando sus intenciones de volver a las andadas terminó por convencer a los obispos de que era mejor no seguir tapando las miserias de Ricardo

Parra.

11. El comando

Inés regresó a Madrid ya de noche y necesitaba unas horas para recapacitar sobre todo lo que había descubierto en Santander. Después del viaje, del estreno de las noches con Diego y las verdades de Iñaki, Inés quería encontrar la forma de acercarse a su padre. Dio las buenas noches alegando cansancio, evitó las preguntas de su padre y se metió en su cuarto, intentando ordenar lo vivido. Se despertó al amanecer, antes que Fernando, para ayudarle a pelar las patatas de las primeras tortillas.

A Fernando la noche le había sentado peor. Se repetía en su pesadilla, en el sueño interrumpido por el oleaje del Puente de Segovia. El viaje de su hija no había hecho más que revolver sus miedos. Por eso ni los orfidales habían hecho su trabajo cuando puso los dos pies en tierra, tras escuchar el jaleo de la sartén y el grifo de agua brotando desde la cocina. Se alegró de tenerla allí, a ella, su paisaje. Se incorporó del todo y poco a poco se acercó para mirarla desde la puerta de cristal y madera que la separaba del pasillo. La notó mujer, tan parecida a su madre, a quien le recordaba tanto que a veces mirarla dolía.

—Hola, hija —balbuceó Fernando aún adormilado por las pastillas.

—Papá —casi gritó Inés. Y en ese momento se rompieron todos los muros.

Se fundieron en un abrazo y después se sentaron sin soltarse las manos. Fernando supo que ya no había vuelta atrás. La Inés que se fue ya no era la misma que la que volvió. No podía seguir ocultándole lo que tanto empeño había puesto en borrar. Fue ella la que tomó la iniciativa y empezó a hablar.

—Estuve con Iñaki, en el Muelle. Me contó lo del abuelo, lo del clan ese, las razones de tu huida y los motivos de tu silencio. Ni siquiera te llamas Fernando, o no del todo, Manuel.

—Hija, yo… todo fue muy difícil, tan duro… Manuel ya no existe. Fernando lo enterró.

La conversación se alargó, hasta el punto de que también olvidaron la hora de abrir el Esperanza. Fernando habló sin tapujos, como liberado

de un peso que venía ahogándole desde hacía ya demasiado tiempo. Inés le dijo que estaba segura de que el tiempo había borrado lo que pasó, porque Iñaki les dijo que ya no quedaba nadie para recordarlo, y que nada le gustaría más que volver juntos a Santander y asistir al reencuentro de los dos amigos. Con ese LES Fernando se hizo un poco más viejo de golpe. Comprendió que su hija no había estado sola y también supo por qué la notaba tan distinta. Y sintió que algo nuevo le separaba de ella y de sus manos que seguían sin soltarse. No quería romper la ilusión de Inés, pero él sabía que no volvería a Santander. Ese capítulo estaba cerrado.

—Yo también tengo que contarte algo, hija.

Le habló de la muerte de Jacinto y de los adolescentes. Entonces la palabra suicidio saltó a la mesa de la cocina y se fue apoderando de todo el espacio. Suicidio, el gran tabú que no solo se obviaba en el viaducto, en el barrio, en Madrid. El suicido era el tabú de la España entera que no sabía ni cómo pronunciarlo. Inés le contó que pensaba que su abuelo se había suicidado y que él estaba barruntando hacer lo mismo, que el comportamiento huidizo de su padre había terminado por llevarla a Santander. Le contó también lo de la entrevista, lo de la esquela, esa chispa que había iniciado todo.

—No hija, no, no. Me has visto triste y preocupado porque son demasiadas desgracias, tan cerca, tan repetidas. Y tú aún eres una niña y bastantes cosas malas te han pasado ya. ¿Sabes cómo me he sentido al saber que no podía protegerte de todo este horror? Pensaba que nos perseguía la muerte y que no había manera de huir de ella. Ahora sé que no ponerles nombre a las cosas no las borra ni las aleja, solo las agranda, y lo siento. El mundo está lleno de fealdad y de tristezas, pero también de cosas hermosas y de esperanza en cambiar lo que se tuerce. Y justo de eso quiero hablarte ahora.

Y entonces Fernando le habló también del padre Francisco, de Paco, de Javi y de Marta. También le contó lo de las cruces negras en los pilares del viaducto tras cada muerte, de las mantas de Paco en la portería para tapar los cuerpos, de los familiares de los muertos que se reunían debajo del puente por las noches para llorar a los que se fueron. También de sus visitas al ayuntamiento, intentando encontrar a algún responsable que quisiera escuchar sus denuncias y que él disfrazaba de consultas médicas. Había conseguido al fin organizar la Asociación de vecinos de Las Vistillas y entre todos estaban decididos a terminar con el incesante número de suicidios del viaducto. Y, si hacía falta, implicarían al mismísimo alcalde de Madrid.

—¿Pero sois vosotros los que estáis evitando nuevos suicidios, como una especie de comando antisaltos o algo parecido?

—Bueno, a ver, es algo más difícil que eso, pero al final…

—Pues contad conmigo también, papá. Y con Diego.

El nombre del chico sorprendió a Fernando, pero no dijo nada. Sabía que su hija estaba iniciando su propio camino y que así tenía que ser. Tras unos segundos de silencio, Fernando terminó por confesar sus planes. Le explicó que Javi había logrado que el Ayuntamiento le girara la cabina del quiosco para poder mirar de frente al viaducto, también que Paco y Marta andaban vigilantes. Contaban además con la ayuda de don Francisco. En su confesionario escuchaba muchas penas ajenas y tenía información sobre las intenciones de algunos desesperados. Y, por supuesto, terminó por contarle también que Ana la friolera había tratado de quitarse de en medio por temor a que su hija supiera que no era más que una mendiga. Ahora ella les ayudaba desde la esquina del viaducto tratando de identificar a alguien que pudiese saltar.

Pero lo importante es lo del Ayuntamiento. Al día siguiente tenían la reunión definitiva con el equipo del alcalde Álvarez del Manzano. No iban a callar más, a los políticos les iba a estallar este asunto en la cara y tendrían que hacer lo que fuera para pararlo. Algo que no fuera solo borrar las cruces que se pintan cada vez que muere alguien. Así que un humilde bar de barrio, el bar de Fernando, el Esperanza, se había convertido en la tabla de salvación para algunos suicidas del Madrid de finales del siglo xx. Porque a nadie más parecían importarle tantas vidas rotas. Menuda cuadrilla: un portero a punto de jubilarse, una cartera solterona, un quiosquero hipertenso, un cura que estaba pensando en dejar los hábitos, un hostelero, hijo de un delincuente asesinado por mafiosos que ni siquiera se llamaba como decía llamarse, una adolescente de apenas metro y medio y un chaval que acababa de empezar a afeitarse. La Corte de los Milagros, vaya. Los amigos de verdad, que habían formado una familia de corazones solitarios para acompañarse, para que el mundo fuera un lugar mejor, menos hostil, menos malo. Inés entendió entonces por qué su padre no había querido marcharse de allí, a pesar de todo. Había encontrado por fin su sitio, había podido redimir sus remordimientos y lo había hecho con ellos.

Por la tarde Inés quiso volver al Esperanza. La conversación de la cocina por la mañana había levantado muchos velos entre su padre y ella, pero aún con todo, quería seguir hablando un poco más de todo

lo que les había distanciado. Tenía poco tiempo así que decidió posponerla hasta su vuelta. De camino al Mella se encontró con Diego en la esquina con Bailén y se dieron un beso largo, con la complicidad y la despreocupación recién adquiridas. Al cruzar la calle se percató del operativo que su padre le había descrito. Observó a Ana, limpia y digna, parada en la misma esquina de Mancebos, escrutando a todo aquel que cruzara el viaducto delante suyo. Detrás estaba Javi, desde su cabina de prensa en Las Vistillas, como una torre de vigía. Paco subía las escaleras para posicionarse en su portería con la seriedad de un soldado haciendo guardia. Vio a su padre saliendo del bar para darle un bocadillo a la friolera que la ayudara a mantenerse firme en su puesto. Parecía una obra de teatro en marcha, cada quien cumplía su papel. Todo encajaba.

Solo unas horas más tarde Fernando Corbal —antes Manuel—, Paco, Marta, Ana, Javi, Inés y Diego esperaban en la antesala del pleno del Ayuntamiento de Madrid. Un ujier salió a recibirlos.

—Acompáñenme, por favor. El alcalde quiere participar en la reunión también.

Epílogo

Este libro es una novela de ficción. El personaje de Fernando y de todos los miembros del comando son fruto de mi imaginación. Pese a ello el bar Esperanza existió. Hubo un tiempo en que fuimos jóvenes y fueron muchas las noches que esperamos el alba pidiendo las penúltimas en su barra. Ahora es un irlandés o algún otro local temático sin alma, pero en su día fue el bar que todos los gatos queríamos tener en nuestro paisaje, el lugar al que siempre quisimos volver.

Allí se juntaban todas las especies de una ciudad como Madrid. En él se amontonaban las historias de los bohemios y los noctámbulos, sus duelos y sus prosas. Una desordenada y ruidosa amalgama de las alegrías y los desengaños de una ciudad tan generosa como despiadada. Y quizá esta fuera la esquina que más tenía de las dos cosas. El horizonte más hermoso y el más frío. Los atardeceres más luminosos, pero también los más sobrecogedores.

La mayoría de las historias contadas fueron reales, algunas transportadas en el tiempo y modificadas en la forma. He cambiado los nombres y las fechas por respeto a quienes ya no pueden dar su versión. En cualquier caso, sucedieron en algún momento durante la década de los noventa y el inicio del siglo xxi. En 1999 el Ayuntamiento de Madrid colocó una doble mampara, mucho más alta que la anterior, para evitar los suicidios. Ana la friolera es un homenaje a Nacho Vegas, el churrero dejó sin pan una semana entera al barrio en 1994. Hubo una pareja de adolescentes suicidas, pero no terminaron sus días en Madrid, sino en Canarias. Al cura pederasta no le hemos perdonado, pero otros como él afrontan ya la vergüenza y puede que, al fin, el peso de la Ley. Sigue habiendo mujeres explotadas y eso no parece que vaya a cambiar, la droga circula por Madrid con más o menos disimulo, pero ya no es Dani quien se encarga de moverla. Hoy cada uno ama a quien quiere y los Mickys de Madrid se pasean orgullosos en carrozas por la Plaza de Zerolo. Y Tinito, el pobre Tinito, representa a tantos que no alcanzan a saber lo solos que están ni tampoco cuántos estarían dispuestos a ayudarles. Madrid está llena de paradojas así.

Desde que el Ayuntamiento colocó las mamparas en 1999, los saltos

desde el viaducto se han reducido casi en su totalidad, pero los suicidios en España no han hecho más que aumentar, alcanzando en este último año el peor número desde que hay registros. Cuatro mil treinta españoles, once al día, se fueron por decisión propia. Una plaga silenciosa de la que apenas se habla y que no deja de crecer año tras año, con especial incidencia entre los adolescentes, más aún desde la pandemia y el encierro al que nos vimos sometidos por imperativo legal. Y puede que todavía no hayamos visto todas las consecuencias de ese trauma colectivo.

Cada cual hace con su vida lo que puede. La decisión de elegir el final requiere valor, o puede que vivir sea en ocasiones más difícil que morir. Aun así, salvo la muerte, todo puede tener una salida que no pase por amputar también la vida de los que se quedan detrás. Quizás mirar a quien se tiene cerca, atender las injusticias que conducen a la desesperación, escuchar el dolor de los otros y dotar de mayores recursos a los profesionales que se ocupan de las enfermedades mentales nos ayudaría a entender a quienes piden socorro y a quienes ni siquiera tienen voz para hacerlo. Las ciudades son organismos sin alma, pero sus habitantes pueden y deben rebelarse, porque nadie se salva solo. Y hay muchos héroes entre nosotros, son silenciosos y pasan desapercibidos. No buscan ningún reconocimiento. Se limitan a hacer su trabajo lo mejor que saben, con una sonrisa, con acciones pequeñas, toda esa cotidiana amabilidad que nos salva y nos devuelve la esperanza. No es casualidad que el significado primero de la palabra amable —del latín amabilis— sea “digno de ser amado”.

Y sí, la felicidad está sobrevalorada y quienes la exhiben a todas horas mienten como bellacos o como cobardes. Bastaría con buscar una cierta forma de alegría, siquiera breve. Una palabra a tiempo, una tarde de sol, un gesto generoso, un bar en donde nunca estés solo. La vida es injusta, es difícil, es defectuosa. Saberlo es solo cuestión de tiempo. Y no, no es cierto que querer es poder, esa pringosa exigencia devastadora para quien apenas puede volver a levantarse después de muchas caídas.

Dicen que son las tormentas las que nos hacen fuertes y que, además, nunca duran para siempre. También que si solo creemos en el sol cuando lo vemos, nunca superaremos la noche. Pero en ocasiones la noche puede ser muy larga y muy oscura.

A todos los que creísteis que no le importabais a nadie, Sit tibi terra levis. Que la tierra os sea leve, ya que vuestras vidas no lo fueron. Sirvan estas páginas para rescatar vuestra memoria. Importáis. Estáis aquí. Madrid y yo os guardamos.

Este libro terminó de corregirse el 22 de febrero de 2023. Tal día como ese de 1942 el escritor austriaco Stefan Zweig se suicida en Petrópolis (Brasil) junto a su mujer Lotte Altmann. Exiliado de Austria desde 1934 por la llegada de Hitler al poder, quien prohibió su obra por sus orígenes judíos, Zweig vivió un exilio nómada hasta su muerte que le llevó de Londres y París a Nueva York, Argentina y finalmente, Brasil. Las consecuencias de la pérdida de su cultura y la destrucción de Europa fueron devastadoras para él.

Stefan Zweig. Fue el autor europeo más respetado y leído de su época, sus libros siguen vigentes hoy. Momentos estelares de la Humanidad y El mundo de ayer están entre sus obras más destacadas. La última de ellas fue enviada a su editor un día antes de que él y su segunda esposa eligieran acabar con sus vidas. En su nota de despedida dejó escrito:

“Mando saludos a todos mis amigos. Ojalá vivan para ver el amanecer tras esta larga noche. Yo, que soy muy impaciente, me voy antes que ellos.”



